

ri

cuadernos de

ruedo ibérico

Revista bimestral

Comité de redacción

JORDI BLANC
RAMON BULNES
JUAN CLARIDAD
FERNANDO CLAUDIN
MARTIN GARCIA
JOSÉ MARTINEZ
ANTOLIANO PENA
LUIS RAMIREZ
JOAN ROIG
JORGE SEMPRUN
ANTONIO VARGAS
ANGEL VILLANUEVA

Redactores-jefe :
RAMON BULNES
JOSÉ MARTÍNEZ
JORGE SEMPRÚN

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Seine)

Ayuntamiento de Madrid agosto-septiembre 1966

número

8

sumario

El sindicalismo obrero en España

Ramón Bulnes : Presentación	3
Cuaderno Blanco : Balance et perspectiva del sindicalismo español	5
Alfonso C. Comín : Política sindical en la empresa	11
Miguel Parra : Por una estrategia sindical unitaria	28
José Ramón Recalde : Los grupos obreros cristianos	37
Rafael Lozano : Burocracia sindical	47
Carpani : 7 dibujos : Los desocupados	49
Enrique García : Notas sobre la actual coyuntura sindical	57
Enrique García : El nuevo salario mínimo	60
Apéndice : Declaración de las Comisiones Obreras de Madrid	64
Angel González : 2 poemas	69
Antonio Ferres : La ejecución	73
Juan Goytisolo : Estebanillo González, hombre de buen humor	78

Política española

Conversación en México con el profesor Aranguren	87
Iñaki Goitia : El testamento político de Franco	94

Libros

Angel Villanueva : « El saqueo del tercer mundo », de Pierre Jalée	104
--------------------------------------------------------------------	-----

Tribuna libre

Cuadernos de Ruedo ibérico ha leído...	109
José Cardona : El guiñol sindical en el tablado de la CIA	111
Viñetas de Carpani	
Ayuntamiento de Madrid	

El sindicalismo obrero en España

La extensión de la conciencia sindical entre la clase obrera española es un hecho. Entendiendo por ello la conciencia de la necesidad de la acción sindical organizada y por tanto de un sindicato obrero auténtico.

Para la consecución de este sindicato se afirma cada vez más una línea táctica que combina la lucha legal con la extralegal. El desarrollo de las actuales elecciones sindicales confirma la aplicación de esta táctica. De un lado, el aprovechamiento de los medios legales que la CNS va concediendo en su actual proceso de « horizontalización ». De otro, la creación y extensión de las « Comisiones Obreras » que al margen de la legalidad pero en una lucha cada vez más abierta, menos clandestina, se presentan como un órgano unitario de clase que apoya y coordina la lucha legal y sirven de necesario contrapeso a las tendencias integradoras del « tinglado vertical ».

Se plantea de esta forma la lucha dentro de la CNS protagonizada por una fuerza sindical obrera que se propone conquistar un sindicato propio, unitario y autónomo. Se afirma de hecho un poder sindical que lucha por desbordar la CNS actual y desbaratar sus maniobras evolucionistas. Plantearse la lucha en este marco significa darse cuenta de la importancia que tiene el futuro de la CNS con su inmenso potencial financiado por los trabajadores. Significa considerar que éste es el mejor modo de condicionar su futuro, viendo que la táctica inversa, es decir, el abstencionismo purista, deja las puertas abiertas al oportunismo y a las maniobras falsificadoras del capitalismo. Significa dar desde ahora un marco unitario de lucha a la clase obrera.

En esta línea está la declaración que a mediados de junio hicieron las « Comisiones Obreras » de Vizcaya :

« Conscientes de la ineficacia del sindicato actual, de sus estructuras caducas, de su falta absoluta de representación y de su incapacidad para resolver los problemas de la clase obrera, los trabajadores de Vizcaya han decidido participar en las elecciones sindicales con el único fin de constituir un sindicato auténticamente obrero, representativo y libre. »

En la fase que se abre actualmente nos encontramos, pues ante una línea móvil que separa lo que es organización sindical propia, germen de la futura sindical democrática, de lo que es CNS burocrática y represiva. En el desarrollo del proceso, la primera tenderá a ganar y afianzar posiciones hasta el logro total de sus objetivos.

Las « Comisiones Obreras » de Madrid en su documento Ante el futuro del sindicalismo, elaborado a principios de este año, definen así su línea táctica en uno de sus apartados :

« Acepta la necesidad de unidad del movimiento obrero y de su independencia, consideramos que el instrumento eficaz ha de ser la central sindical única cuyas bases de construcción deberán ser libre y democráticamente acordadas por las asambleas de trabajadores realizadas con la colaboración de las organizaciones sindicales y obreras representadas en las empresas.

Estas asambleas deberán ser debidamente reglamentadas desde el escalón de empresa. Podrá acordarse la constitución de una Federación de Sindicatos de la misma rama de producción, un sindicato único, una Cámara sindical o cualquier otra fórmula que se acuerde y que responda mejor a la voluntad de los trabajadores. Consideramos que las actuales organizaciones de encuadramiento real y los movimientos de representación de los trabajadores deberán colaborar siempre y por encima de todo, en esta aspiración unánime de los trabajadores. »

A consolidar y ampliar la lucha por un sindicato unitario y democrático hemos de dirigir nuestros esfuerzos. Para ello hemos de tener en cuenta que la consecución de este objetivo va ligada al planteamiento de los problemas que hoy se le presentan a la clase obrera española. Ello hará ver con más claridad la necesidad urgente de un sindicato obrero capaz de plantearse estos problemas y luchar por su solución.

Los problemas que al movimiento sindical se le presentan desde ahora, son múltiples y cada vez más complejos. Su estudio ayudará, sin duda, a perfilar y clarificar su futuro. Podemos considerar una serie de cuestiones que creemos merecedoras de un profundo estudio y abierta discusión. Estas cuestiones no agotan, ni con mucho, la problemática sindical.

—Los cambios históricos sucedidos recientemente en nuestro país (estructurales, tecnológicos, regionales, etc.).

—Los temas de unidad, autonomía y democracia sindicales.

—La estrategia de la lucha reivindicativa (política salarial, convenios colectivos, primas, valoración de puestos de trabajo, seguridad social, formación profesional, etc.).

—El planteamiento de aquellas necesidades sociales que no cubren la mera reivindicación salarial (vivienda, transporte, enseñanza, sanidad, etc.), y cuyo planteamiento nos llevará a exigir determinadas « reformas revolucionarias » de estructuras.

—La estrategia sindical a escala de rama industrial o escala regional en aquellas zonas que pasan actualmente por un proceso de crisis, reconversión y concentración capitalistas (textil, minería, siderurgia...). Necesidad, en estas zonas, de una estrategia ofensiva que supere la simple defensa de los niveles de empleo y que tienda a poner en contradicción la actual política neo-capitalista a estos niveles.

—La estrategia patronal y su evolución.

—El movimiento sindical a escala internacional. Posición del futuro movimiento sindical español ante las Centrales Internacionales (FSM, CIOSL, CISC). El problema de la integración económica europea. Necesidad de la coordinación sindical a escala de Mercado Común.

—La estrategia sindical a largo plazo en una perspectiva socialista.

Somos conscientes de que a la problemática sindical aquí esbozada no se le puede dar soluciones de laboratorio. Los cuadros del « nuevo » movimiento obrero, las actuales « Comisiones Obreras », en expansión, los intelectuales que estén directamente ligados a este movimiento real, irán perfilándolas a medida que la estrecha relación entre práctica y teoría lo vaya permitiendo.

En esta perspectiva se sitúa esta aportación de Cuadernos de Ruedo ibérico en el terreno sindical. Los artículos que a continuación publicamos no han de verse como soluciones o recetas mágicas a la problemática planteada, sino como aportación teórica a ese movimiento real germen de la futura sindical del movimiento obrero español. Aportación que sometemos a abierta discusión.

Octubre de 1966

RAMON BULNES

Balance y perspectiva del sindicalismo español

Este artículo ha sido publicado en la revista clandestina *Cuaderno Blanco* (Revista de orientación sindical, número 1, julio de 1966). La publicación pretende simplemente apoyar la creación del sindicato unitario y democrático por el que lucha el movimiento obrero español. « Toda la aportación de C.B. a esta lucha —dice su editorial— se orientará en una doble dirección. De un lado intentará constituirse en continua llamada a la unidad, por cuanto sólo un sindicato unitario podrá hacer posible la plena satisfacción de las necesidades elementales e históricas de los trabajadores españoles. De otro lado abordará los problemas que plantea en nuestra sociedad la necesaria potenciación de un sindicalismo de ofensiva, de un sindicalismo revolucionario. »

1. La época azul

Durante una larga etapa, el ajuste de intereses entre el capitalismo español y la burocracia falangista de los sindicatos verticales ha sido pleno. Aun cuando el protagonismo político de la Falange comienza a eclipsarse a partir de

1951 (por las importantes acciones de masas que tienen lugar durante este año, así como por la necesidad de retirar los aspectos más chillones del decorado fascista de cara a la opinión internacional), los jerarcas verticales sabían firmes sus posiciones. La CNS, como órgano de encuadramiento de las clases traba-

jadoras, interesaba a las oligarquías económicas desde *dos puntos de vista* estrechamente relacionados entre sí:

a) Nacida de y para la represión de los trabajadores, la CNS se alza como *instrumento de control político*. A través de ella, el Partido Único « organizaba a las masas » al tiempo que, fuera de ella, se llevaba a cabo la sistemática liquidación física de los militantes obreros supervivientes a la guerra civil. El capital no podía tolerar la existencia de los sindicatos antiguos ni permitir el surgimiento de uno nuevo. Por ello, a la salida de un conflicto revolucionario, la función represiva de la CNS significaba la sustitución de las organizaciones autónomas de los trabajadores por un apéndice estatal. La tradición revolucionaria del sindicalismo español, encarnada sobre todo en la CNT; el papel revolucionario desempeñado por todos los sindicatos durante la guerra civil; la persistente actividad antifranquista desarrollada desde la clandestinidad por las organizaciones del proletariado; el hecho de que el sindicato obrero más integrado y apolítico hubiera despertado, pese a todo, necesidades vivas que, al hacerse apremiantes en el ambiente de catástrofe económica de la postguerra, se hubieran superado inevitablemente hacia la impugnación total del sistema; etc., eran factores que confirmaban a los propietarios —los grandes y los pequeños— en las excelencias del tinglado vertical.

Por otro lado, el capital escuchaba complacido las teorizaciones falangistas acerca de la « sujeción » de la lucha de clases (y por tanto, de los convenios colectivos y de la huelga) en el sistema. En aquellos años de aislamiento autárquico, dirigismo estatal y proteccionismo de una débil industria de invernadero, los empresarios no tenían interés alguno en admitir formas de negociación colectiva y mucho menos la huelga, siquiera en su falseada forma actual. Con la producción vendida de antemano y a precios sin competencia, los empresarios no podían estar interesados en un aumento de la productividad a cambio de una subida de los salarios. Y así, hasta 1958, los salarios serán rigidamente determinados por el gobierno, con carácter inamovible para las empresas. Las huelgas económicas rara vez tenían lugar; al producirse, se politizaban sin remedio por su choque inmediato contra el Estado. Las mejoras salariales que pudieran obtenerse con la huelga, no dependían del empresario, sino de una decisión gubernamental. Hemos de ver como tan pronto el sistema sale de su estancamiento, las

exigencias de una mayor flexibilidad por parte del capital, así como el temor a que, por el propio impulso de la expansión, la creciente marea reivindicativa cobrase un cariz político cada vez más intenso, decidirán la supresión del lento y férreo sistema de la política salarial centralizada.

b) Pero no debemos olvidar que es en esta época de represión terrorista cuando el gran capital pone las bases de la expansión que conoce ahora, cuando se afirma como poder dirigente de la sociedad española el *capitalismo monopolista de Estado*. A pesar del aislamiento inicial con todas sus secuelas (dificultades de comercio exterior y de obtención de créditos, cuando media Europa se beneficiaba del Plan Marshall), tiene lugar una considerable acumulación de capital que facilitará posteriormente la ayuda americana y el progresivo cambio de actitud de las democracias capitalistas.

¿Cómo fue posible esa acumulación? Por la superexplotación de las masas trabajadoras, por la inflación provocada que deterioraba constantemente el débil poder adquisitivo del obrero en beneficio de los grandes bancos. Y en cierta medida —e indirectamente— por la función financiera que desempeñaron y desempeñan la CNS, el Instituto Nacional de Previsión, las Cajas de Ahorros y numerosos organismos estatales y paraestatales. La movilización de las cuotas sindicales, de los fondos de las Mutualidades y de los Montepíos para la financiación del capitalismo monopolista, particularmente a través del INI, proporcionaba al « sindicalismo nacional » un nuevo valor a los ojos de las clases dominantes. Es decir, sobre la base de su significación originaria, de instrumento de dominación política y control policiado sobre los trabajadores, la CNS desenvuelve funciones de *potencia económica*, de *instrumento de acumulación* al servicio del capitalismo, que traduce el empleo total de los resortes estatales por los grandes monopolios, el dominio del capitalismo monopolista de Estado. Nuestra vida entera —nuestro presente y nuestro futuro— se organiza así para la acumulación capitalista. La CNS, el INP, son las organizaciones mediante las cuales se « tutela » nuestra explotación en la empresa y se « administra », además, los frutos de esa explotación.

2. La liberalización

Sería muy peligroso el considerar que tan pronto como la dictadura se derrumbe, corroída por sus propias contradicciones, resurgirá la

relación de fuerzas e incluso las formaciones anteriores a 1936. Sería totalmente vana intentar descubrir las fases y rasgos fundamentales de la caída de Primo de Rivera en el proceso actual. La historia no se repite y, bajo las aparentes coincidencias, se oculta siempre el *hecho nuevo*. Desconocerlo puede suponer la renuncia al *sindicalismo* nuevo que *necesitamos*, que debemos oponer al «sindicalismo» que al capital le interesa. Y el hecho nuevo que la paz franquista hace posible es la afirmación y consolidación como fuerza hegemónica de la sociedad española, del capitalismo monopolista de Estado.

Podemos fechar la «toma de conciencia» radical de los grupos y fuerzas que lo integran en 1957, cuando una crisis económica sin precedentes amenazaba con derrumbar todo el «esfuerzo» de acumulación anterior. El déficit de la balanza de pagos, que la ayuda yanqui y los comienzos del turismo no podían aún compensar, una moneda totalmente «erosionada», como dicen ahora nuestros prohombres financieros o, lo que es igual, la peseta por los suelos, la divisa depreciada, no sólo distanciaban a un capital extranjero penosamente seducido, sino que, además, provocaban la fuga de muchos capitales «patriotas» hacia el banco suizo o el mercado clandestino. Estallarán entonces las contradicciones largamente incubadas entre la Falange y la alta burguesía. Esta inicia el ataque, sometiendo a una dura crítica la política de inversiones del INI y, en general, los gastos públicos de los centenares de «organismos autónomos» falangistas. Se perfila ya la necesidad de una política de economías, que termine con la inflación. La Falange recibirá el golpe de gracia al nivel de las grandes decisiones. Le son retiradas las funciones económicas que aún detentaba y el gran capital instala a sus *representantes directos* en el poder, los nuevos equipos tecnocráticos del Opus Dei.

A continuación el gran capital emprenderá el saneamiento de la moneda, condición que, a más de la bajada de barreras aduaneras y la liberalización de importaciones, impone Europa para la concesión de créditos.

Merced al crédito otorgado por la OECD, con la aprobación de toda la burguesía europea y por los clásicos procedimientos contractivos de la congelación de los salarios y la restricción de créditos y del gasto público, el Plan de Estabilización de 1959 restablece la confianza en la moneda, vuelven al redil los capitales prófugos y, lo que es más importante, se ponen las bases,

a todos los niveles, de la *transición* desde las rigideces de la autarquía y el intervencionismo a una mayor *flexibilidad* que conviene en los nuevos imperativos y condicionamientos del capitalismo español, resumidos en la exigencia de una doble liberalización: *interior*, por el quebranto del dirigismo y *exterior*, por la liberalización de las importaciones.

Así, el capital monopolista no sólo se destaca como grupo dominante sobre el proletariado y los campesinos, sino que además subordina a su proyecto a otras fuerzas «que dieron vida a la Cruzada»: la Falange y las clases pequeño y medio burguesas. Estas se verán perjudicadas por las restricciones crediticias con las que el gran capital intenta paliar sus crisis inflacionistas y por la gradual liberalización del comercio exterior.

La creación, a renglón seguido, del marco jurídico por el que ha discurrido —o se ha pretendido que discurriese— el desarrollo de los últimos años, incluía la reforma de la administración autárquica para su gestión por una nueva burocracia empapada del espíritu de la empresa privada: con vistas al racional funcionamiento del sector público, totalmente interpenetrado con el capital financiero; medidas encaminadas a la atracción de las inversiones extranjeras —que junto con el turismo y las remesas de los emigrantes están financiando el desarrollo en la actualidad— mediante la concesión de grandes facilidades fiscales, de exportación de los beneficios, etc.

Se iniciará una liberalización a la altura de la fraseología y el decorado que traduce la presencia de las nuevas fuerzas. La mística más característicamente fascista de la época azul se irá sustituyendo gradualmente por la mística tecnocrática del desarrollismo. La CNS, como pieza fundamental del sistema, se acomodará a las nuevas circunstancias. Los falangistas se sentirán molestos por el lenguaje de lo que uno de ellos ha titulado recientemente «nueva derecha española». Tienen sus razones para irritarse. En 1958, la liberalización política impulsada por el gran capital asestaba otro golpe mortal a la Falange: la función de Ministro Secretario General del Movimiento pasaba a confundirse con la de Delegado Nacional de Sindicato. Desde entonces no existe ya el Partido. La CNS es el último baluarte. ¿Sigue desempeñando el mismo papel que durante la postguerra? Sí, pero algo ha cambiado.

Se resquebrajan los dogmas sacrosantos de la postguerra. En el mismo 1958 se implanta el

sistema de convenios colectivos, que extiende la liberalización a la esfera de los salarios. En la raíz de este cambio, que implica contra la « ortodoxia » falangista el reconocimiento de la lucha de clases, vamos, *de un lado*, la necesidad de « dar cauce » a las reivindicaciones salariales, que lleva a la abolición del anterior sistema de la « reglamentación de trabajo », válido para una etapa de estancamiento y que politizaba inevitablemente toda demanda salarial y a intercalar un *muelle*, la convención colectiva, entre los trabajadores y el Estado; *de otro*, las exigencias de una mayor agilidad en el mercado de trabajo inherentes a la orientación económica que chocan con las rigideces fascistas heredadas de la anterior etapa.

Una vez encaramada la « nueva derecha española » sobre los despojos de la « revolución nacionalsindicalista », los falangistas se refugian en bloque en la CNS, pretendiendo constituirse en la « izquierda » del sistema, en los campeones del aumento de salarios y de promoción de conquistas sociales.

3. Historias de capitalistas

La crítica del catastrofismo a la espera del inevitable hundimiento de la dictadura no debe conducirnos a confiar en las virtualidades democráticas que el futuro del régimen pueda depararnos, mediante su « institucionalización ». Esta actitud optimista, que se halla en la base de todo oportunismo, coincide con su contraria —el catastrofismo inoperante— en la ausencia de toda valoración crítica de la realidad, hablar de libertad o de unidad sindical, especular sobre el papel del sindicalismo tras la desaparición del Régimen sin referir tales principios y proyectos a un marco histórico concreto es incurrir en el más gaseoso de los idealismos. El marco histórico se define en nuestro caso por el dominio del capitalismo monopolista de Estado; los rasgos particulares de su formación en España, su historia y su estructura actual, le configuran como poder *esencialmente* dictatorial, que transpasará inevitablemente su significación antidemocrática a través de cuantas apariencias « democráticas » le obligue a asumir mañana la crisis de sus actuales formas fascistas de dominación.

Aliada desde un principio con la oligarquía de latifundistas, la alta burguesía española se ha mostrado incapaz hasta hace bien poco de ampliar el mercado interior que exige su plena consolidación, dado el bajo poder adquisitivo que determinaba la persistencia de una agricultura inmovilista; incapaz, por tanto, de resistir

la competencia extranjera (privada por la pérdida de las colonias del recurso imperialista) ha protegido prontamente con el arancel sus monopolios; la temprana amenaza de la revolución *proletaria* —suscitada en un marco en que, por la debilidad del aparato productivo, las necesidades más primarias estaban negadas— le ha impulsado a hacer de la dictadura militar su habitual forma política de dominación, que se teñirá con los ropajes del fascismo tras la crisis revolucionaria de 1936. En la actualidad, el *control por los grandes bancos de los sectores básicos del aparato industrial; la interpenetración del capital financiero con un Estado que pone a su servicio la actividad cada vez más voluminosa de sus sectores públicos*, a la vez que introduce ciertos elementos de regulación en la economía, ayudándola a hacer tolerables sus grandes contradicciones; *las seguridades y refuerzos que le proporciona la progresiva penetración del capital extranjero*, contribuyen a incrementar en el capitalismo español las tendencias hacia la absorción y negación de toda autonomía individual o colectiva.

Pero, *al mismo tiempo*, los factores citados le abren unas reales perspectivas de expansión por primera vez en su historia. El capitalismo monopolista de Estado —¿significa una adhesión al franquismo reconocerlo?— está impulsando en los últimos años aumentos de los niveles de producción y consumo de cierta importancia, sobrepasa penosamente los umbrales del atraso económico y encamina su evolución hacia la potenciación del mercado neocapitalista en el que se centra su interés económico y político.

Estos hechos —y no la caída de Franco y su sustitución por X o por Z— son los que deben absorber nuestra atención, por cuanto sus implicaciones contienen los gérmenes de una doble posibilidad: la de que la organización de los trabajadores amanezca integrada en el sistema, condenándose a la esterilidad de las reivindicaciones de detalle o a la división; o la de que, por el contrario, se levante como organización autónoma, consciente de la urgencia de las necesidades populares y, por tanto, de la necesidad de darles satisfacción radical.

¿Qué está ocurriendo en realidad? El gran capital, asegurada su preponderancia sobre el resto de las fuerzas sociales por la concentración monopolista de los resortes económicos básicos, se ve obligado a refutar en la práctica las tesis —válidas durante mucho tiempo— según las cuales había « echado barriga », sumi-

do en un sueño mortal bajo la clásica protección del arancel hacia fuera y la policía hacia dentro. Manteniendo el aparato represivo en sus funciones, se ve forzado a empeñarse en un esfuerzo expansivo. Ante la perspectiva de una visión europea excluyente y exclusiva, que ya está cerrando el paso a las tradicionales exportaciones agrícolas de aperitivo y postre; que impulsa a los sectores industriales que vegetaron en la época proteccionista a renovarse o morir; ante el despertar de una conciencia obrera originariamente reivindicativa por la propia dinámica inflacionista del proceso, pero que al no hallar cauces legales de expresión se transforma en política, de *contenido antifascista*, vemos el interés del capital en la expansión acelerada del aparato productivo con vistas a una integración del país por el capital extranjero.¹

Esta expansión, efectiva en ciertos sectores, desordenada en otros, tiene lugar entre grandes contradicciones que, sin embargo, el capital monopolista ha ido conllevando y es presumible que podrá estabilizar en un futuro próximo. El problema más grave que se le plantea es a nivel de las fuerzas políticas, hoy en franca crisis por su retraso con respecto a la evolución socio-económica.

No hablaremos, por tanto, de crisis política como expresión de una catástrofe económica; diremos más bien que las contradicciones económicas sociales de un desarrollo desigual, pero real, agudizan la crisis de las instituciones políticas implantadas en 1939, que el grado de desarrollo alcanzado por el capital monopolista de Estado, sus proyectos de integración y el empuje popular que pone en marcha la realización del propio interés oligárquico, exigen el recambio de las estructuras fascistas —entre ellas la CNS—, su *sustitución* por formas políticas, sindicales, etc., *aparentemente* libres y democráticas y *esencialmente* integradas en la dictadura del gran capital. Esta integración se prepara por la potenciación de un mercado de consumo masivo, que el capital está solamente empezando a crear, del que espera podrá absorber —tal como le enseñan los «milagros» neocapitalistas europeos— el eventual resurgimiento de un proletariado revolucionario, y será capaz de soportar sin grave riesgo, ciertas formas políticas y sindicales «democráticas».

4. Las próximas maniobras

Pero, ¿qué espera el capital monopolista para abordar el recambio política que le interesa? La reciente evolución de la CNS puede acla-

rarnos la situación. Se halla hoy generalizada entre el patronato la exigencia de una mayor flexibilidad en la regulación del despido, como condición del incremento de la productividad, que entraña, como contrapartida, el reconocimiento del derecho de huelga, al menos en su apariencia legal. Si bien el despido se va imponiendo, mediante múltiples trucos², las modificaciones que en materia de huelga se han producido no pueden contentar siquiera a las capas más atrasadas de las clases trabajadoras.

Pero existe una toma de conciencia empresarial a un nivel más «científico» que se incubaba, sobre todo, entre las minorías de jóvenes patronos, de «cachorros del neocapitalismo» español que el Opus Dei o la Compañía de Jesús educan tan celosamente en sus escuelas especiales. Esta gente conoce los secretos de los «milagros económicos» de la postguerra; sabe que el sindicalismo europeo, centrado —pese a su fraseología socializante e incluso revolucionaria— en la acción sobre los salarios, ha contribuido poderosamente a sentar las bases del neocapitalismo, al hacer posible que el incremento de la productividad se produjera no sólo en función de la racionalización del trabajo, sino además por la renovación técnica continua, por la constante capitalización. Comienza a interesarles un sindicalismo similar que, por otra parte, debido a su carencia de perspectivas, opera como importante factor de integración del trabajador en la civilización neocapitalista de consumo. Por ello afirman la conveniencia de un sindicato con cierta potencia reivindicativa.

Pero, al mismo tiempo, temen que el pueblo pueda ampliar y forzar las concesiones, retoques y aperturas que *interesan* al capital, abriendo brechas difícilmente «digeribles» en el futuro; temen que al aumentarse la capacidad de maniobra y expresión del pueblo —aunque se trata de una apertura mínima— las *necesidades totales* hasta hoy parcial e insuficientemente expresadas mediante las reivindicaciones salariales y las consignas antifascistas —integrables en un capitalismo «democratizado» —no se tornen conscientes de sí mismas y busquen su expresión plena en un amplio movimiento *anticapitalista*. De ahí que uno de los «jóvenes patronos», tras abogar por un sindicato obrero con capacidad negociadora, haya añadido: «Como empresario, la necesito; como ciudadano, lo temo». Esta frase resume con extraordinaria precisión todo el complejo juego de contradicciones que impulsan y demoran al mismo tiempo la liberalización del Régimen.

De un lado, el interés del capital en remozar la superestructura política, interés que vacila en afirmarse, que retarda los cambios que pueden beneficiarle, temeroso de que sean utilizados para la promoción agudizada de una conciencia popular *radical*. Por ello, si bien es indudable que las clases dominantes no vacilarán en acudir a la mística de la democracia (cristiana) en el momento oportuno, retrasan y preparan ese momento con la mística del desarrollismo, al mismo tiempo que intentan contentar, desorientar y contener el avance popular con reformas insustanciales (Ley de Prensa), concesiones demagógicas (creación del Consejo Nacional de Trabajadores, legislación sobre la participación de los trabajadores en la administración de las empresas), o aperturas de dos pulgadas (modificaciones introducidas en la regulación de la huelga).

De otro lado, el peligro de una absorción del proletariado y las masas populares —riesgo que aumentan la división de sus organizaciones y el nivel antifascista en el menor de los casos de las grandes masas— y, a la vez, la gran posibilidad de aprovechar cada una de las contradicciones que el capitalismo engendra y engendrará en la inevitable liberalización de sus actuales formas políticas, cada uno de los huecos que deja y dejará la descomposición de las instituciones fascistas, para organizar la unidad del proletariado, para darle conciencia de la soberana autonomía de sus necesidades insatisfechas. La utilización de la crisis del franquismo para forzar la existencia de auténticos derechos de asociación, expresión, reunión, huelga, etc., que el pueblo necesita *ahora* para afirmarse radicalmente en una ulterior etapa exige la presencia vigilante de los elementos más sensibilizados y combativos, conscientes de que no habrá para el sindicalismo español —abandonado el movimiento a su propia espontaneidad— otro 14 de abril de 1931 y, por tanto, de la apremiante necesidad de frustrar el proyecto liberalizador del gran capital.

Las *próximas maniobras* se encaminan simplemente a hacer tolerable la CNS. Un sindicato « obrero » único y obligatorio; una ampliación gradual del derecho de huelga; posibilidad de elegir representantes sindicales (presidente y secretario de los Consejos comarcales, locales, provinciales y nacional) entre ternas presentadas por el Estado; ciertos poderes de Administración (se habla incluso de la creación de un Banco Confederal que administraría las cuotas de las Mutualidades para la financiación de un sector cooperativo); pluralidad de tendencias ideológicas (las que le interesen al capital)

dentro de una unidad sometida íntegramente al Estado por su inserción en los organismos de planificación sin el menor poder de decisión, por su control a través de centenares de comités paritarios, arbitrajes o inspecciones. Naturalmente, una de las tendencias « toleradas » sería la sindicalista nacional.

En el caso de que este proyecto de *CNS liberalizada* fuera inviable por la energía y la decisión del asalto popular, el gran capital no vacilaría en deshacerse definitivamente de la Falange, pasando el patrimonio de la CNS al Estado, y procedería a fomentar la división ideológica existente, favoreciendo las tendencias más « benignas » y reprimiendo las hostiles. Creemos que, llegado el caso, no le faltarían adhesiones. No puede mantenerse a estas alturas que el pluralismo sindical se explique *solamente* por el pluralismo ideológico. El pluralismo sindical se explica por la explotación que hace la burguesía de las divergencias ideológicas con la ayuda de dirigentes sindicales hostiles a la unidad. Este es el « sindicalismo » que interesa a la burguesía.

C. B.

NOTAS

1. Se ha dicho que es preciso ver al capitalismo monopolista de Estado en su funcionamiento real, es decir, en sus articulaciones *internacionales*. El apoyo de los Estados Unidos primero y, más tarde, del capitalismo europeo, han hecho posible que el franquismo superase, en 1951 y 1959, los dos momentos más críticos de su historia. En la actualidad, la penetración masiva de capital extranjero constituye un importante seguro para las posiciones del capitalismo español; facilitará, además, el recambio de sus actuales estructuras políticas a través de una serie de gases que es imposible prever hoy, pero que difícilmente desembocarán en una situación de guerra civil, aunque pueden situar la lucha a niveles muy elevados si se acierta a movilizar el empuje popular hacia los objetivos que tienden a proporcionarle una *organización y un proyecto propios*; la conquista y consolidación de sus armas materiales —ante todo el sindicato— e intelectuales, sin las cuales huelga todo planteamiento radical frente a una oligarquía respaldada por toda la dureza represiva del capitalismo internacional.

2. « La libertad de despido ha sido para los patronos un proceso lento, más de hecho que legal; a cuya finalidad estaban encaminadas medidas en apariencia tan diferentes como las siguientes: 1. Seguro de paro (modificación año 1961); 2. Los falsos « expedientes de crisis » de las empresas; 3. El truco de la firma de contratos de trabajo temporales; 4. Facilidades para la emigración masiva a Europa; 5. Utilización de los conflictos laborales para dar cartas de baja a los obreros; 6. Legalización parcial del derecho de huelga ».

Política sindical en la empresa

CONTRADICCIONES ESPECIFICAS

La sociedad española evoluciona rápidamente. Esta idea se va constituyendo en un « leit-motiv » universal. Todos, a derecha e izquierda, hacen balance de los cambios, husmean y buscan el modo más eficaz de adaptarse a ellos. Los cambios tecnológicos que en el plano económico son cada día más evidentes, chocan con el « émbolo » político de unas superestructuras que se resisten a tomar nota siquiera de los mismos y que buscan la salida escurridiza de una « liberalización » sin libertades que, en última instancia, no hace más que poner de relieve las contradicciones internas de tal escapatoria, fiel reflejo de las hondas contradicciones del sistema neocapitalista que trata de arraigar en un país oprimido pero tenso. En el terreno sindical la historia de las contradicciones y de la « escapatoria sin salida » es probablemente más revelador que en ningún otro. Dejando de lado las amplias contradicciones políticas de la actual fase del desarrollo neocapitalista español, casi diríamos que los dos terrenos donde las contradicciones internas están alcanzando su más alto grado son el sindical y el de los desequilibrios regionales.

Los cambios más recientes en el orden económico (evolución de los años de autarquía hacia una política sucesiva de estabilización, reactivación y Plan de Desarrollo con sus graves errores y balanceos) no podían dejar de tener consecuencias en el plano sindical. Por otra parte la represión sindical llevada a cabo al finalizar la guerra que neutralizó en gran manera la combatividad obrera —en el Sur, por ejemplo la ausencia de cuadros es particularmente sensible— comenzaba a quedar nivelada por el acceso de nuevas generaciones de militantes. Por una parte la inoperancia práctica del sindicato vertical para defender los intereses de la clase obrera —más concretamente, su estricta sumisión a los planes trazados por la clase dirigente— comenzó a chocar a raíz de los últimos cambios de la política económica con la necesidad interna que cualquier sociedad del consumo precisa de una cierta dialéctica promovida por las tensiones sindicales. Es decir, como Ramón Tamames expuso muy claramente en su día, la política de modernización y desarrollo de la industria española careció del elemento clave de la presión sindical, uno de los motores sustanciales del progreso tecnológico en ciertas fases del desarrollo económico neocapitalista. En control policiaco de la lucha obrera —mantenido de forma estricta durante estos años y que hoy oscila con leves cesiones y sucesivos recrudecimientos —unido a la existencia todavía abundante de un « ejército de parados » en las zonas

subdesarrolladas de la península (tengamos en cuenta que si bien las cifras de paro oscilan alrededor del 1 % en estos últimos años, no incluyen el paro enmascarado y que el amortiguador de la emigración exterior no ha llegado a reducir suficientemente el « ejército de parados » como para poder calificar la economía del país como de **pleno empleo**)¹, ha permitido —y permite, como veremos— un comportamiento « pre-neocapitalista » por parte de nuestros empresarios de las zonas industrializadas. Este comportamiento se producía, sin embargo, en una fase de desarrollo tecnológico y de burocratización empresarial que hubiera requerido una cierta dialéctica sindical según los postulados neocapitalistas y a la vista de las experiencias habidas en otros países europeos. Así pues la modernización tecnológica de las empresas unida a la difusión masiva de los métodos « taylorianos » de organización en un clima de gran dificultad sindical había de provocar en el marco de la empresa situaciones conflictivas de características muy definidas. Las contradicciones económicas, sociales y sindicales a que estamos asistiendo han tenido y tienen hoy una peculiaridad decisiva en el campo preciso de la empresa, considerada como unidad económica y social.

LA FRONTERA ENTRE LA ACCION REIVINDICATIVA Y EL CONTROL DE GESTION

La promulgación en 1958 de la Ley sobre Convenios Colectivos venía a instrumentalizar —con todo el absurdo que había de comunicarle inherentemente la peculiar ordenación sindical española— las necesidades de un desarrollo industrial tan desarticulado como se quiera, pero que precisaba unas mínimas adaptaciones de la empresa a las exigencias intrínsecas que le imponía el desarrollo capitalista al alcanzar ciertos niveles tecnológicos, estructurales y organizativos. En Europa, especialmente en Italia, los cambios tecnológicos han obligado a cambios profundos en la estrategia de los sindicatos mayoritarios; entre esos cambios se halla precisamente el de una nueva visión de la política sindical de la empresa. No pretendemos hacer un paralelo que carece de valor, pues la acción sindical llevada a cabo en Italia, por ejemplo, no puede parangonarse con las luchas sostenidas en nuestro país, donde el problema primario de una auténtica legalidad sindical y del derecho de huelga han condicionado radicalmente la acción. Por otra parte el nivel de desarrollo es todavía considerablemente diferente, pese a los « slogans » difundidos sobre el « milagro español ». Queremos señalar simplemente que, de alguna manera, en el tejido complejo y denso de la evolución sindical española de estos últimos años aparecen en dosis más o menos elevadas, aspectos y elementos que provienen de la problemática específica que abre la política sindical en el marco de la empresa.

Bruno Trentin ha escrito un artículo revelador y definitivo sobre estos problemas por lo que se refiere a la situación italiana en la revista

Sociologie du Travail². Después de exponer las victorias alcanzadas durante el periodo 1946-1952 por los sindicatos italianos —victorias fundamentales, el menos en varios sectores, como fueron lograr una nueva orientación de las inversiones y una relativa estabilidad del empleo, además de institucionalizar en algunas empresas la negociación de los sistemas de salarios, cadencias de trabajo, etc. y de ganar la batalla previa de la liquidación de la herencia fascista, Trentin reconoce que, sin embargo, « la CGIL, acosada por el problema del paro permanente, no estuvo en condiciones de hacer a tiempo un análisis suficientemente profundo de los problemas más específicos que plantea el progreso técnico en sus formas más modernas al nivel de la empresa, ni de elaborar las reivindicaciones capaces de enfrentarse con estos problemas teniendo en cuenta, sin por ello aceptarlas, las diferencias crecientes que el desarrollo del capitalismo industrial introducía en el seno de la clase obrera, incluidos los centros tradicionales de la gran industria ». Más adelante aún añade Trentin que « el gran cambio de los años 1953-1955 puso de relieve en particular el vacío que tendía a crearse poco a poco, paradójicamente, entre las reivindicaciones generales del sindicato en materia de salarios y de política económica y los problemas particulares de los trabajadores de la fábrica mecanizada; vacío que tendía incluso provocar una ruptura entre la acción reivindicativa inmediata en la empresa y la acción general del sindicato por el pleno empleo y las reformas de estructura ». Pasa inmediatamente a exponer Trentin con gran claridad como la CGIL había de desplazar la reivindicación tradicional de la negociación de las primas y del control efectivo de las variaciones del rendimiento obrero hacia la « conquista de una negociación renovada constantemente del salario en función de las transformaciones previsible de la técnica y de la organización ». Toda la problemática procedente de una « toma de conciencia » de las nuevas posibilidades de lucha que ofrecía el progreso técnico en el campo de la empresa contribuyeron a una nueva estrategia que dio sus frutos y que habrá de darlos en mayor grado, sin duda, en Italia. En suma, lo esencial de esta nueva estrategia era la atención prestada al **nuevo contenido** de la reivindicación para plantear en función del mismo las relaciones entre acción reivindicativa y los problemas más amplios y sustanciales del control de la gestión de la empresa, esenciales en una perspectiva

1. El Informe sociológico sobre la situación social de España, publicado por la Fundación Foessa y Editorial Euramérica señala que, « de acuerdo con los datos de la encuesta, el estudio de los niveles de empleo parece mostrar que las cifras oficiales de paro infraestiman totalmente el fenómeno. Nosotros obtenemos un 18 % de parados para los jornaleros agrícolas y un 6 % para los obreros industriales, mientras que la memoria del Plan de Desarrollo lo fija en cifras alrededor del 1 %. Al mismo tiempo se ha observado que un 24 % de los jornaleros del campo y un 7 % de los obreros industriales están **subempleados** (trabajan menos de 40 horas a la semana). Mientras que un 42 % de los obreros industriales y un 34 % de los jornaleros del campo se pueden considerar **superempleados** (trabajan más de 50 horas por semana). El pluriempleo parece ser más típico de las ocupaciones no manuales ».

2. « Les syndicats italiens et le progrès technique » en el número 2/1962 (abril-junio) de **Sociologie du travail**.

socialista. A este respecto Bruno Trentin dice lúcidamente: « Una vez más, pues, la frontera entre la acción reivindicativa y la acción por el control de la gestión aparecía discutible por el nuevo contenido de la acción reivindicativa »³. Trentin no elude la exposición de los problemas y contradicciones con que la nueva política sindical se ha encontrado en Italia estos últimos años. Pero ahora no se trata tanto de hacer un análisis exhaustivo de tal historia cuanto de perfilar en qué sentido la lucha sindical al nivel de la empresa tiene rasgos nuevos y en qué medida —dentro de nuestra particular situación— se puede decir que ha obligado a modificar la estrategia obrera como sucedió en Italia.

LA PIEDRA DE TOQUE DE LOS PLANES PRIVADOS

Antes de seguir adelante debemos recordar, aunque sea aceleradamente, los perfiles económicos que han rodeado y rodean la lucha sindical en la empresa española. Como sabemos la expansión neocapitalista se centra precisamente en la concentración monopolística, en el crecimiento « macroeconómico » —si se nos permite la expresión— de la célula « microeconómica » que es la empresa. Es decir, el gran monopolio ya no opera con criterios microeconómicos de contabilidad empresarial⁴, sino que opera con criterios « macroeconómicos » y supranacionales, en los que las contabilidades de cada sociedad del grupo y los planes indicativos son piezas sustanciales de su estrategia, tan importantes como los problemas puramente técnicos del control interno de la producción en la fábrica. Es decir, por propia definición institucional y jurídica las empresas industriales son « empresas de dominación », según la expresión utilizada por Dahrendorf, y cualquier sistema organizativo empresarial se articulará según formas más o menos flexibles, pero siempre con el objetivo de que una minoría —los dirigentes = poseedores del capital y del poder de decisión— pueda **dominar** de la forma más eficiente y económica a una mayoría, los subordinados o trabajadores, de los diversos niveles y categorías sociales⁵. Dentro de esta concepción la lucha por neutralizar la combatividad sindical ha sufrido avatares y cambios muy diversos en todos los países capitalistas y la clase dirigente ha evolucionando en su estrategia según las diversas coyunturas económicas, políticas e internacionales (expansión o depresión, periodos de guerra caliente o de guerra fría, temor a un auténtico levantamiento popular, etc.), pero siempre ha buscado la vía que le permitiera « dominar » las relaciones de trabajo en la empresa con el máximo de impunidad. Por supuesto, no han faltado los teóricos —economistas y sociólogos— que elaboraran las teorías necesarias en cada momento y la clase dirigente ha contado con los « brain-trust » necesarios para escalonar los pasos que el progreso tecnológico le imponía aceleradamente. En ese sentido las teorías en torno a la « institucionalización del conflicto » y su subsiguiente aislamiento en el marco de la empresa contienen elementos muy hábiles para desmembrar la lucha sindical en la empresa. Es decir, atendiendo o lo que decimos más arriba, y

supuesto que la concentración monopolística acarrea estrategias de tipo macroeconómico, las relaciones de poder en la empresa y en la nación —clave de la lucha de clases— se desplazan aun más a favor de la clase dirigente que acrecienta sus márgenes de decisión no sólo económica y socialmente, sino, sobre todo, políticamente. En ese sentido la política sindical en la empresa adquiere la importancia de ser a un mismo tiempo la piedra de toque de los éxitos patronales que miden a través de los balances empresariales, los resultados de sus « políticas generales » (planes indicativos, legislaciones laborales controladas, eficacia de una cierta tensión social utilizada como instrumento de presión hacia la autoridad pública, acciones concertadas, etc.). Dicho de otra manera, utilizando **variables supra-empresariales** en su estrategia y en su acción, la clase dirigente monopolista sigue midiendo casi minuciosamente los resultados que éstas le rinden en el **marco micro-económico** de la empresa. Con ello no queremos decir que un fracaso a corto plazo en tal o cual fábrica sea la única fuente de juicio para un grupo dirigente. Pero es indudable que una serie repetida de fracasos en varias empresas (pérdidas de terreno en convenios colectivos, aumentos de primas o eventualmente huelgas importantes sostenidas), les obligan a una « nueva reflexión », al mismo tiempo que acrecientan la moral sindical.

Por ello, la misma formación « universitaria » del economista —que se refleja en su actuación práctica en el tema que comentamos— al analizar la economía de la empresa como una ciencia coherente con el propio sistema de producción —técnica y físicamente hablando— y elaborando sus « propios principios de funcionamiento interno con una excesiva independencia de los factores extrínsecos, creo que puede llegar a ser tan artificiosa como la formación y consiguiente actuación del ingeniero que « ha aprendido » las técnicas para alcanzar el « óptimo » de producción (sea en el campo de la aplicación, sea en el de la investigación), pero que luego quedan limitadas por las « imposiciones » del grupo al que pertenece la empresa, que opera con criterios extraempresariales (por ejemplo, hay que comprar a tal o cual proveedor —aun cuando no sea el óptimo—, hay una limitación estricta de mercados, pueden producirse cambios bruscos en la investigación por simple cambios de dirección general como sucedió en el caso Neyrpic, etc.). Es cierto que los diversos tipos de planes, ya sean nacionales de tipo indicativo, y sean meramente privados elaborados por las grandes firmas a nivel internacional e intersectorial, tratan de

3. *Ibid.*

4. Véase en relación con esta tema el capítulo de J. Houssiaux, « La grande entreprise plurinationale » en la obra colectiva *L'entreprise et l'économie du XX^e siècle*, estudio internacional debido a la iniciativa de F. Bloch-Lainé y F. Perroux, editado por PUF.

5. Según la idea expresada claramente por C. Wright Mills en su obra *White-collar* (traducción castellana en Ed. Aguilar): « Vista desde muy cerca de la cúspide, la gerencia es el conjunto de principios que inspiran el círculo superior: **concentrar el poder, pero ampliar el cuadro de personal** ». (El subrayado es nuestro.)

amortiguar las contradicciones que plantea la incoherencia de una economía de la empresa excesivamente dependiente de sus variables internas⁶. Pero en una fase de desarrollo como la española en la que tal utilización tecnocrática se halla en un grado primario, tales contradicciones adquieran una importancia relevante. Como ejemplo más visible podríamos escoger el de la construcción, donde la irracionalidad especulativa y el tipo de financiación por obra ha permitido un estilo de gestión casi autónomo que ha llevado inevitablemente al colapso que todos conocemos, en el que, por supuesto, han intervenido otros factores. Pero en el que, ciertamente, los factores extrínsecos han resultado definitivos. Como todos sabemos el paro en la construcción tiene gravísimas consecuencias para la lucha sindical y los excedentes de mano de obra que genera han de contribuir de manera considerable al aumento del « ejército de reserva ». Con todo lo dicho queremos señalar simplemente hasta qué punto la economía de la empresa, que sirve de base para las discusiones de los convenios colectivos, contiene contradicciones sustanciales, es decir, contiene al mismo tiempo principios reales y operativos junto a principios ficticios que se traducen en « trampas técnicas » admitidas sin embargo con facilidad como « válidas y científicas ».

A TRAVES DE LA OSMOSIS INSTITUCIONAL

Es cierto que se puede y se debe abordar la empresa como una unidad de producción, cuya evolución y consiguiente medida de resultados no puede quedar postergada. Cuando los técnicos de la OCDE han tratado de definir una medida matemática —válida y coherente— de la productividad de la empresa se han visto en la necesidad de reconocer la vulnerabilidad de cualquier forma que se adoptara⁷. Y ello fundamentalmente por la influencia decisiva que las variables extraempresariales tienen sobre los resultados de la fábrica. Sin embargo, en el convenio colectivo la relación « salarios-productividad » es muy rígida y se vincula casi exclusivamente a las condiciones técnicas y organizativas del trabajo. Con ello —y creemos que con esto acabamos de definir con claridad nuestra idea— no negamos la conveniencia de conocer lo que pasa contable y analíticamente en la empresa como unidad de producción. En ese sentido los errores del INI —que se le imputan de manera « visiblemente interesada » en el Informe del Banco Mundial— procederían de olvidar este principio válido del conocimiento de la rentabilidad de la empresa con el mayor rigor posible, tratando de obtener las lecciones correspondientes, siempre que hubiera la garantía científica de haberse producido un fenómeno de causa-efecto. En una economía socialista posiblemente habría que poner el acento en este punto y en el fondo las tesis de Lieberman son una sacudida para no olvidar este aspecto de la coherencia económica que vincula la relación entre desarrollo

macroeconómico y desarrollo microeconómico, es decir entre plan general y planes empresariales.

Pero en una economía neocapitalista la gran empresa plantea su estrategia con categorías macroeconómicas y supranacionales. La estrategia monopolística ha demostrado a través de la historia del desarrollo capitalista una gran capacidad de reacción y de resistencia, ya que —además de utilizar el poder político que le confiere su posición— utiliza todos los resortes que la ciencia económica ha puesto en sus manos tanto a nivel nacional como internacional. En ese sentido resulta hipócrita la crítica que el Banco Mundial hace al INI pues la manera de proceder de los grandes grupos monopolísticos —a cuyos intereses sirve en definitiva el famoso Banco— no difiere sustancialmente de los de aquel. (Dejando aparte las posibles inmoralidades administrativas que se hayan producido y los errores gravísimos de gestión, que requerirían otra crítica específica.) La única diferencia es que la «anarquía contable» que en el caso del INI permitió la ósmosis interempresas, se realiza en las sociedades monopolísticas a través de las instituciones que la legislación mercantil liberal pone a su disposición para «legalizar» la ósmosis, pero utilizando al mismo tiempo en las negociaciones internas de la empresa falazmente argumentos que giran en torno de su estructura «autocrática»: cifras de ventas, costes de producción, limitaciones de la legislación laboral, etc. Es decir, a la hora del conflicto el buen «manager» sabe que su actuación tiene dos caras: la estrategia trazada se halla inserta en la general del grupo, pero la discusión con los representantes sindicales debe girar exclusivamente en torno de los planes internos de la empresa. O bien se utilizaran los argumentos extrínsecos cuando favorezcan su posición. Por ejemplo, siempre para una medida legislativa general justifique una presión sobre los salarios, surgirá sobre el tapete.

EN UNAS CONDICIONES HISTORICAS DETERMINADAS

Todo lo dicho, no por sabido en el orden teórico, halla siempre un análisis suficientemente riguroso en el orden práctico. El aserto de Trentin reproducido más arriba, «la frontera entre la acción reivindicativa y la acción por el control de la gestión aparecía discutible por el nuevo contenido de la acción reivindicativa», tiene su versión concreta

6. Un ejemplo de «plan privado» lo tenemos en el reciente **Plan de inversiones del sector privado en Cataluña 1967-1970**, elaborado por el Servicio de Estudios del Banco Urquijo de Barcelona con el concurso de ayudas «supranacionales».

7. No hay más que recorrer los sucesivos números de la desaparecida revista de la OCDE, **Revue de la mesure de la productivité** para comprobar inmediatamente la debilidad científica de los índices habitualmente utilizados para medir la productividad. Dicha revista abrió sus páginas a un debate sobre las relaciones entre salarios y productividad en el que varios especialistas polemizaron sobre las dificultades de establecer una correlación estricta entre unos y otra. El hecho de que finalmente esta revista haya desaparecido no deja de ser significativo. ¿No había en torno a ella un espejismo retórico-matemático que alimentaba bizantinismos inútiles sobre el famoso concepto, para transformarlo de **mágico en medible**?

para cada fase del desarrollo capitalista y para cada país. Y si un sindicato de la potencia y características de la CGIL se vio desbordado parcialmente en este aspecto de la lucha —según reconoce el propio secretario de su Federación metalúrgica— no es de extrañar que a nuestros sindicatos tradicionales de oposición —trabajando en las condiciones conocidas por todos— les fuera históricamente imposible elaborar el análisis de los cambios que la evolución industrial habría de imponer en la lucha sindical. Las necesidades primarias de la pura supervivencia y del estricto mantenimiento de cuadros han consumido la mayor parte de las energías durante las décadas de postguerra. La escasa —por no decir nula— libertad de movimientos en la empresa acababa de apuntillar lo que en el orden social y político era prácticamente imposible intentar.

En ese sentido las comisiones obreras creo que han nacido sustancialmente como una necesidad impuesta por el actual nivel de desarrollo tecnológico, rodeado claro está del contexto social de todos conocido. Dejando de lado las implicaciones políticas que han acompañado su impulsión y la mayor o menor influencia de los grupos políticos en ellas, creo que nadie puede negarles su « razón de ser » como respuesta original y dinámica en un momento en que el sindicalismo español, pese a haber logrado victorias sustanciales en condiciones tremendamente desventajosas, llegaba a un « impasse ». En una situación particularmente compleja como era la que se abría con la nueva política del desarrollo fascista español, en la que la estrategia patronal comenzaba a utilizar, junto a los elementos tradicionales e irracionales —vieja herencia de los años anteriores— nuevos aportes tecnocráticos, aparentemente más racionales, la acción sindical exigía fórmulas de mayor originalidad y rigor en la lucha que las desarrolladas hasta entonces por los sindicatos tradicionales. Esas fórmulas sólo podían nacer de la experiencia real, de la lucha diaria. Este desarrollo histórico queda bien expresado en estas líneas de Marcelino Camacho: « Así, ante la complicidad del sindicato oficial con los patronos y la inexistencia o ineficacia de lo clandestino, cada vez que había que plantear una reivindicación al jefe de taller, al encargado o al patrón, los trabajadores que desconfiábamos de los sindicatos oficiales, nombrábamos una comisión que se elegía allí mismo, sobre la marcha en el tajo o en la fábrica, esta comisión hacía su petición y daba cuenta de su gestión a los obreros. Después de cada reivindicación la comisión desaparecía. Así miles de comisiones, durante años, aparecieron y desaparecieron con el problema que les dio vida, hasta que los militantes más conscientes que se iban forjando a través de estas acciones, comprendieron que esa era la nueva forma que espontáneamente había creado la clase obrera para defenderse, **en unas condiciones históricas determinadas.** » (El subrayado es nuestro)⁸. Esta dinámica de lucha flexible daba una gran agilidad a las comisiones obreras siempre que los hombres de la base que las condujeran tuvieran una visión

profunda de la acción que se realizaba y comprendieran las limitaciones que esa « condición histórica determinada » les imponía, adaptándose a la realidad obrera que los rodeaba. Por desgracia, no en todas partes se ha cumplido esta etapa de gestación y en algunos lugares, por « deseo de imitación », se pretenden quemar etapas —algunas de las cuales se pueden quemar, sin duda, pues los años no pasan en vano y las conquistas logradas acá han de transferir parte de sus ventajas allá, pero no todas son cenizas— y ello por « consigna » o por obsesión dirigista, y no por examen de la realidad. Es decir, la fuerza de las comisiones obreras radica en su fidelidad al movimiento nacido en la base y al impulso que se le da de acuerdo con su pluralismo real que tiende a la unión natural y orientada de sus miembros a través de una experiencia de lucha sindical. Las « imposiciones » precipitadas, antes de que esa unión se haya producido como fermento de la lucha unitaria en la empresa o en el sector, antes de que los grupos sindicales se interpenetren en esta nueva fórmula de lucha, puede retrasar precisamente la catalización de esa misma acción unitaria en lugar de favorecerla. Por ello las « consignas » procedentes del exterior y que no se adaptan a la realidad concreta entorpecen radicalmente la trayectoria de la lucha.

Más adelante, en el mismo artículo, Camacho añade, en su descripción de esta « nueva frontera del sindicalismo español » que constituyen las comisiones obreras: « Era al antivirius. Cada vez aparecía más claro, que la utilización de los medios lícitos y de los legales, estaba permitiendo la maduración y elevación gradual de la conciencia de clase, a través de las acciones de masas como las de los mineros, o los metalúrgicos madrileños o vascos. El antivirius, el anticuerpo había tomado forma; eran las comisiones obreras, en algunas de las cuales participaban enlaces y jurados honestos. Que nadie hable de milagro —añade Camacho— si ahora conoce amplias acciones obreras; a ellas se ha llegado a través de un largo proceso de maduración ». Esta constatación de un hombre que tanto ha hecho por aglutinar las fuerzas obreras a través de ese « largo proceso de maduración » prueba la conveniencia de no tratar de « crear comisiones artificialmente sin maduración ». Es decir, para que las comisiones obreras sean fieles a su razón de ser y no traicionen los objetivos unitarios para los que nacen, para que su orientación dirigida hacia « una elevación gradual de la conciencia de clase » se labre sobre la realidad de la lucha, hay que evitar el « orgullo » del nombre, la « pretensión del acierto » en cada caso; es decir hay que evitar el posible dogmatismo y subjetivismo que también aquí, como en toda lucha social, puede tentar a sus cuadros dirigentes. No podemos abordar aquí las relaciones tan complejas entre sindicalismo y partidos políticos —más todavía en una situación confusa y cambiante como la nuestra— pero creo que sí es lícito advertir a los que desde fuera ven y miden el alcance

8. « Presente y futuro del movimiento sindical » en el semanario **Marcha** de Montevideo, de 22 de julio de 1966.

histórico de la « nueva frontera del sindicalismo español » que no caigan una vez más en la tentación de mediatizar o condicionar la evolución de la nueva estrategia sindical que debe desarrollarse de acuerdo con la realidad objetiva que, en cada caso concreto, debe medirse y analizar con realismo para impulsar la acción hacia el progreso unitario. Creo que esta advertencia vale de una manera muy particular para el Partido Comunista y que las críticas, serenas y profundamente analizadas, que Fernando Claudín ha dedicado al « subjetivismo en la política del partido » valen de manera especial para la problemática que hoy abre el caminar histórico de las comisiones obreras. No niego las dificultades prácticas que esta advertencia plantea y las tensiones que para el militante supone mantener la doble fidelidad a la base obrera con la que lucha y las inevitables fidelidades que la disciplina del partido le pueda sugerir. Pero creo que para ser fiel al movimiento obrero —una vez más— los cuadros sindicales deberán eludir todo dogmatismo y todo subjetivismo que identificaría **consigna y realidad**.

UNA INCORPORACION CUALITATIVA

La línea de progreso de las comisiones obreras y especialmente su eficacia unitaria pasan inevitablemente por la acción directa en la empresa como primer nivel de toma de conciencia militante, como « lugar natural concreto » donde adquieren mayor plasticidad las relaciones de producción capitalista. Por descontado que la política sindical no puede limitarse al marco de la empresa —según hemos señalado extensamente al principio de este artículo— y que será prácticamente imposible elaborar una estrategia eficaz sin una comprensión profunda de la estrategia patronal monopolista. Pero la base sindical que lucha hoy en unas condiciones tecnológicas complejas —cuya complejidad se ha acelerado y se acelera al calor del Plan de Desarrollo, aprovechando un periodo en el que la combatividad sindical ha estado controlada por las fuerzas del orden—, sólo podrá descubrir el tejido de la « nueva lucha » a través del análisis de la realidad empresarial que la condiciona con toda su estructura burocratizada. La incorporación a la lucha sindical y a las comisiones obreras de técnicos y de cuadros profesionales puede tener la virtualidad de aportaciones, no sólo cuantitativas, sino también cualitativas. La atención sindical hacia los cuadros y técnicos se ha acentuado al comprobar las transformaciones de la estratificación social que se cumplen inexorablemente en toda civilización industrial. El porcentaje de técnicos y de administrativos en relación al de trabajadores manuales crece al compás del progreso técnico. Pero hay otras razones, además de la cuantitativa y de la comprensión de las posibilidades de incorporar a la lucha sindical al que hasta ahora había sido considerado como un « cuello blanco » incapaz de penetrar la lucha de clases y de tomar partido en ella; esas razones giran en torno de las propias necesidades del progreso tecnológico: si examinamos el convenio colec-

tivo de cualquier empresa importante del país inmediatamente comprendemos que la regulación burocrática de la explotación del hombre por el hombre se ha cumplido siguiendo las leyes inherentes a la « segunda revolución industrial » que se expresaban con la cómplice complejidad de los tecnócratas al servicio de la clase dirigente. En una situación histórica como la nuestra en la que no ha sido posible todavía lograr una formación adecuada de la clase trabajadora, la incorporación de los cuadros profesionales a la lucha sindical supone pues una incorporación fundamentalmente cualitativa.

Diversas iniciativas surgidas aquí y allá prueban que los cuadros profesionales se deciden a intervenir en la lucha sindical a corto plazo como vehículo hacia una acción unitaria de los diversos grupos de trabajadores. Las viejas posiciones que desvinculaban la « actitud política » del profesional de su responsabilidad sindical inmediata, se van diluyendo. Las posibilidades de lucha sindical que se han ido ampliando contribuyen a incitaciones atrayentes al descubrir cada uno las posibilidades de acción directa a través de la misma acción legal.

Las últimas elecciones sindicales —pese a las grandes limitaciones que las han condicionado por razones intrínsecas al sistema político y social que nos rige— han sido un modesto ejemplo de lo que venimos diciendo⁹. La incorporación a través de ellas de cuadros técnicos que han sadido elegidos como enlaces o jurados de su correspondiente categoría profesional, las reuniones en las que éstos se han planteado la conveniencia de pasar a una acción sindical y los contactos que se han establecido con las comisiones obreras y otros grupos sindicales, prueban la utilidad práctica de estos modestos « cuarteles de invierno » en los que se empieza a establecer una conexión y una coordinación sobre la estrategia concreta a corto plazo que permite establecer proyectos unitarios con más garantías de éxito que en el plano de las organizaciones políticas.

EL « CUARTEL DE INVIERNO »

Las deliberaciones y estructuración de los convenios colectivos de empresa o de grupo sectorial pueden ser otras bazas a jugar dentro de la estrategia inmediata a corto plazo. A través de ellos el engarce de los diversos niveles profesionales que forman el jurado de empresa y, en su caso, la colaboración con los asesores —jurídico, técnico y econó-

9. Haciendo un « Balance de las elecciones sindicales » en **Serra d'Or**, Josep Verdura ha escrito que « sería una grave tentación de evasiónismo negar el paso adelante que supone esta perspectiva de unos hombres nuevos —pocos, pero que pueden dar mucho juego— situados en la plataforma de la actual organización sindical y negar las posibilidades que ello da de cara al futuro ».

mico— pueden permitir experiencias de lucha concreta en las que se adquiriera un « training » sindical unitario, tan necesario para nuestras clases trabajadoras. Pero además pueden permitir modestos proyectos en los que se incluyan planteamientos en la línea apuntada en el artículo de Trentin. Por supuesto, los problemas previos de nuestro sindicalismo siguen siendo los de una auténtica libertad sindical y de unas conquistas mínimas (salario mínimo adecuado al coste de la vida, garantías de defensa sindical, de opinión pública, etc.). Pero ello no obsta para que los cuadros sindicales más reflexivos y dinámicos puedan plantearse ya los problemas con los que se habrán de enfrentar aceleradamente mañana, sobre todo en las zonas industrializadas del país. Todo ello no supone plantearse puros problemas de anticipación. Es simplemente « ganar tiempo », preparar los hombres en el actual « cuartel de invierno », para que la estrategia neocapitalista —siempre dispuesta a desviar la combatividad sindical de los objetivos de cambio cualitativo— que operará mañana según los modos y técnicas ya experimentados en los países del Mercado Común no halle el campo devastado, con cuadros inexpertos ante las nuevas características de la lucha social.

Los convenios pueden contribuir a este entrenamiento que permita penetrar a los cuadros sindicales en los nuevos problemas organizativos, los más agudos terrenos de choque que los nuevos cambios tecnológicos plantean al movimiento obrero. Por una parte, todos los problemas dependientes de las técnicas de organización del trabajo (nuevos sistemas de calificación de puestos de trabajo, sistemas de remuneración centrados en el control de tiempos y en la intensificación del rendimiento obrero, nueva visión con que se afrontan las condiciones de trabajo en conexión con los accidentes y la seguridad laboral, etc.), que forman parte sustancial de la trama de los convenios colectivos, permiten ir penetrando como se desplaza la « frontera entre la acción reivindicativa y la acción por el control de la gestión », según la idea de Trentin expresada más arriba. A través de los convenios colectivos las empresas imponen sus criterios rígidamente en este campo, aprovechando la escasa preparación técnica de los jurados y la ausencia de un auténtico asesoramiento sindical. La figura de « asesor » que la Ley de Convenios instituye —si ha funcionado sin duda para la buena redacción de los convenios desde el punto de vista patronal— está todavía por « estrenar » desde el punto de vista del asesoramiento auténticamente sindical. Como se sabe la Ley prevé la asistencia a las deliberaciones de los asesores con voz, sin voto ; la posibilidad de « desenmascarar » la « tecnología de la « explotación » tal como se encubre en las nuevas técnicas de organización del trabajo en la misma mesa del convenio utilizando « el mismo lenguaje » para demostrar la « calidad y la cantidad de la explotación » debe valorarse en toda su importancia. Sin que tratemos con ello de dar carta de naturaleza a lo que podríamos llamar problemas psicológicos de la empresa, que juegan un papel nada despreciable en estos momentos,

sobre todo en los niveles de mando intermedio, gracias al aliento que les dan toda la cohorte de técnicos y de tecnócratas partidarios de la política de las « primas de producción », **regatear** simplemente su valor monetario de la revolución directorial, sería útil que la clase obrera elaborara su « propia estrategia psicológica » de contrataque, sobre todo a la hora de discutir el convenio. Es decir, se trataría de utilizar todas las técnicas matemáticas y psicológicas de organización como un « boomerang » que se revolvierá contra sus propios defensores en el momento de redactar el convenio.

HACIA UNA CONCIENCIA DE CLASE CUALIFICADA Y COMBATIVA

Hasta ahora la actitud ante las técnicas de organización ha sido simplemente la de aceptarlas como irremediables, como impuestas y, al calor de la « primas de producción », **regatear** simplemente su valor monetario. Dentro de la nueva estrategia se trataría de utilizar dos tableros de juego, simultáneamente, o bien gradualmente, según los casos y según lo aconsejara un examen atento de cada realidad¹⁰:

a) Por una parte habría que atacar los fundamentos científicos de las técnicas de medida del trabajo (como se sabe, el cronometraje, que se utiliza hoy intensivamente en nuestro país como técnica de medida del trabajo y base de la remuneración carece de rigor científico; hay suficientes experiencias y « jurisprudencia tecnológica » para poder acudir a una mesa de convenio e impugnarlo como base sustancial de la remuneración del trabajo); o bien de las mismas técnicas psicológicas que no son más que burdas manipulaciones de la conciencia¹¹. Es decir, se trataría de dejar avanzar a la empresa por su tradicional caminar

10. En ese sentido habría que matizar convenientemente las diversas situaciones que se plantean desde un punto de vista regional. Los desequilibrios regionales se agudizan en España, como sabemos, y la « política de polos » crea situaciones ambiguas que conviene analizar con atención desde el punto de vista de la lucha sindical. La política sindical al nivel de empresa puede adaptarse con flexibilidad a las diversas situaciones, sin olvidar nunca la **solidaridad fundamental** que debe vincular unas acciones con otras, por muy peculiar que cada una de ellas sea. La comunicación sindical que permita operar a modo de vasos comunicantes entre las diversas situaciones regionales tendiendo a su equilibrio, es básica para una plena **solidaridad nacional**, condición indispensable de una auténtica política socialista, que debe abrirse al mismo tiempo hacia una solidaridad internacional con todos los pueblos oprimidos.

11. Recientemente, en una empresa metalúrgica de Barcelona de relevante importancia, los trabajadores han dirigido una carta a la dirección impugnando la irracionalidad del sistema de primas imperante y los « costes indirectos » que conlleva tal sistema. Es interesante observar que en la citada carta —avalada por más de mil firmas— no se trata simplemente de mejorar las condiciones salariales sino de atacar una **concepción organizativa** que los trabajadores analizan partiendo de la realidad diaria para demostrar el despilfarro de energías que acarrea y las tensiones que provoca, sin que propiamente incite a mejores rendimientos. El hecho de que en las condiciones actuales la comisión obrera de dicha empresa haya logrado llevar adelante tal iniciativa reuniendo tal número de firmas, prueba que la matización cualitativa —tecnológicamente hablando— de nuestra lucha sindical adquiere cada día mayor fuerza. Sea cual fuere el desarrollo de las conversaciones o del posible conflicto con la dirección de la empresa, la iniciativa tiene el valor de incitar a los trabajadores al análisis de sus condiciones empresariales y organizativas de trabajo, con una mayor conciencia de su situación real.

organizativo para —en el momento oportuno— presentar el acerbo de investigación sociológica y científica que hiciera temblar toda la retórica y prosopopeya con que los tecnócratas rodean sus refinados sistemas de explotación obrera.

b) Por otra parte habría que cambiar la **estrategia de discusión** del convenio: es decir, habría que pasar de un planteamiento del convenio como « discusión o forcejeo salarial » —tal como ha sido tradicionalmente hasta ahora— a otro planteamiento en el que se revise la « política de gestión de la empresa » y que permita discutir, cuando menos, la posibilidad de unos instrumentos de **control** de esa política; como consecuencia lógica de este planteamiento más general, quedaría implícitamente incluida en el la política salarial. Es decir, se trataría de discutir en el convenio las políticas de autofinanciación, de amortizaciones, de selección de inversiones, de expansión de la empresa a corto y a largo plazo, de mercados, etc. Con ello se forzaría el cuadro del convenio —según las posibilidades y la fuerza con que se contara en cada caso— hacia una « mesa de discusión » de los problemas generales de la empresa como nudo crucial del conflicto sustantivo de las relaciones de producción, analizando al mismo tiempo sus aspectos cualitativos. Si a través de ello se lograran unas —aunque fueras modestas— instituciones de control, sería un paso no despreciable a corto plazo. Pero, en cualquier caso, este desplazamiento de la estrategia tendría la virtualidad de contribuir a la formación de la **praxis empresarial** de los cuadros sindicales a través de la lucha concreta poniendo de relieve los problemas cualitativos de la explotación neocapitalista ante la masa obrera —siempre atenta a lo que sucede durante el convenio— contribuyendo así a desarrollar una conciencia de clase **cualificada** —y no ello menos combativa— que el desarrollo tecnológico requiere y requerirá aún más imperiosamente en un próximo futuro. Es indudable —y de esto tenemos numerosos ejemplos vividos— que los cuadros obreros inician muchas veces con mejor ritmo el análisis marxista de la alienación o del concepto de plusvalía partiendo precisamente del estudio de las técnicas de remuneración capitalista o de la valoración de puestos de trabajo, que de las puras explicaciones filosófico-económicas.

Podemos decir, resumiendo, que, a nivel de empresa, cabe una política sindical que —ya desde hoy— vaya minando los fundamentos tecnocráticos de la estrategia neocapitalista difundiendo las falacias de su pretendido cientifismo, como cualificación más agobiante de su contenido esencial: la explotación del hombre por el hombre. Como reverso dialéctico de tal política los cuadros sindicales descubrirían los aspectos positivos y útiles —siempre que se pongan al servicio de la liberación del hombre en su puesto de trabajo— que el día de mañana convendría utilizar en un régimen de autogestión obrera. Pues no se trata de crear una nueva conciencia anarquista que se oponga a todo sistema organiza-

tivo-tecnológico de la empresa. Todo lo contrario. Se trata de penetrar las transformaciones tecnológicas y organizativas para comprender mejor el contenido del actual conflicto de clases y los caminos de liberación que se presenten.

VICTORIAS SIMBOLICAS

Todo lo dicho debe quedar encuadrado en las consideraciones iniciales sobre la estrategia monopolista. Es decir, sin olvidar que la estrategia patronal utiliza para su expansión los dos niveles: el **macroeconómico**, que traza a través de los planes indicativos que favorezcan la evolución de la infraestructura de base o de la expansión sectorial (en el cual inserta sus planes privados supraempresariales) y, al mismo tiempo, el **microeconómico** o empresarial a través del cual articula rigidamente su política social y económica inmediata. Pueden presentarse contradicciones parciales entre una y otra pues la coherencia de intereses no se halla tan coordinada como para que el Plan de Desarrollo afronte sin fisuras la marcha de los grandes intereses. Por otra parte, la mínima atención que el Plan debe conceder a los « poderes compensadores » y la inevitable combatividad sindical introducen en la lucha elementos que pueden desequilibrar o trastornar las previsiones. Además ni nuestros tecnócratas —si bien poseen mejor preparación que los antiguos « tiburones » de la época de la inmoralidad administrativa— son tan competentes como para poder evitar los errores que sólo una posibilidad de crítica pública podría atemperar, ni sus bases estadísticas tienen la fiabilidad suficiente como para que no pasemos todavía unos años de « columpio y balanceo » económico y de desequilibrios sectoriales (que pueden provenir también de « interferencias » imprevistas, y no simplemente de errores estadísticos; ya sabemos que la autocracia de las clases dirigentes no acepta limitaciones contractuales y mantiene la indiscutibilidad de la utilización de los recursos privados a su antojo: véase la huida de capitales a Europa en los momentos en que ha parecido cernerse una situación de crisis o de incertidumbre política).

Por ello la estrategia sindical capaz de **acosar** la expansión de una « empresa símbolo » o las falacias de una « acción concertada » podría resultar ejemplar en una coyuntura concreta. **Acertar** en ese acoso exige tener presente el cuadro macroeconómico a que nos hemos referido al principio para no desviar la acción de los objetivos viables en cada caso. Pues, para la lucha sindical se trata, en una situación como la actual, no sólo de afrontar las vías más rápidas de triunfo reivindicativo, sino de **revelar** plásticamente las dimensiones de la lucha de clases para, partiendo de ahí, elaborar la propia alternativa socialista al actual proceso económicosocial que hoy nos conduce hacia una sociedad del consumo. Una victoria sindical en una « empresa símbolo » de las nacidas o desarrolladas al calor de las nuevas políticas de alianza con el

capitalismo internacional o como fruto de las « acciones concertadas » que hábilmente se están manejando en algunos sectores, podría ser el inicio de una lucha más profunda y obstinada contra toda una etapa del desarrollo económico de nuestro país camuflada por la retórica de la propaganda neocapitalista y por la cortina de humo de unas « cifras milagrosas », etapa que no tiene otra raíz que una explotación más sistematizada de nuestra mano de obra « industriosa y fácilmente adiestrable », según la amable expresión del Informe del Banco Mundial. Se trataría de revelar cual es el contenido real del llamado « milagro español » que sólo unas peculiares circunstancias históricas han permitido que se realizara con la impunidad que estamos comprobando. Así pues, la lucha sindical al nivel de empresa iría adquiriendo las dimensiones políticas que le corresponden en una perspectiva socialista. Aun cuando somos conscientes de que todo ello requiere una elevada conciencia de clase y una nítida exposición de la lucha en todos sus aspectos, por parte de sus cuadros, capaz de extenderla y hacerla asimilable por las masas obrera y campesina. Sólo así se podrá evitar el divorcio entre esas masas y los cuadros sindicales y técnicos, divorcio que en tantos países se ha producido a la hora del desarrollo y del « consumismo ».

HACIA UNA ESTRUCTURA OFENSIVA

Digamos, finalmente, que esta política sindical en la empresa debe evitar el peligro de caer en las trampas asociacionistas, habituales del neocapitalismo. Mientras perdure la estructura neocapitalista, se trata de conquistar todos los instrumentos de control y de discusión posibles. Pero no de aceptar fórmulas de participación engañosas con las que se trata de « coger los dedos » a la combatividad obrera. Como ha escrito Ernest Mandel, por una parte los socialistas « deberían combatir más la incapacidad del neocapitalismo para reformar la estructura autocrática de la empresa, que es una de las causas principales de la alienación del trabajo en la industria moderna », y, por otra, deberían plantearse como exigencia fundamental « la reivindicación del control obrero como iniciación a la planificación socialista y democrática, única respuesta eficaz que se puede aportar a la programación capitalista. El control obrero —añade Mandel— es el primer paso hacia la gestión obrera en una economía socializada (los trabajadores deberían rehusar toda forma de asociación en las responsabilidades de la gestión mientras la economía sigue siendo capitalista) y hacia la democracia industrial. La reivindicación del control obrero permitirá asociar a la clase obrera a la gran discusión sobre la masa total de salarios y de beneficios (es decir al gran debate sobre la plusvalía, en el que concluirá ineluctablemente toda discusión sobre una política de rentas). Y esto nos permitirá dar a la estrategia esencialmente defensiva del movimiento sindical (contra el bloqueo de salarios, por la libertad de negociación en materia de salarios) el carácter global y ofensivo que esta estrategia necesita,

pues sin ella los obreros librarían una batalla perdida contra los patronos y los tecnócratas»¹². Con esta visión orientadora de la lucha sindical —global y ofensiva— aplicada a nuestra situación concreta, buscando la praxis real en cada momento, la lucha sindical al nivel de la empresa supone el ejercicio, el «cuartel de invierno» como hemos dicho, de una futura democracia industrial en la que la autogestión obrera habrá de enfrentarse con problemas empresariales de características diversas pero para los que, sin duda, esta lucha habrá sido un entrenamiento positivo. Así, la estrategia de la lucha a corto plazo —que puede obtener resultados positivos en el plano reivindicativo— se teje y enraiza sobre la estrategia a largo plazo de la alternativa socialista que se propone como objetivos fundamentales los cambios cualitativos que requiere una auténtica civilización del trabajo.

12. «L'Apogée du néo-capitalisme et ses lendemains» de Ernest Mandel en *Les Temps Modernes* de agosto-septiembre de 1964, número monográfico dedicado a los «Problemas del Movimiento Obrero».

MIGUEL PARRA



Por una estrategia sindical unitaria¹

1

Es un hecho que las nuevas condiciones en las que —a partir del Plan de Estabilización— se ha desarrollado la lucha sindical en España han hecho surgir, entre los trabajadores, una difusa aspiración a la unidad y la autonomía sindicales; dichas aspiraciones coexisten, evidentemente, con numerosos gérmenes de división e instrumentalismo. Pero, a pesar de ello, constituyen una realidad innegable.

La expresión más manifiesta de la aspiración a la unidad sindical la constituye —a pesar de sus dificultades y limitaciones— el fenómeno de las Comisiones Obreras: la aspiración unitaria es, por otra parte, recogida y explotada demagógicamente por el gobierno y la actual CNS que tienen el cinismo de presentar la actual «unidad sindical» como una conquista a defender. Por otra parte, es asimismo manifiesto que todas las organizaciones sindicales y políticas clandestinas se proclaman partidarias de la unidad sindical², no siempre de acuerdo con sus restantes posiciones y su práctica.

La búsqueda de la autonomía sindical se expresa, no ya con el rechazo de la dependencia de los patronos, del Estado y del Movimiento Nacional —objetivo demasiado evidente— sino en la voluntad de independencia de las organizaciones políticas de oposición. No hay duda de que la actual clandestinidad de dichas organizaciones es una de las razones por las que el movimiento sindical democrático semilegal rechaza toda relación y dependencia; no obstante, se percibe asimismo —en forma más o menos expresa— que dicha autonomía es una de las condiciones de la unidad sindical. Por supuesto, influyen asimismo otros factores como son el deseo de no ser instrumentalizados, la desconfianza hacia «la política», etc.

2

Conviene, ante esta situación, no caer en posiciones idealistas que mitifican la unidad haciendo de ésta el objetivo fundamental. En realidad la aspiración a la unidad y autonomía sindicales es ambigua, ambivalente; se refiere a la forma y no al contenido. Es preciso concretar; se quiere una organización unitaria, pero, ¿con qué posiciones? Se desea autonomía en relación con los partidos; pero, ¿acaso no se descubre, en ocasiones, que en realidad sólo se quiere la independencia en relación con determinados partidos políticos para así poder caer más fácilmente en otras dependencias?

Sobre los aspectos positivos de la unidad sindical no es preciso insistir mucho: el bloque compacto, sin fisuras, de todos los trabajadores, aumenta el poder sindical de éstos frente a un patronato que carece, en estas condiciones, de una de sus armas favoritas: la explotación de la división sindical para sus fines. Simultáneamente, la unidad sindical aumenta la confianza de los trabajadores en su propia clase, en su propia capacidad de lucha y de organización.

Ahora bien, la unidad se realiza en torno a unos objetivos, supone una estrategia: la unidad tiene un contenido. La unidad realizada en torno a unos objetivos respetuosos con el capitalismo —coherentes con su lógica, que acepten los límites «objetivos» que ésta les impone— es la forma más eficaz de consolidar el sistema capitalista y de promover su desarrollo.

Por el contrario, la unidad realizada con objetivos anticapitalistas cumple un papel muy distinto. De todas maneras conviene tener presente que no es probable que se realice la unidad sindical en torno a objetivos socialistas de transformación del sistema: proclamar la urgencia de la unidad y exigir —al mismo tiempo— un sindicalismo «revolucionario» es contradictorio. La alternativa a un sindicalismo unitario pero integrado, no es un sindicalismo revolucionario sino un sindicalismo que rechaza como límites para la acción sindical los que imponen la lógica y las estructuras capitalistas (el respeto a la autoridad patronal, la necesidad de la política de rentas, etc).

3

La autonomía sindical presente una ambigüedad semejante. En ocasiones no es más que un intento de conseguir un sindicalismo domesticado, integrado, respetuoso con el sistema capitalista; según esta concepción se trata de promover un sindicalismo «apolítico», que no se «meta en política» y que, por lo tanto, acepte como propios los límites que le imponen desde fuera los que hacen la política, los que controlan el

poder : se trata, pues, de promover un sindicalismo « apolítico » que, en realidad, apoye la política de la burguesía.

Por el contrario, la afirmación de la autonomía sindical es un objetivo fundamental en la situación española cuando expresa la búsqueda, no de un **sindicalismo apolítico** sino de un **sindicalismo independiente de los partidos políticos**. Efectivamente, la autonomía sindical —entendida en este modo— es una condición de la unidad sindical ; es una condición —entendida en un sentido dinámico y dialéctico— para que los militantes de las distintas organizaciones políticas puedan participar en una misma organización sindical y para —aspecto aún más importante en las actuales condiciones— que puedan incorporarse, sin recelos, la gran mayoría de trabajadores hoy día no encuadrados.

Tiene interés poner de relieve que, en caso de que se afirmen las tendencias unitarias, el proceso será, previsiblemente, muy distinto al que dio lugar al breve período de unidad sindical en Italia, después de la segunda guerra mundial : la unidad sindical surgió del pacto entre la democracia cristiana, el Partido Socialista y el Partido Comunista. Al romperse dicho pacto, a consecuencia de la guerra fría, se quebró la unidad sindical ; influyó asimismo la escisión socialdemócrata de Saragat³. En España, por el contrario, la conciencia y la organización sindicales van por delante del grado de conciencia y organización políticos : el impulso unitario se basa, fundamentalmente, en la propia experiencia sindical que realizan los trabajadores y avanza en la medida en la que se apoya en dicha experiencia y la responsabilidad de las organizaciones políticas de la clase obrera consiste en apoyar dicho movimiento.

4

Como ha puesto de manifiesto F. Momigliano, refiriéndose a los sindicatos italianos, « todos los sindicatos, frente a las repercusiones inducidas por las innovaciones tecnológicas y organizativas de la producción, parecen rechazar hoy una concepción que agote su función en la típica de una formación monopolística que actúa sobre el mercado de la oferta de trabajo, para reclamar para sí una función más amplia ; de promoción y propulsión en general del progreso económico y social y del desarrollo democrático de la sociedad, si bien este comportamiento viene identificado en mayor o menor grado con la función institucional originaria »⁴.

Es un hecho que el sindicato que quiere seguir cumpliendo con sus funciones consideradas como tradicionales (mejoras salariales, horario de trabajo, defensa de la calificación profesional, etc.), se halla, cada vez en mayor grado, impulsado a operar en nuevos campos y a tomar posiciones que antes se hubieran considerado como políticas e impropias

de un sindicato. Efectivamente, el creciente papel económico del Estado —inducido por el desarrollo del capital monopolista— obliga al sindicato a tener muy en cuenta a aquél y a tomar posiciones frente al mismo. El Estado capitalista ya no se limita a legislar en el campo económico las « reglas de juego ». Es asimismo un agente económico de primera importancia. Las consecuencias, de esta evolución para el sindicato son inmediatas. ¿Cómo podrá cumplir con su papel tradicional si prescinde de tomar posición frente a la planificación económica, el papel de la empresa pública, la política de rentas, etc? ¿Cómo puede el sindicato no preocuparse por el grado de ocupación y de la política del empleo que tan directamente influyen en su poder de contratación?

Ello implica la necesidad de « definir », en tanto que sindicato, sus opciones frente a los grandes problemas del desarrollo económico, sobre los problemas nacionales de la política económica, las reformas estructurales de la económica y las reformas institucionales que son el instrumento necesario de aquéllas»⁵.

Por otra parte, el sindicato no puede, para cumplir su misión, despreocuparse de las condiciones políticas necesarias para el libre desarrollo de sus funciones y de su actividad; debe afrontar las medidas legales tendentes a restringir el derecho de huelga, a limitar su capacidad reivindicativa, etc. En las condiciones de la España franquista, ¿puede acaso —por un absurdo apoliticismo— prescindir de las enormes trabas legales que, al mismo tiempo que impiden el juego democrático en el campo propiamente político, frenan y entorpecen —cuando no impiden— el ejercicio de la actividad sindical?

5

En definitiva, pues, no es posible la existencia de un sindicato apolítico: la lucha sindical tiene una dimensión política, tiene un contenido político. Al mismo tiempo es necesario afirmar que el sindicato no debe ser la « correa de transmisión », el instrumento de ningún partido⁶, no debe ser sindicato de partido que aplique mecánicamente las consignas de una organización política, quebrando las reglas de la decisión democrática y forzando —provocando— la división sindical; la única forma de que la división política no se traslade al campo sindical es denunciar a la instrumentalización política del sindicato. Las posiciones políticas que el sindicato debe tomar como una necesidad de su propia acción sindical deben ser tomadas democráticamente por el propio sindicato: el sindicato debe afrontar los problemas políticos que no puede eludir, no pronunciándose sobre los restantes so pena de ser un factor de división entre los trabajadores.

Autonomía de los partidos políticos no quiere decir, por supuesto, oposición, desconfianza o antagonismo en relación con los mismos. La autonomía implica una cierta delimitación de las funciones respectivas y de los campos de acción correspondientes : en caso contrario se trataría de organizaciones competidoras.

A pesar de la ya comentada dimensión política de la acción sindical, ésta tiene límites muy precisos : la acción sindical no alcanza directamente al poder político, no tiene a éste como objetivo, a pesar de que incida sobre el mismo ; la lucha por el socialismo no se desarrolla únicamente en las fábricas.

La organización política tiene un papel específico que el sindicato no puede jugar sin desbordar sus funciones y ser un factor de división : el papel de la organización política es de síntesis, es decir, tiene como campo de actividad a la sociedad en su conjunto, a todas las relaciones sociales ; el sindicato, por el contrario es « sectorial ». Como ha destacado L. Basso, « la lucha de clases se desarrolla en muchos campos y en formas varias y [...] sólo puede tener éxito si es guiada por una voluntad política unitaria y coordinadora : ésta es justamente la función insustituible del partido »⁷.

Así pues, por ser el órgano de síntesis y tener como objetivo específico el poder político, la organización política es propiamente la organización revolucionaria. Hablar de « sindicalismo revolucionario » en un sentido estricto es utilizar una expresión contradictoria.

Por último conviene destacar que el respeto a la autonomía del sindicato en relación con los partidos no es solamente una necesidad de la lucha actual en la fase franquista y en la sociedad capitalista, sino que debe ser respetada en la sociedad socialista (en forma adecuada a las nuevas condiciones). La efectiva autonomía sindical aparece como una de las condiciones de la democracia socialista, como una de las condiciones para que se exprese la dialéctica democrática. El reconocimiento de la autonomía sindical en la sociedad socialista implica, por otra parte, el reconocimiento de la posible existencia en el seno de aquélla de conflictos sociales —distintos de la lucha de clases— y para los que debe existir un margen legal de expresión.

- 6** Todo lo dicho hasta el momento permite precisar sin riesgo de equívocos las características más generales del sindicato a conquistar ; éstas pueden concretarse en : —Un sindicato de clase, unitario, que agrupe libremente a todos los trabajadores ; —un sindicato totalmente independiente de los patronos y del Estado, sin ninguna interferencia exterior ;

—un sindicato democrático, representativo, de modo que todos sus dirigentes y cuadros sean elegidos por los trabajadores y respondan ante éstos de su gestión ; —un sindicato autónomo en relación con las organizaciones y partidos políticos ; —un sindicato que defienda los intereses de los trabajadores y conquiste sus derechos.

Los objetivos más generales de un tal sindicato podrían caracterizarse como : —mejorar continuamente el nivel de vida de los trabajadores, luchando por aumentar su remuneración ; —luchar sin descanso por mejorar la condición total de los trabajadores (y no únicamente su remuneración) y conseguir su total emancipación ; —reducir constantemente el poder de los patronos, limitando la arbitrariedad de que disponen para tomar las decisiones ; —conquistar los derechos sindicales dentro y fuera de la empresa.

7 Frente a la lucha de los trabajadores por conseguir un sindicato propio, la burguesía —por mediación del Estado y de la burocracia sindical y a través de un proceso que tiene poco de lineal y, en ocasiones, mucho de contradictorio— intenta adecentar la CNS para hacerla respetable y tolerable por los trabajadores, sin perder sus características de sindicalismo de « integración » y, cuando es necesario, aun de sindicalismo de « represión ». Se ha anunciado una nueva Ley Sindical para después de las elecciones sindicales : en ella se tratará de racionalizar los cambios ya producidos (Congreso sindical, Consejos de Trabajadores y de Empresarios ; etc.) y, probablemente, de anticipar algunos de los que serían necesario efectuar en un futuro próximo para contener el empuje popular.

Es desde luego arriesgado intentar prever las formas concretas que tomarán los cambios ; de todas maneras lo que parece seguro es que se continuará por el camino de la unidad sindical impuesta. Solís ha dicho recientemente, una vez más, « no soy partidario de los viejos sindicatos divididos. No soy partidario de fraccionar en grupos a los trabajadores españoles »⁸ ; por otra parte —y esto es más importante que lo que piense Solís— parece claro que a la burguesía le interesa prolongar una situación de unidad sindical (en la medida en la que no escape excesivamente a su control) ; asimismo, la burocracia sindical es consciente de que el pluralismo sindical supondría para ella una pérdida de poder. Todo ello converge en el sentido de mantener una unidad sindical impuesta : ésta será, con toda probabilidad, el marco en el que deberá desenvolverse la lucha por un sindicato propio.

Los cambios concretos se producirán seguramente en el sentido de mitigar aquellos aspectos más manifiestamente antidemocráticos (reducción de la « línea política o de mando »; separación total de las secciones sociales y económicas; manteniendo órganos paritarios, etc.); los medios de control de los cargos representativos tomarán formas más veladas que las actuales (facilidades a los « antiguos » para presentarse como candidatos sin necesidad de ser propuestos por compañeros de trabajo; centralización de los servicios de estudio y asesorías, para quitar medios de acción a la « base representativa »; arbitrajes obligatorios, etc.). Por supuesto el resultado final reflejará el equilibrio de fuerzas que resulte de las elecciones sindicales.

Tan sólo si fallara el intento de prolongar la unidad sindical impuesta, de modo que ésta resultara peligrosa para los intereses de la burguesía; es razonable pensar que ésta se decidiría a promover el pluralismo sindical con la finalidad de debilitar el movimiento obrero. Llegado este momento el sindicalismo unitario debería afrontar una prueba decisiva; no es seguro que la unidad no se quebrara; de todas maneras sería un éxito muy importante el que los divisionistas arrastraran al menor número posible de trabajadores. El éxito que al día de mañana podrán tener las tentativas de división dependen estrechamente de como se plantee hoy ya el problema de la unidad sindical. De aquí su extraordinaria importancia.

8

De acuerdo con lo anteriormente dicho, el futuro sindical inmediato puede concebirse como caracterizado por la lucha, dentro de la CNS, de una fuerza sindical obrera que se propone conquistar un sindicato propio. En consecuencia, es de esperar —tal como ocurre ya actualmente a ciertos niveles— que existirá un número creciente de sindicatos locales, provinciales y nacionales embarcados decididamente en la línea del sindicato unitario, democrático y autónomo. Estos sindicatos constituirán las avanzadillas, la vanguardia del nuevo sindicato.

Para que una tal estrategia resulte viable es fundamental la continuidad de la táctica actual consistente en desarrollar la lucha a dos niveles: el legal y el extralegal. La lucha legal permite utilizar las posibilidades legales de lucha que la CNS se ha visto forzada o conceder; es el único modo de utilizar una serie de recursos legales útiles (convenios colectivos, especialmente). Por otra parte, la presencia activa en la CNS —a pesar de los riesgos y limitaciones que comporta— es el único modo posible de condicionar directamente su futuro: la abstención dejaría la puerta abierta a la falsificación capitalista ya las maniobras de los oportunistas (del tipo de la efectuada por el grupo de la CNT que pactó con la CNS). Por otra parte, la lucha extralegal —no clandestina sino

abierta al máximo posible— es el necesario contrapeso a las posibles tendencias integradoras que surgen, inevitablemente muchas veces, de la lucha legal. Es, a menudo, la única forma de conseguir utilizar las posibilidades legales existentes; representa la única forma de conseguir una legalidad más progresiva y útil; es el modo de afirmar, **de hecho**, un poder sindical que desborda la CNS. El órgano de la lucha extralegal son las Comisiones Obreras unitarias formadas por los trabajadores, sean o no enlaces, jurados o vocales; éstos, precisamente, deberían concebirse a sí mismo como los miembros de comisiones obreras que luchan en la CNS apoyados por aquéllas.

9

Por último, conviene hacer algunas observaciones sobre los objetivos y las reivindicaciones a plantear. Es muy importante plantear, **simultáneamente**, por una parte el objetivo del sindicato propio y las reivindicaciones relacionadas con su consecución (derecho de huelga, celebración de asambleas y reuniones, posibilidad de utilizar los medios de comunicación, etc) y, por otro lado, las reivindicaciones que representan las finalidades propiamente dichas del sindicato (salario mínimo, escala móvil, seguridad social, igualdad salarial, etc.). Estas últimas son las que pueden poner en marcha a muchos trabajadores que no conciben todavía con claridad la necesidad de disponer de un sindicato; conseguir las es, por otra parte, la justificación de la lucha emprendida.

Los objetivos y reivindicaciones a plantear deben ser además una ocasión de poner en contradicción a la burocracia sindical, planteándole exigencias populares por las que ella no quiere, o no puede, luchar.

En este campo —el de la formulación de las reivindicaciones más adecuadas— existe como en todo una importante tarea a realizar; un problema particularmente agudo consiste en conseguir coordinar los objetivos particulares, propios de una empresa, un sector, una región, con los generales, comunes o todos los trabajadores, de modo que no exista un vacío entre los dos, sino, por el contrario, una estrecha interdependencia.

NOTAS

1. Este artículo sólo pretende abordar los problemas más generales que debe afrontar el movimiento sindical en España; la ausencia de referencias a problemas muy concretos —a pesar de que constituya una de sus limitaciones— es consciente.
2. — «...el MSC defiende a la ASO, esta gran esperanza de unidad sindical democrática...» **Endevant** (órgano del MSC), abril de 1966.
— «...hemos nacido para desaparecer en la gran Central Democrática de trabajadores que reclama el Movimiento Obrero...» **¿Qué es la USO?**, p. 6, 1965.
— «...Si los trabajadores han conseguido, al cabo de una dura y larga lucha, poner en crisis las estructuras sindicales fascistas, anularlas en gran medida, si han logrado rehacer su unidad a través de formas originales y combativas, es decir, elevar el

movimiento a un nivel superior, ¿van a consentir, tras este resultado, desandar lo andado y retornar al fraccionamiento sindical...? » **Nuestra Bandera** (revista teórica y política del Partido Comunista de España), marzo-abril de 1965, p. 178.

3. Sobre los problemas actuales de la unidad sindical en Italia puede verse, especialmente: « **Sindacato di partito o unità sindacale democratica** », nº 1 de 1966 de **Cuaderni di Azion Sociale**, con las intervenciones de las tres centrales en un coloquio sobre el tema y « **Dalle lotte unitarie all'unità sindacale** », en **Problemi del socialismo**, nº 8 (1966), con la relación de una mesa redonda entre dirigentes de la CGIL y de la CISL.

4. F. Momigliano, **Levaratori e sindacati di fronte alle trasformazioni del processo produttivo**, Feltrinelli, 1962 (Relazione generale di sintesi, p. 68).

5. B. Trentin, « **Les syndicats italiens et le progrès technique** », **Sociologie du travail**, nº 2 (1962), p. 121.

6. Sobre el pensamiento de Lenin en relación con los sindicatos tiene interés —a pesar de ciertas limitaciones— el estudio de J. Julliard, « **Lénine, le syndicalisme et la spontanéité ouvrière** », **Cahier Reconstruction**, diciembre de 1963.

7. L. Basso, « **Le prospettive della sinistra europea** », publicado en **Tendenza del capitalismo europeo**, Editori Reuniti, 1966, p. 291.

8. Pueblo, declaraciones de Solís después del Consejo de Ministros de agosto de 1966.



Los grupos obreros cristianos

El Estado moderno, en la fase del actual neocapitalismo, necesita de una masiva adhesión ciudadana, de un generalizado *consensus* de la sociedad civil. Es un Estado integrador y, en tal sentido, su condición de aparato político de clase se ejerce en la medida en que, en el plano de la organización específica política, y aun en el plano de la organización económica, pretende la incorporación, al orden de las clases dominantes, de masivos sectores de la población de las clases dominadas. Lelio Basso afirmaba recientemente que la clase dominante puede construir una «esfera de defensa representada por la adhesión al sistema de amplias masas de ciudadanos, gracias sobre todo al apoyo de la Iglesia Católica o de la socialdemocracia»¹.

Iglesia católica y socialdemocracia son, en efecto, en el momento actual, dos polos de integración en la sociedad capitalista de importantes masas trabajadoras. La primera, tanto al tradicional modo conservador religioso-burgués, que servía de defensa y justificación del orden establecido, como en forma más moderna, más popular, dirigida a la incorporación pacífica al orden neocapitalista de sectores importantes de las clases trabajadoras, sin que por ello deban éstas renunciar a formulaciones reivindicativas reformistas. Podríamos concluir, en fin, en el hecho nuevo —por lo menos en la forma generalizada con que hoy se presenta— de que existe una manera cristiana de plantear la integración de los trabajadores, en el sistema, a través de las vías de la socialdemocracia.

El doble apoyo al que Basso se refiere —Iglesia y socialdemocracia— se da en forma confluyente en un importante sector de nuestras clases trabajadoras. La base cristiana se ha mantenido en forma mayoritaria entre los trabajadores administrativos y su evolución es perceptible desde antiguas posiciones, marcadamente conservadoras, hacia posiciones actuales reivindicativas. Entre los grupos trabajadores específicamente obreros, el cristianismo está mucho menos extendido, aun cuando tampoco sea numéricamente despreciable. Pero quizá el dato que ha dado la importancia mayor al problema que estamos considerando sea, junto al com-

promiso laboral mayor de los trabajadores del sector terciario, las posibilidades organizativas que tienen los obreros cristianos, como consecuencia de la legalidad en que han vivido sus organizaciones apostólicas —HOAC, JOC— y la clara aspiración que se percibe en sus dirigentes de convertirse en líderes sindicales dentro de la línea de los sindicatos cristianos modernos, confesionales o no.

De aquí el interés que tiene el analizar históricamente la posición teórica fundamentalmente integradora que cumplen hoy, en general los grupos obreros cristianos.

Hoy presenta un particular interés la presencia dentro del cristianismo de grupos obreros y el modo como éstos pueden vivir sus planteamientos de clase que son antagónicos a los de las clases antes mencionadas. En el fondo, el problema social, problema de clases enfrentadas, es problema que atraviesa a estos grupos y que les presenta la contradicción interna de la pertenencia a dos colectividades diversas, una de las cuales está definida como institución religiosa y otra que está definida como colectividad clasista que, en sus líneas generales, se presenta en actitud irreligiosa o antirreligiosa.

Una toma de conciencia progresiva

La evolución de la conciencia obrera cristiana es perceptible, desde las primeras agrupaciones cristianas del obispo von Ketteler, en el último tercio del siglo XIX a las agrupaciones actuales. Pero el camino a recorrer es todavía grande.

La contradicción que se presenta entre la clase y la profesión de fe religiosa históricamente se está resolviendo en unos planos superiores a aquéllos en que la contradicción se plantea inicialmente. Los grupos cristianos obreros no son ya la típica fórmula del sindicato amarillo o del grupo sometido a la influencia dominante del patrono, esto es, al paternalismo tan denun-

1. Lelio Basso, Cuadernos de Ruedo Ibérico, nº 5.

ciado que ha provocado tantas indignaciones en sus compañeros. Por el contrario, cada vez más la contradicción entre su clase y su grupo cristiano lleva camino de superación, un camino histórico que todavía no ha llegado, ni mucho menos, a su fin, pero lleva este camino de superación mediante la afirmación de la doble condición de cristianos y de miembros de la clase obrera. Para superar las contradicciones que existen en un estado histórico determinado no podemos detenernos en la fase puramente negadora de uno de los términos de la contradicción. Asumiendo ambos, e intentando vencer el enfrentamiento, después de que ambos términos están asumidos con toda su dificultad, es como se puede llegar a soluciones de síntesis que venzan contradicciones que en un momento histórico preciso parecían insalvables. Las contradicciones se vencen históricamente, pero se vencen sin renunciar a ninguno de los dos términos enfrentados.

Este proceso de elevación del nivel de conciencia de clase obrera en un proceso históricamente lento, es una historia social son pasos adelante y pasos atrás, es una historia social todavía insuficientemente desarrollada, pero es una marcha en la que la toma de conciencia progresiva nos señala el camino que se ha emprendido. Claro está que solamente si en este camino se llega a fases superiores de desarrollo es como podrá justificarse *a posteriori* la presencia, por una parte, de obreros en el cristianismo, y por otra parte, de cristianos en el obrerismo.

La ambigüedad que existió en el obrerismo cristiano, como consecuencia de sus posiciones organicistas, anticapitalistas, antisocialistas, corporativistas, antisemitas, antiliberales (nótese el predominio de los calificativos oposicionistas, que marcan una psicología), ha desaparecido casi por completo con la caída de los fascismos. Después de la guerra mundial la línea obrera se afirma sin compromisos. También se afirma, estructuralmente, no tanto ideológicamente, el carácter adulto y laico del sindicalismo cristiano. Las actuales posiciones de la, hasta hace poco, confesional CFTC francesa o de la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos, CLASC, tienen poco que ver con las viejas organizaciones del obrerismo cristiano. La estructura es indudablemente obrera, con plena responsabilidad de sus miembros, salvo que se trate de organizaciones obreras de Acción Católica, que tienen, desde luego, estructura jerárquica. Sin embargo, la influencia ideológica de la jerarquía, o de algunos

mentores religiosos sigue siendo en muchos casos muy notable.

Realmente la afirmación de que « la doctrina de la lucha de clases, en oposición a las leyes de justicia y de fraternidad llevaría también al sometimiento de la sociedad entera a una parte de sus miembros »² sigue siendo central y básica en el sindicalismo cristiano. Pero esta afirmación, manifestada en la sociedad de clases actual, supone la proclamación de la concordia entre la clase trabajadora y la propietaria. « La CISC pretende proteger de la mejor manera posible los derechos y las libertades de cada uno. Sin embargo, el ejercicio de la libertad tiene como límites a las exigencias del deber y del bien general. La CISC reconoce y afirma el derecho de propiedad individual; todo hombre puede adquirir y poseer bienes a título privado. Cualesquiera que sean las formas de la libertad individual que pueden, por otra parte, ser muy distintas, entrañan siempre graves obligaciones »³.

Esta última cita es manifestación de dos constantes en el movimiento obrero cristiano. El pacto entre clases supone, en la estructura actual, afirmar lo que a la clase propietaria le constituye como tal: la propiedad privada de los medios de producción. Frente a esta clase, constituida en el poder que su propiedad le confiere, no puede crearse una práctica real revolucionaria. Cabe entonces la apelación a la comprensión del problema social como problema de moral individual: la propiedad tiene « graves obligaciones ».

No vamos a caer en la ingenuidad de suponer que los planteamientos sindicales cristianos limiten su perspectiva a esta denuncia moral. Actualmente sus objetivos proclamados son los de auténticas reformas estructurales. Más aun, un sindicalista latinoamericano se indignaría, probablemente, con la afirmación formalista de que « todo hombre puede adquirir y poseer bienes a título privado »; su actuación en un continente en que ciento treinta millones de hombres se acuestan « con hambre en sus cuerpos »⁴ le haría sentir como un insulto esa

2. Programa Económico Mundial de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC) 1922. Innsbruck - Transcripción en el documento de CISC: « Notre avenir est dans l'espace » (Courtrai - Belgique - Fecha probable: 1961).

3. *Ibidem*.

4. F. Maspero, « El sindicalismo de inspiración democrática y cristiana como instrumento de la revolución social en América latina » (Conferencia en Notre Dame University, Indiana, 1963).

frase. Pero el problema es el de la positiva renuncia a los medios realmente revolucionarios, en que incurren los obreros cristianos.

En efecto, hoy los obreros cristianos denuncian la estructura alienadora de la sociedad actual. En zonas desarrolladas, nos dice la CISC, muy templadamente, que es precisa para Europa una « expansión permanente y equilibrada. En este cuadro, preconiza la puesta en pie 'de un plan de Desarrollo económico y social' a nivel europeo y la elaboración de programas de inversión comunes. Subraya la exigencia de una política común en materia de moneda y de crédito y la de practicar una política de precios que pongan la expansión al abrigo de una inflación crónica. En fin, en materia de pactos y de concentraciones, la Declaración pide la aplicación estricta de los artículos 85 a 90 del Tratado y propone la instauración de un sistema de declaración de todas las operaciones de concentraciones y pactos. Para resistir a la empresa del 'poder económico privado y cartelizado' la organización europea de la CISC estima que es indispensable 'proceder al reforzamiento del poder político europeo'». En zonas subdesarrolladas las afirmaciones tienen un tono en apariencia menos reformista. «Solamente la plenitud creadora de un gran espíritu revolucionario, guiado por hombres de recta intención y sostenido por el fervor de los pueblos, puede cambiar la actual situación de América latina». «Muchas veces se ha confundido democracia con capitalismo como si fuera esencial y connatural a la democracia el sistema capitalista, siendo así que la mayoría de los gobiernos llamados democráticos han estado siempre en América latina en manos de las oligarquías financieras acusadas siempre de capitalismo explotador. Para nosotros, la democracia es la forma política de la revolución, pero esta democracia no solamente no tiene nada que ver con el capitalismo, sino que busca precisamente para sobrevivir, superar el régimen capitalista por un régimen de democracia económica». Pero cuando llega el momento de concretar los objetivos, éstos se hacen borrosos o son mucho más templados que las manifestaciones verbales. «Acceso al uso de la tierra mediante la propiedad privada de dimensiones familiares»; «apoyar al movimiento cooperativo procurando que en aquellos casos de explotaciones que no pueden hacerse por unidades familiares se realicen a través del sistema cooperativo libre»; reforma tributaria que «respete una profesionalidad progresiva»; «organización de los padres de familia para que sean ellos los que exijan la total libertad

de enseñanza de acuerdo a sus propias convicciones»; «el contrato colectivo debe ser un instrumento de transformación revolucionaria de la economía»; libertad sindical; pleno empleo; revolución democrática de inspiración cristiana; participación de los trabajadores en la dirección de la Economía; «mantener el máximo de relaciones cordiales y efectivas con los partidos políticos democráticos y de inspiración cristiana en beneficio concreto de las aspiraciones fundamentales de la clase obrera». Es claro que el sentido del término «revolución», tal como lo emplean los sindicalistas cristianos americanos es equívoco y entra dentro del concepto de «reforma» en la terminología ya clásica del movimiento obrero.

Pero el juicio de estos movimientos no sólo debe plantearse en relación con los fines proclamados. Realmente es más grave si consideramos los medios para alcanzar esos fines. Como corresponde a los enunciados y a las citas expresadas en el párrafo anterior, la solución, como meramente integradora de la clase trabajadora en la sociedad global, no concibe siquiera el alcance auténticamente revolucionario, ni en sus objetivos —acabar con la estructura capitalista— ni en su imprescindible medio —toma del poder por la clase trabajadora—. Por el contrario, a la integración de las reivindicaciones trabajadoras dentro de la serie de objetivos distintos de las demás clases, se pretende llegar mediante un simple reforzamiento del poder proletario en el juego de distintos poderes de la sociedad latinoamericana. En este sentido, el carácter idealista de los movimientos obreros cristianos, en zona de subdesarrollo, aparece mucho más claro que el de los países desarrollados. Estos, salvo momentos demagógicos, llaman a las cosas por su nombre: a la reforma «reforma», y los objetivos propuestos son de más fácil conquista dada la evolución económica y social, que los objetivos aún templados que los latinoamericanos proponen teóricamente, y que para su realización necesitan una integración en una «democracia occidental» que decididamente se niegan a aceptar las clases dominantes. ¿Cómo se les fuerza a ello?

La línea revolucionaria tiene la respuesta, tanto para la revolución que actualmente puede reali-

5. A. Cool, Por una Europa al servicio de la paz («Notre avenir est dans l'espace»). Op. cit.

6. F. Maspero, Op. cit.

7. IV Congreso Latinoamericano de Trabajadores de la Confederación latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC). Acuerdos y resoluciones aprobados, Caracas, 1962.

zarse como para la que no se puede realizar todavía. Siempre cabe, por lo menos, luchar por la cohesión social y coherencia ideológica del movimiento obrero. Siempre cabe la comprensión de que, al denunciar al sistema capitalista, se está denunciando, con él, al Estado capitalista, como Estado de clase. Por el contrario, la crítica reformista, como es la obrero-cristiana transcrita cuando denuncia al Estado, quiere denunciar sólo al régimen actual del Estado como régimen de clases. El Estado mismo no resulta atacado; es el árbitro, el campo de integración de las tendencias contrarias. El Estado debe ser democrático, pero por « democrático » entiende el sentido burgués progresista. Quiere decir, composición de fuerzas con sólo la reivindicación de una reforma consistente en un desarrollo económico, cultural y gestor de la clase trabajadora. El Estado « no democrático » es el Estado totalitario y el mismo calificativo conviene a Haití que a Cuba, a Paraguay que a Polonia⁸. Es fácil ver cómo la constante de la política burguesa, de calificar por su esquema clasificatorio a la realidad, se reproduce ahora: libertad de prensa quiere decir que el Estado guarda las formas de la libertad de prensa (sería demagogia, para esta concepción, decir que un trabajador del campo no tiene libertad de prensa, porque es analfabeto); sistema totalitario es el que no guarda las formas del concepto democrático burgués, sin pararse a distinciones de contenido, sobre si estas formas no se guardan porque una clase poseedora se ampara del poder para asegurar su explotación o porque una clase explotada intenta edificar nuevos marcos de convivencia más desalienada. Para la denuncia y eventual lucha para suprimir al Estado de clase, la clase trabajadora tiene un medio: la unión del movimiento obrero. Pero la unión detrás de las formulaciones y la política revolucionaria existente, no inventada. Esto es muy distinto de la unión en un partido. Los partidos o grupos políticos o sindicales podrán —muchas veces, por razones ideológicas, de línea, o simplemente prácticas— ser varios. Pero han de formar un frente común. En la lucha diaria —sindical— y en la de grandes objetivos —política—. No puede caer en la trampa que las clases explotadoras les tienden de presentar campos de división desde criterios ajenos al obrero. La decisión antihuelga de los sindicatos cristianos, en los conflictos belgas de diciembre de 1960, siguiendo así al anciano cardenal Van Roes, el anticomunismo sistemático (otra cosa sería la formulación no comunista) de los obreros cristianos⁹, el patológico anticastrismo de la CLASC, no son sólo reaccio-

nes que deben ser analizadas desde un plano psicológico; son, objetivamente, por cuanto suponen apartamiento de los movimientos revolucionarios existentes, esto es, de la práctica concreta y real, formulaciones contrarrevolucionarias e idealistas. Apartados de la práctica, sólo cabe el recurso de los buenos sentimientos. Por ello creemos que todavía la marcha de adquisición de conciencia está en sus fases iniciales, pero ya es algo afirmar que se está en un proceso de marcha. Queremos decir que la contradicción ha sido sentida en el interior de estos grupos cristianos y al ser sentida esta contradicción se han puesto en movimiento y, en consecuencia, se ha iniciado el proceso de toma de conciencia propia obrera, conciencia de clase, conciencia de comunidad con todos los demás obreros de su clase. Simplemente el hecho de que esta dinámica se haya iniciado es ya un dato positivo que antes prácticamente no existía. Sin embargo, no podemos olvidar que todavía este proceso se está formulando de manera muy templada, y más aun, en nuestras áreas, con la peligrosidad existente, propia de las zonas desarrolladas, esto es, con la clara posibilidad de que los grados superiores de conciencia de clase a que lleguen sean simplemente los grados de conciencia de clase reformista, es decir, de una adaptación reivindicativa a una sociedad, al fin y al cabo, dominada por el capitalismo.

Dentro de un proceso de constitución de una conciencia de clase típicamente obrera en los grupos cristianos, debemos señalar como generalmente conseguido ya un estado inicial que es precisamente el del sentimiento y el descubrimiento de la unidad de clase. No se trata solamente de que de forma material los obreros cristianos sean los compañeros de trabajo de los obreros no cristianos. Se trata de que esta verdad sea recibida en la conciencia de los miembros de esta clase, a pesar de las diferencias religiosas que pueda haber entre unos y otros. Pues bien, de forma general este proceso se ha cumplido. Todavía no hace mucho tiempo la respuesta no podría haber sido tan clara, pues sabemos que el hecho de la diferenciación religiosa ha forzado a unos y otros grupos, dentro de la clase obrera, a tomar posiciones radicalmente distintas y enfrentadas en fundamentales conflictos bélicos, políticos y sociales. Hoy, por el contrario, estos grados iniciales de conciencia han sido generalmente alcanzados.

8. IV Congreso Latinoamericano de Trabajadores. Problemas políticos de los trabajadores en América Latina.

9. Pierre Delon, *Le syndicalisme chrétien en France*. Editions sociales, París, 1961.

Es normal que las reivindicaciones laborales, las reivindicaciones de clase, las reivindicaciones políticas, están planteadas en el momento actual a partir de una toma de conciencia inicial, que es la conciencia de la unidad de clase.

Directamente relacionado con este grado de conciencia inicial podemos enunciar un segundo grado, que es el del descubrimiento de intereses de clase antagónicos entre la burguesía y la clase obrera. Queremos decir que, a partir de la conciencia de unidad de clase, los obreros comprenden el antagonismo entre sus intereses de clase y los intereses de otras clases, enfrentadas a ellos. Este hecho es muy notable, puesto que es el que nos denuncia ya la separación dentro del cristianismo, por razones sociales, económicas y políticas, de las clases sociales. La conciencia de enfrentamiento de clases, de antagonismo de clases, es una conciencia recibida ya por los grupos cristianos, esto es, recibida y comprendida como necesidad de unas alianzas y unos enfrentamientos completamente distintos de los que tradicionalmente se les ha querido imponer a través del planteamiento de ideología dominante de la burguesía. En el momento actual el obrero sabe que, por obrero, tiene intereses contrarios a los del patrono, a pesar de la comunidad de fe que pueda existir entre obrero y patrono. El fenómeno es muy importante, porque supone nada menos que la desacralización del problema social. A través de la presentación por parte de la burguesía de las reivindicaciones sociales de los obreros como atentatorias a la unidad religiosa, a la moral y a la fe cristiana, se ha conseguido durante mucho tiempo paralizar la fuerza de clase de los grupos cristianos obreros. Todavía hoy no se puede decir que se haya vencido este argumento. No tenemos más que recordar la muy reciente historia de la Democracia Cristiana italiana para saber cómo también se pretende influir en las clases populares con una ideología de pacto y de alianza religiosa, que impida la incorporación activa de los cristianos a los movimientos autónomamente obreros. Más aun, creemos que el peso del argumento religioso es tan fuerte, que todavía los obreros cristianos no han sabido superar este planteamiento y esto les ha llevado a una incorporación a la clase obrera que está teñida de aspectos reformistas y teorizantes. Estamos entonces, dentro de la dinámica histórica que habíamos empezado a considerar, en un campo de nuevas conquistas que ha comprendido el movimiento obrero cristiano, pero que todavía no ha terminado de alcanzar. La desacralización de los conflictos sociales es

algo que es comprendido mentalmente por los grupos cristianos obreros, pero que todavía no es generalmente vivido en forma de compromisos políticos realistas y decididos.

Las elaboraciones teóricas de estos grupos cristianos insisten mucho en la denuncia de las alienaciones burguesas. Esta es una formulación típica de clase obrera, pero para ver si puede ser confrontada con un movimiento real revolucionario obrero, no basta con que estas denuncias de alienaciones se formulen en un grado teórico, sino que es preciso comprender si suponen la aceptación práctica del proceso de rompimiento con la otra clase y de instauración de una sociedad que llegue a superar las alienaciones denunciadas. En efecto, la denuncia de las alienaciones burguesas puede hacerse efectivamente desde posiciones auténticamente revolucionarias. Pero es muy frecuente también oír denuncias de alienaciones burguesas desde actitudes de rebeldía pequeño burguesa, conformismos estetizantes o irracionales; es muy frecuente también que la denuncia de las alienaciones burguesas se plantee en simples términos de moralismo individualista, esto es, en simples términos de forma individualista moral, lo cual supone la aceptación tácita del esquema burgués en que esta moral individualista se plantea; es frecuente también que esta denuncia de las alienaciones burguesas sea una simple formulación intelectualmente correcta pero, en cuanto que no lleva a una incorporación práctica a grupos concretos existentes, con fuerza y con facultad de incidir en la conciencia de clase obrera, se concreten simplemente en fórmulas de un nuevo idealismo obrero, en absoluto revolucionario, a pesar de que se autobautice con este calificativo.

Ante las puertas de este estadio ambiguo de adquisición de conciencia de clase revolucionaria, es en donde se encuentra hoy el movimiento cristiano obrero. No creemos que influyan en él las reacciones de tipo estetizante, puras manifestaciones de rebeldía. Esto es más propio de grupos cultos de la pequeña burguesía y se manifiesta en movimientos artísticos o en movimientos de activismo político que no son propios de las organizaciones obreras. Creemos, por el contrario, que entre las otras reacciones, la de moralismo individualista, de simple denuncia moral de los vicios de la burguesía y de pretender el cambio de la estructura burguesa por una conversión individual de los miembros de la actual sociedad está muy extendida dentro de la formación ideológica de los grupos obreros, muy influidos al fin y al

cabo, en muchos casos, por la ideología de los sacerdotes que asesoran y prácticamente dirigen intelectualmente al grupo.

La « tercera vía » : Reformismo

La crítica del carácter idealista de las concepciones ideológicas de los obreros cristianos se formula, como consecuencia de los planteamientos anteriores, al nivel de la « tercera vía », del camino que no es, « ni lo uno ni lo otro », que es la solución ideal constantemente pretendida y reemprendida por estos grupos.

Por una parte, la denuncia de las construcciones burguesas y por otra el temor a incorporarse activamente a las funciones revolucionarias, lleva a formular las pretensiones prácticas en un grado de ambigüedad extrema, a poner la única esperanza en un futuro que no se provoca, del cual pueda surgir un mundo evolucionado que regale la coexistencia clase obrera-religión. De ninguna manera se piensa que esta coexistencia futura clase-religión pueda ser constituída, o destruida, por las organizaciones existentes y, como consecuencia de todo ello, los grupos cristianos obreros no formulan sus pretensiones políticas en grado práctico de incorporación. Esperan entonces que se den las condiciones para una realización futura, para la que no se ponen medios, y confunden el deseo con una realidad conquistada o en vías de conquista. Esta confusión del deseo con la realidad se manifiesta sobre todo a través de las dos grandes argumentaciones de la mentalidad reformista obrera, esto es, no exclusiva de los grupos obreros cristianos, sino de capas cada vez más generalizadas dentro del movimiento obrero de los países desarrollados. La primera es la de que el capitalismo evoluciona sustancialmente; la segunda, la de que el socialismo sustituye gradualmente al capitalismo. El manejo de una u otra de estas tesis depende más bien de la constitución psicológica y del grado verbal de revolucionarismo de que puedan hacer gala los que las mantienen.

La tesis primera, de que el capitalismo se modifica sustancialmente, produce gran confortación espiritual, pues evita las fundamentales opciones que pueden ser necesarias para cambiar sustancialmente la estructura social. Si es el mismo capitalismo el que se encarga de realizar este cambio, la primera apreciación, la de que el capitalismo evoluciona sustancialmente, revela de un modo claro hasta qué

punto los esquemas a través de los cuales se juzga de una evolución sustancial han sido elaborados de una forma mítica y no científica. En efecto, la evolución sustancial que se percibe en el capitalismo es la de que el capitalismo ha sabido solucionar, en países desarrollados o próximos al desarrollo, el problema de la miseria que en el primitivo capitalismo no aparecía igualmente resuelto. Naturalmente que este hecho determina de otra manera el modo de plantear los problemas dentro de unas perspectivas que no sean capitalistas. No cabe ya agrupar los argumentos sobre la base de la incapacidad sustancial del capitalismo de resolver el problema de la subsistencia. Si todo el bagaje polémico que se utiliza por las actitudes anticapitalistas se reduce a la discusión sobre si el capitalismo es capaz de resolver este problema, el hecho histórico de que en muchos países se haya logrado dar la razón a las posiciones capitalistas y, en consecuencia, las actitudes anticapitalistas se encuentran sin justificación posible. En el caso de los obreros cristianos el argumento barajado románticamente durante mucho tiempo ha sido justamente éste: la extraordinaria miseria de los obreros que hacía necesario apelar a unos planteamientos en los cuales la justicia y la caridad tenían que aparecer entremezclados.

Sin embargo, la solución que pretende imponer una estructuración social sobre la base del trabajo es algo mucho más completo, que no puede quedar desautorizado por el simple hecho material —importante hecho material, desde luego— de que el capitalismo, en sus fases actuales, haya logrado salvar la situación de injusticia más candente y absoluta. A la solución positiva del capitalismo, la clase obrera sabe presentar otra solución positiva, que acaba con la base de la alienación, de la explotación, y que lleva a un camino de democratización efectiva, esto es, de incorporación del pueblo, no sólo a los elementos de la producción material de la empresa, sino a la total marcha de la economía, de la sociedad y del aparato público.

La tesis de la evolución sustancial del capitalismo, no sólo revela un grave conformismo con una situación básicamente antisocial, sino que igualmente revela una confianza idealista en la clase burguesa, a quien se le cree capaz de dirigir un cambio social tan radical como el que exige la situación actual.

Esta afirmación idealista es extraordinariamente grave puesto que, contra todo lo que nos

puede decir un conocimiento psicológico e histórico, se está pretendiendo nada menos que, dentro de la estructura de una clase social, sea esta misma clase la que imponga las medidas que acaben al final con su poder de clase. Esta es una afirmación un poco peregrina, que sólo puede nacer de la capacidad de autoconvencimiento que revelan aquéllos que no están dispuestos a asumir un papel activo en la modificación de la política. Los revoluciones sociales únicamente las realizan los revolucionarios; no se puede esperar, de la clase que está deteniendo el poder, que a sí misma se suicide como clase, e imponga, como consecuencia de un convencimiento moral, una solución radicalmente distinta de aquélla para la cual ha construido su propia sociedad. Supone, correspondientemente, una desconfianza radical en la clase propia, a quien se juzga incapaz de realizar auténticamente esta revolución exigida. Piensan los que mantienen estas tesis, por encima de lo que sus manifestaciones verbales digan, que la formación y el encuadramiento de la clase obrera no es suficiente para poder coger en sus manos la dirección de la sociedad.

Frente a este fenómeno real social de una radical desconfianza en las soluciones políticas y sociales que la misma clase obrera puede proponer, existe una falta de correspondencia entre esta realidad social y la afirmación verbal de los ideólogos de estos grupos obreros cristianos. En efecto, como luego examinaremos, a esta desconfianza real en la potencia y en la voluntad de su clase se uno, contraponiéndose, la afirmación contraria de que son justamente los políticos, los revolucionarios, quienes «utilizan» a la clase obrera, y quienes se sirven de ella para conseguir sus medros personales. Vemos que se cumple una ley psicológica muy normal que es aquélla por la que, el defecto que se percibe oscuramente en sí mismo y que uno no se atreve a denunciar, es lanzado con violencia sobre aquellos que están enfrente de él y que presentan la denuncia muda de este defecto. En esta ambigüedad, tan característica del movimiento cristiano obrero, se desarrolla la potencialidad reaccionaria-revolucionaria de sus grupos dirigentes.

En suma, este abandono de la capacidad revolucionaria de la propia clase y esta confianza idealista en la capacidad revolucionaria de la clase que está aprovechándose de la situación, supone una detención muy importante en el proceso de toma de conciencia de la clase obrera. Se origina así un olvido de la función de clase, con lo que se recae de nuevo en los viejos vicios que contrae el movimiento cris-

tiano, tan manejado desde otras motivaciones distintas de las sociales.

En ocasiones, las tesis no se manifiestan de esta manera tan clara. Así tenemos que la otra afirmación a través de la cual los obreros cristianos utilizan ese camino ideal inventado de «ni lo uno ni lo otro», esa tercera vía no existente pero sí afirmada es, formalmente al menos, un camino más aceptable. Se sostiene sobre la afirmación de que el socialismo sustituye gradualmente al capitalismo.

No se trata ya de afirmar que dentro del capitalismo existe una dinámica histórica propia por la cual el mismo capitalismo evoluciona, se transforma sustancialmente. Se afirme, por el contrario, que el capitalismo no se modifica sustancialmente a sí mismo. El régimen capitalista, sin embargo, sí se modifica. Se modifica entonces por la intervención de un agente exterior y este agente exterior es la presencia del socialismo. Tendríamos de esta manera que la existencia de un potente movimiento obrero internacional, que ha conquistado el poder en una parte muy importante del universo, la existencia igualmente de un tercer mundo que está luchando por salir del colonialismo, la existencia, sobre todo, de las organizaciones obreras, con su lucha ya secular, han creado, dentro del aparato de la burguesía, un cuerpo que no puede integrarse fácilmente en ésta, pero que la transforma. El régimen burgués no sería un régimen completamente burgués sino un régimen en el que la burguesía tendría que componerse con una fuerza creciente, que es la del movimiento obrero.

Hasta aquí, estas afirmaciones no tienen un reproche grave que recibir. En efecto, es cierto que la dinámica de las transformaciones del mundo burgués debe su mayor importancia a la existencia, enfrente, de un movimiento obrero, nacional e internacional, organizado. Sería una labor de discriminación más difícil el ver cuándo este cambio se ha debido simplemente a la existencia de este factor exterior o se ha debido a la propia evolución del movimiento burgués, que ha necesitado crear mercados cada vez más generalizados para vender sus productos. Sería un excesivo discernimiento, pero sería seguramente un camino equivocado, puesto que no podemos considerar la dinámica burguesa con total independencia de la dinámica proletaria. En efecto, dentro del mundo burgués, formando parte sustancial de él, existe la necesidad de construir otra clase, la clase proletaria que, por otra parte, es la consumidora en masa de

la producción burguesa. La doble función de productores, esto es, vendedores de la fuerza de trabajo, y consumidores de la producción, hace que no podamos distinguir, más que llevados de un afán de clarificación, que falsea la realidad que se observa, lo que corresponde, dentro del cambio de la sociedad burguesa, a la misma burguesía o a la clase trabajadora.

Por eso no es tanto el problema, el de si la burguesía ha cambiado a causa de una dinámica interna o si, dentro de la dinámica interna de la burguesía estaba precisamente el suscitar un movimiento obrero no conciliable con ella, revolucionario con respecto a ella, el cual a su vez habría de influir en las futuras posiciones burguesas. El problema está en enjuiciar si la nueva situación a la que se ha llegado, dentro de los países tradicionalmente llamados capitalistas, es la de una sociedad que aparece, en el momento actual, dominada por una clase burguesa, tras las fuerzas de gran capital, o por una clase proletaria que intenta instaurar la sociedad nueva. Habría que dilucidar si los programas de nacionalizaciones, las evoluciones de nivel de vida generalizadas, la « política de rentas », los funcionamientos a través del sistema democrático del Estado, corresponden a una estructura que asegura el dominio de una clase sobre otra, corresponden a una estructura de una clase que se está emancipando de este dominio. Si la dirección de la sociedad es una dirección burguesa o es una dirección proletaria.

Cuando lo determinante en el funcionamiento de la sociedad es la organización económica del beneficio, y la apropiación en manos privadas del excedente, la clase social que resulta expropiada del mismo, no tiene influencia ninguna sobre la vida económica base en la sociedad y no tiene tampoco ninguna influencia sobre el futuro de la misma, a través de una política de intervención en las inversiones. En consecuencia, la aceptación por esta clase de una estructura política, sobre la base de una serie de libertades formales, y la aceptación de un nivel de vida creciente, equivale a la incorporación por esta clase a un *consensus* político provocado por la otra, para asegurar su situación de dominio. Solamente el incidir en aquellos centros del poder de la sociedad actual, como son los centros de la acumulación del excedente, sería lo que podría cambiar esta sociedad en una sociedad radicalmente distinta.

Pero este paso es el auténticamente revolucio-

nario. Esto se consigue solamente mediante la eliminación del poder de clase de la burguesía y la conversión del Estado y de la sociedad en un Estado y una sociedad de trabajadores.

Esta conversión, como es natural, solamente se puede realizar a través de la realización anterior de una unidad de clase revolucionaria. No puede darse dentro del aparato del poder burgués, puesto que es absolutamente contradictorio con el mismo. No puede darse sobre la base de una componenda con la burguesía puesto que sólo a través de la supresión del poder económico de esta clase es posible realizar este paso. Esto quiere decir que sólo es posible realizar este paso a través de la supresión de la burguesía como tal burguesía.

Las actitudes reformistas, que hemos estudiado, se sostienen sobre un principio, que constituye la clave del problema. Este principio consiste en la aceptación práctica y la paralela negación teórica del principio de la lucha de clases.

El principio de la lucha de clases

Los grupos obreros cristianos, como grupos a quienes su condición religiosa les facilita un campo de enfrentamiento, dentro de la misma organización de fe, con miembros de una clase antagónica, comprenden muy claramente la virulencia que encierra en sí el principio de la lucha de clases. Este principio, sobre provocar un desorden en la sociedad, provoca un desorden también dentro de la misma organización religiosa a la que pertenecen. De aquí la doble tendencia de estos grupos a negar este principio de desorden y de discordia.

Sin embargo, debemos denunciar aquí la contradicción interna insalvable del principio, que ellos afirman de doctrina social católica, por el cual se condena la lucha de clases.

La condena de la lucha de clases, realizada dentro de una estructura clásista, como es la actual, encierra una contradicción que es duramente sentida por aquellos miembros que pertenecen a la clase trabajadora.

La lucha de clases es algo que pueda ser observado como existente en nuestra sociedad, no como algo que debe existir en la misma. En consecuencia, por encima de las afirmaciones morales o políticas que se puedan realizar sobre la lucha de clases, debemos partir de una

observación empírica que nos acredita la existencia de la misma en la sociedad actual. La lucha de clases, en consecuencia, no puede ser negada por pura afirmación moral. Equivaldría a confundir lo existente con lo que debe existir. La lucha de clases, negada como afirmación moral no llevaría a una supresión efectiva de la lucha, sino que se limitaría a ser un programa moral o político a conseguir.

En consecuencia, la única posibilidad coherente de comprender la negación de la lucha de clases, es entenderla como algo que no debe existir, no como algo que no existe, en la actualidad.

Ahora bien, la afirmación de que la lucha de clases no debe existir no encierra más que un precepto totalmente abstracto. Para que este precepto sea concreto tenemos que examinar cuál es la forma de negación política o moral de este principio, en las formulaciones ideológicas de los obreros cristianos. Estos afirman, de hecho, que las clases deben existir conciliadas en la sociedad. Frente a la comprensión del hecho de su enfrentamiento actual, afirman que este enfrentamiento no debe existir, lo cual quiere decir, para ellos, que las clases que hoy están enfrentadas deben ser reconciliadas en el futuro. Esta es la base de todo el planteamiento del programa social de esta ideología, que exige una gran aceptación de los principios reformistas que antes hemos observado.

Sin embargo, este «deber ser» proclamado es un «deber ser» falso, puesto que supone el encuadrar a la clase explotada dentro de una vía que no resuelve las contradicciones de clase. Queremos decir que al proclamar un «deber ser» falso, para corregir una situación de hecho que se estima injusta, no se suprime, ni ahora ni en el futuro, esta situación injusta, sino que se contribuye de hecho a mantenerla.

En efecto, a la afirmación de hecho de que la lucha de clases existe en la sociedad actual no puede oponerse el principio de cambio que consiste en la afirmación de que las clases, en el futuro, deben llegar a una situación de reconciliación. Por el contrario, esta situación de reconciliación es imposible. Es imposible justamente porque lo que define a una clase es el constituirse como explotadora y la única manera de llegar a la reconciliación sería entonces que la clase explotada aceptara su situación de clase explotada. Esto equivaldría, en pocas palabras, a que la clase explotada aceptara la situación de violencia, lo cual quiere decir,

la situación de lucha que la clase explotadora le presentara.

La clase burguesa es definida justamente como aquella clase que, estructurada en una sociedad sostenida sobre el principio del beneficio privado, se afirma como detentadora del beneficio privado. Lo que define a la clase burguesa no es el trabajo, sino la propiedad. Lo que define igualmente a la clase burguesa no es el obtener una remuneración por su trabajo sino el obtener el beneficio industrial que resulte, una vez pagados los costos de producción. Lo que define, en suma, a la clase burguesa, es su situación de clase no trabajadora.

La clase burguesa es entonces definida como no proletaria, en cuanto no proletaria. En el mismo sentido, la clase trabajadora es definida como clase no propietaria, en cuanto no propietaria. Su trabajo consiste, de este manera, en la incorporación a una empresa ajena; es el origen de su despersonalización y, en consecuencia, de su alienación.

En esta situación, no cabe aceptar reconciliación ninguna entre estas dos clases, puesto que el aceptar la reconciliación es aceptar la lucha, lo cual encierra una contradicción insalvable.

Definir a la clase propietaria en cuanto no trabajadora equivale a definirla en cuanto violenta. En efecto, a través de la incorporación del trabajo a una obra propia, y a través de la consiguiente estructuración de la sociedad sobre la base de una autonomía de esta clase y sobre la base de una alienación de la otra clase, la situación de clases que se define es una situación por la cual una clase está constituida en cuanto explotadora de la otra, esto es, en cuanto está ejerciendo continuamente una violencia sobre esta otra. La reconciliación en estas condiciones, por muchas reformas sociales que se realicen, es la reconciliación en una situación de violencia. Es la conformidad subjetiva con una situación de lucha declarada y afirmada. Equivale de nuevo a la resignación ante la situación de lucha que perdura y se mantiene. La reconciliación es contradictoria consigo misma puesto que la reconciliación de estas clases es únicamente la aceptación subjetiva de la lucha de clases objetiva.

La única posibilidad de que la situación de hecho actual de lucha de clases desaparezca en una situación de futuro, que se proclama ahora dentro de un puro deber ser, es la posibilidad de que esta explotación cese. Y esta explotación únicamente podrá cesar cuando las clases

dejen de definirse, una como explotadora y otra como explotada. Esto quiere decir, cuando las clases burguesa y proletaria dejen de definirse en cuanto burguesas y proletarias. En suma, cuando se llegue a la situación de supresión de las clases actuales.

Cuando los grupos obreros cristianos se niegan a llegar a estas últimas consecuencias de la conciencia de clase, y aceptan únicamente el principio moral de que la contradicción y lucha entre las clases debe cesar, mediante una reconciliación que se ha revelado contradictoria consigo misma, reducen su programa social al programa de reformismo que antes hemos examinado y que consiste en un simple combate jurídico y legal de intereses que se hace dentro del esquema de poder burgués. Pero la aceptación del esquema de poder burgués hace que la lucha que se presenta dentro del mismo resulte por ello mismo falseada. En efecto, la lucha dentro del esquema burgués supone que se podrán conseguir reformas con tal de que el sistema mismo del esquema no resulte atacado. Dentro de este sistema aparece como esencial la supervivencia de las clases, puesto que aparece igualmente como esencial la supervivencia del beneficio.

No es insólito que estas actitudes conciliadoras adopten fórmulas distintas, en todas las cuales aparece como un elemento fundamental el carácter meramente individualista de la solución propuesta, desde las fórmulas de accionariado obrero o de capitalismo popular hasta la de la generalización de las cooperativas. Sin entrar en discusión detallada que nos apartaría del tema la primera objeción que a todas estas fórmulas cabe dirigir es el carácter absolutamente idealista y utópico de la solución propuesta.

Todas estas fórmulas aspiran únicamente a integrar a un grupo trabajadores privilegiados dentro del sistema capitalista. Cuando la aspiración, que siempre se formula, como es natural, en forma de solución para toda la clase trabajadora, se intenta realizar de esta manera, las contradicciones que antes hemos denunciado vuelven a renacer. Pero aun cuando prosperaran estas soluciones, habría que pensar que una sociedad estructurada sobre la base del sistema capitalista lo que reproduciría es una serie de empresas, independientes unas de otras, todas ellas movidas bajo el mismo criterio del beneficio y, en consecuencia, con ello únicamente se habría generalizado la clase de los capitalistas, y se habría hecho un cambio físico entre sus

miembros, pero el origen del mal no habría sido corregido.

El salto de la solución meramente individual a la solución global no se cumplirá, en consecuencia, dentro del sistema capitalista. Lo que sí puede cumplirse dentro del sistema es una cierta superación de la situación de la cooperativa como solución individual y aislada y una pequeña generalización de esta solución dentro de alguna comarca o en alguna industria.

La razón por la cual el Estado capitalista puede tener interés en desarrollar un movimiento cooperativo hasta cierto punto, es clara. Las cooperativas constituyen, por una parte, desde el punto de vista de la organización de la producción, unos peones a través de los cuales el Estado, en beneficio del sistema económico establecido en general, puede oponerse a las medidas por las cuales este sistema resulte particularmente controlado por algún grupo capitalista específico. Más todavía, puede pensarse en esta solución cooperativa, dentro de algunas zonas particularmente desarrolladas, para que la conciencia obrera que naturalmente se manifiesta en estas zonas, resulte de esta manera escindida en dos por las consecuencias insolidarias que fatalmente traen consigo estas soluciones.

En suma, ni el moralismo individual, a través del cual se puede pretender la conversión de la clase burguesa, ni las soluciones que dentro del mismo sistema de la burguesía se ofrecen, son esa tercera vía que los grupos obreros sin una definitiva voluntad de incorporarse al proceso real de toma de conciencia de clase, quieren hallar. La tercera vía no es tal vía nueva. Por el contrario, se trata de la aceptación dentro de la estructura capitalista, de las posiciones reformistas, lo cual consiste en un auténtico encuadramiento dentro de esta misma estructura.

En la descriptiva que hemos llevado a cabo de la conciencia de clase de los obreros cristianos aparece claro que su lugar no revela tampoco una extraordinaria originalidad. Coincide aproximadamente con la comprensión del problema social a que están llegando otros muchos obreros, dentro de una estructura neocapitalista. Equivale a la comprensión de un problema desde el punto de vista de las soluciones políticas de una socialdemocracia, o de una democracia cristiana, en su versión izquierdista.

Lógicamente, los grupos cristianos obreros

tendrían que llegar a estas soluciones. Si en muchos casos no llegan, esto es debido a que juegan, dentro de los compromisos concretos políticos que quieren adquirir, otros muchos factores que perturban todo tipo de encuadramiento político dentro de estos grupos. Pero nos estamos refiriendo ya a unos planteamientos que deben entenderse desde una perspectiva de psicología social colectiva. Queremos decir, en suma, que lo que realmente impide la efectiva incorporación, en muchos casos, de los grupos cristianos obreros a las soluciones políticas a las que se sienten, por sus planteamientos doctrinales, encauzados, esto es, a las socialdemócratas o demócrata-cristianas, es, más bien

que un factor de conciencia de clase o de compromiso consciente político, un factor de orden psicológico. Las épocas en que se han encontrado desgarrados entre las actitudes de conservadurismo radical de los grupos cristianos y las actitudes revolucionarias de los grupos obreros, en una circunstancia de menos desarrollo económico, han originado en ellos reacciones psicológicas que actualmente les presentan resistencias para lograr unos encuadramientos políticos, cualesquiera que sean éstos. Es muy normal, en los grupos cristianos obreros, una actitud de desvinculación hacia toda realidad, un rechazamiento radical de todo lo existente y un invento ideal de soluciones nuevas.

Burocracia sindical

Los sindicatos verticales despliegan una evidente actividad, y no debe hacerse demagogia en torno a su tarea. Es verdad que su origen es totalitario —está en sus bases fundacionales—; que su funcionamiento es semidemocrático en el mejor de los casos —la línea política no es electiva—; que su representante máximo forma parte del gobierno en el que son mayoría los representantes políticos del poder económico, convive con ellos, y adopta acuerdos con ellos, como por ejemplo la calificación penal de cada acto obrero reivindicativo, sea huelga o no.

Todo eso es verdad, pero no significa inmovilismo. Puede significar cosas peores, pero inmovilismo no. Como prueba reproduzco dos documentos, relativos a un mismo asunto, altamente significativos. Significativamente significativos, para usar de la altisonante verborrea del Movimiento.

Sindicato de la Construcción Vidrio y Cerámica. —Referencia JPA/mra. Número 55/1.250. Asunto. *Aclarando artículo 8º normas de obligado cumplimiento*—. Para su conocimiento, y con el ruego de su cumplimiento, adjunto cumplesme remitirle una copia de la Resolución dictada por el Ilmo. Sr. Delegado Provincial de Trabajo, interpretando el Artículo 8º de las «Normas de obligado cumplimiento» aprobadas para el Grupo de Empresas de la Cons-

trucción y Obras Públicas. Por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista. Bilbao, 15 de febrero de 1966. El presidente del sindicato, Fdo. Fernando Lozano.

Que hace referencia a:

Ministerio de Trabajo. Delegación Provincial. Referencia: C.C. nº 157. JMH/G. —ES COPIA— VISTO: el escrito formulado con fecha 28 de febrero pasado por el Presidente de la Sección Social del Sindicato Provincial de la Construcción Vidrio y Cerámica de Vizcaya, por el que en relación con el artículo 8º de las «Normas de Obligado Cumplimiento» dictadas por esta Delegación con fecha 16 de noviembre de 1964 y para el «GRUPO DE EMPRESAS DE LA CONSTRUCCION Y OBRAS PUBLICAS», solicita se determine el tiempo que debe llevar un obrero en la Empresa para tener derecho al pantalón bombacho. ESTA DELEGACION DE TRABAJO, en virtud de las facultades interpretativas que le están atribuidas legalmente y en especial de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 12 de las propias «Normas» sobre el particular, y considerando que por definición, personal fijo de obra es el que no siendo de plantilla ni interino, alcanza en la empresa una permanencia de seis meses, permanencia y período de trabajo efectivo que es el que, a su vez, da derecho al personal que tiene aquella

condición al pantalón referido. ACUERDA: Interpretar el artículo 8 de las mencionadas « Normas » en el sentido de que el personal fijo de obra, tendrá derecho al primer pantalón bombacho o similar, en cuanto alcance dicha clasificación, que coincide con los seis meses de su ingreso en la Empresa. Comuníquese la presente Resolución al Sr. Delegado Provincial de Sindicatos y Sres. Presidentes de las Secciones Social y Económica del Sindicato de la Construcción Vidrio y Cerámica, para su conocimiento y demás efectos, advirtiéndoseles que contra la misma cabe recurso de alzada, ante la Dirección General de Ordenación del Trabajo y por Conducto de este Organismo, en el plazo de quince días, contados a partir del siguiente al de su notificación oficial. Así lo

acuerdo, mando y firmo en Bilbao a tres de febrero de mil novecientos sesenta y seis. El
DELEGADO DE TRABAJO. Firma ilegible.

En materia de pantalones bombachos al menos me parece que no se puede decir más.

R. LOZANO

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta: Cuaderno ordinario 7,— F

Condiciones de suscripción:

	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
España	360,— Pts	600,— Pts
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

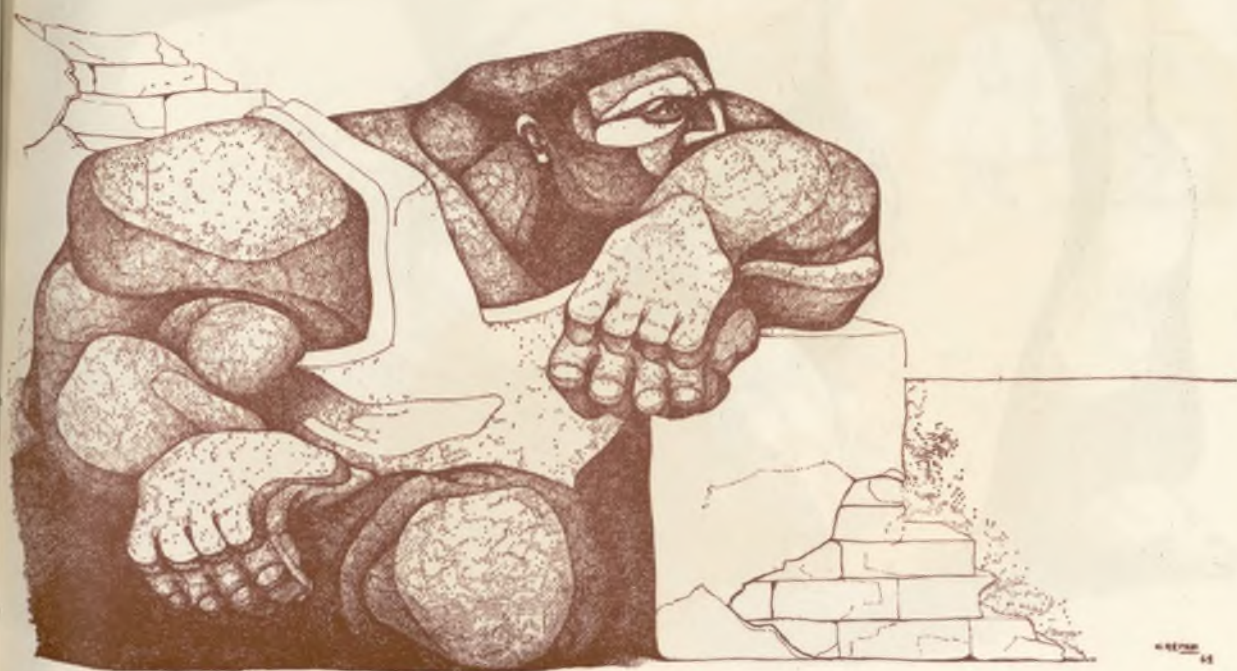
* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es **Horizonte español 1966**, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de las Ediciones Ruedo ibérico.

Los Desocupados

7 dibujos de **Carpani**









Ayuntamiento de Madrid





Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

Notas sobre la actual coyuntura sindical

...Todo este cambio e inquietud en el terreno sindical tiene sus raíces en los planes económicos iniciados en 1959 que abrieron un nuevo proceso en las relaciones laborales dentro de la empresa (obreros-patronos) y en las leyes y disposiciones laborales (obreros-gobierno); proceso que a su vez motivó la aparición de intereses económicos comunes —hasta entonces limitados al ámbito de fábrica— entre trabajadores de distintas empresas (obreros-obreros). Este triple cambio, exigido por el neocapitalismo para su consolidación, significaba, junto con otras características, la superación de la etapa del capitalismo nacional y autárquico que cedía el paso a las nuevas fuerzas económicas y que originaría: a) en lo económico, el capitalismo monopolista de Estado, b) en lo político, la liberalización y c) en lo social, la actual coyuntura sindical.

Los sindicatos y los partidos

Durante todos estos años de franquismo, las tradicionales centrales sindicales en el exilio y las organizaciones políticas de la oposición han buscado dar vida a sus viejos sindicatos o crear nuevos embriones de éstos, sin que ni uno ni otro intento alcanzasen un mínimo éxito. La CNT y la UGT seguían reducidas al esqueleto sin conseguir pegar carne nueva a sus huesos, y ni siquiera con la Alianza Sindical avivaron a nivel aceptable su situación. El PC, a partir de 1962 fustigó la vertiente sindicalista a tono con el momento e intentó el movimiento de Oposición Sindical, a lo que parece hoy enterrado sin haberle agradecido siquiera los servicios prestados. El FLP se mostró fallido en llevar a la práctica su propuesta de Comités de Lucha Obrera. Las HOAC, siempre a caballo entre los obispos y sus bases, terminaban a la hora de la verdad acatando la jerarquía y desilusionando a sus militantes. Así pues, todos los intentos de estructura o de crear movimientos sindicales a partir de las diferentes organizaciones políticas se han desvanecido, bien antes de llegar a la práctica o bien en el fracaso.

La baja conciencia política a nivel de masas y la propia situación de clandestinidad, tan contraria al principio sindical, impedían el desarrollo de la prospección. Para militar clandestinamente en un sindicato sujeto a la represión policial es, en general, imprescindible un mínimo de contenido político, tanto por parte del sindicato como en el propio sindicato que se intenta crear. Si la organización política que lo patrocina disimula todo matiz político con el fin de hacerlo más amplio y atrayente, ocurre entre los obreros —como ha sucedido— que los «sindicalistas» no se arriesgan a la militancia clandestina y a la represión a cambio de unas reivindicaciones para las que, más o menos, son suficientes los enlaces o jurados de empresa; y que los «políticos» no se sienten atraídos por proposiciones tan blandas y vacías, que en el fondo consideran como reformistas o puro economismo.

Por consiguiente, un sindicato clandestino sólo podía existir a condición de que renunciara a sus pretensiones y planteamientos masivos y se limitara a la prospección de cuadros, y de que dichos cuadros estuvieran altamente politizados. Politización y clandestinidad debían haber ido unidas, lo mismo que hoy existe el peligro de que vayan unidas sus dos contrarias: apoliticidad y legalidad.

El actual fracaso de montar sindicales desde los partidos (debido a la falta de envergadura de los propios partidos y a políticas equivocadas) coincide con una situación económica de desarrollo capitalista ocasionalmente propicia para las reivindicaciones económicas. El mercado competitivo exige una productividad en constante aumento que sólo puede conseguirse pactando con los obreros las condiciones de trabajo. Al nuevo capitalista le ofrece mayores garantías en el cumplimiento de las cláusulas laborales el pacto con un sindicato de los propios obreros que no el negociado con unos sindicatos verticales, qui ni representan ni tienen la confianza de los trabajadores.

Para el socialismo, limitar la lucha obrera a las reivindicaciones salariales equivale a ir siempre a remolque de la iniciativa capitalista, a cambio de unos resultados ínfimos desde el punto de vista de los trabajadores como clase. El hecho de que sean los Estados Unidos el país que mayor número de jornadas de trabajo ha perdido por huelgas reivindicativas en los últimos diez años, seguido por Italia, Canadá, Bélgica y demás países capitalistas desarrollados, muestra hasta que punto es insuficiente esta lucha cuando no incluye modificaciones de estructura o cambios políticos.

No trataremos aquí el tema de las comisiones obreras, que indudablemente representa un intento de romper con la política sindical anterior, ya que el es objeto de estudio en otro trabajo de este mismo número.

El problema sindical en la prensa

El tema sindical ha sido el primero en salir del congelador con la nueva ley de prensa. De todos los periódicos madrileños, solamente uno defiende «a lo nacionalsindicalista» los sindicatos oficiales (*Arriba*), otro lo justifica con reformas actuales y futuras (*Pueblo*) y el resto de la prensa diaria (*Ya*, *ABC*, *3E*, *Informaciones*, *El Alcázar* y *Madrid*) critica bastante duramente este sindicalismo vertical, mostrándose partidaria de sindicatos de clase. Esta división en la prensa viene dada por la pertenencia económica de los respectivos diarios. *Arriba* y *Pueblo* cobran de las nóminas estatales y su actitud de defensa de una institución gubernamental era obligada si querían seguir percibiendo en sueldo. El resto de los periódicos es de sus respectivos patronos —ya sean éstos Opus Dei u otros grupos económicos y financieros— y por consiguiente sólo sirven a sus particulares intereses económicos o políticos del momento. Y parece ser que tanto unos como otros intereses están hoy situándose, poco a poco, contra los sindicatos verticales. Y si los patronos se desprecupan actualmente de la CNS, como los obreros desde siempre la han rechazado, resultará que sólo la burocracia del régimen y los sectores ultras de la política son los únicos interesados en mantener en pie el tinglado sindical en su estado actual. Elementos a todas luces insuficientes, por lo que no será aventurado prever cambios importantes en la estructura de la CNS.

A partir del mes de abril que fue cuando, recién estrenada la ley de prensa, más desatada anduvo la polémica contra los sindicatos, se han criticado aquellos aspectos esenciales que antes servían para justificar a la CNS. El origen de la discusión fue la convocatoria para las próximas elecciones sindicales de enlaces y jurados. Inmediatamente la crítica a la falta de representatividad sindical se generalizó en todos los periódicos privados:

«No conocemos ninguna convocatoria para hacer llegar a la base de la pirámide sindical ninguna clase de consulta previa sobre temas de interés nacional. No conocemos que se convoque a asamblea ningún sector del trabajo para conocer sus opiniones sobre temas que le afectan con el fin de transmitirlos escalonadamente hasta las representaciones nacionales, de tal forma que éstas actúen orientadas por aquéllas.» (*Informaciones*, 15 de abril de 1966.)
«Mucho camino hay que andar para ver al Sindicato Vertical plenamente desarrollado como unidad de agrupación profesional, como institución representativa, como cauce de participación política directa de las fuerzas del trabajo y de la producción.» (*Ya*, 10 de abril de 1966.)

«La línea de mando acapara todo el poder de decisión de la Organización Sindical, sobre el supuesto de un papel conciliador de árbitro que carece de efectividad y sentido desde que se promulgó el decreto-ley sobre conciliación y arbitraje, encargando a las autoridades del Ministerio de Trabajo la función decisiva y decisoria en las desavenencias laborales. En todo caso, ni la dirección ni la responsabilidad de la vida sindical están en manos de los representantes electos.» (*El Alcázar*, 21 de abril de 1966.)

Estas denuncias en la prensa —y que unos meses antes sólo serían concebibles en panfletos o periódicos clandestinos— alarmaron a los Verticales y las elecciones anunciadas en principio para la primavera se aplazaron hasta septiembre. Por otra parte, quedaban pendientes de firmar varios convenios colectivos importantes (entre ellos el interprovincial de Artes Gráficas, que afectaba a todas las provincias y a un total de 60 000 trabajadores) y el clima no era nada propicio para unas elecciones cómodas.

Empleado la vieja táctica demagógica, tan usada durante el franquismo, de denunciar un determinado estado de cosas solamente en el

momento en que interesa o está preparado el recambio, el periódico *Pueblo* descubre con alarma durante estos días (« Tema Candente: Los enlaces sindicales y los jurados de empresa no tienen suficientes garantías. Algunos sufren represalias por cumplir su misión dentro de la empresa », *Pueblo*, 15 de abril de 1966), lo que desde hace años venían denunciando constantemente los trabajadores y silenciando dicho periódico: que los enlaces y jurados que defienden a sus compañeros y molestan a las empresas son expulsados impunemente de la fábrica, sin que el sindicato ni el Ministerio de Trabajo se preocupen por protegerles. El tardío « descubrimiento » de *Pueblo* era debido a que conociendo la preparación de un decreto sobre garantías sindicales si denunciaban ahora el hecho de los casi dos mil enlaces y jurados expulsados de sus fábricas, o sacaba a relucir las « listas negras » (*Pueblo*, 22 de abril de 1966) llevadas por algunas empresas, hacía más meritorio el decreto sobre dichas garantías sindicales y abonaba un terreno favorable a las elecciones.

Sin embargo, el decreto sobre garantías sindicales (*Boletín oficial del Estado*, 14 de junio de 1966) es muy incompleto, limitándose a obligar a la empresa a instruir un expediente previo y a subordinar el despido del trabajador con cargo electivo sindical a la decisión de la Magistratura de Trabajo. Pero el empresario podrá siempre, durante la tramitación del expediente (hasta un mes) suspender de empleo y sueldo al trabajador expedientado; lo que —en mi opinión— significa que en momentos de conflicto o de situaciones tensas, la empresa puede prohibir la entrada a la fábrica durante treinta días a los obreros representantes sindicales que le interese. Aunque luego la Magistratura falle en contra de la empresa y ésta tenga que readmitir al expedientado, pagándole además de su salario una cantidad equivalente al 50 por ciento del mismo. Cantidad que el patrono dará siempre por bien empleada si a cambio de ella ha conseguido aislar a los líderes obreros de sus compañeros durante la huelga o el conflicto de trabajo que se trate.

Con la información pública sobre cuestiones laborales, dos hechos interesantes se han revelado en la prensa madrileña. Uno, el retroceso de *Pueblo* al que se le ha acabado el privilegio de ser el periódico que más cosas podía decir para convertirse, después de la ley de prensa, en el periódico que más tiene que conservar y silenciar. El gallito se ha desplumado. Escamotea toda la información que puede sobre

conflictos laborales; ante la información de otros periódicos, desmiente la existencia de comisiones obreras; soslaya toda crítica. Su adscripción económica a los sindicatos verticales y al régimen le obliga a ello. El segundo hecho curioso ha sido el hábil oportunismo en este terreno del Opus Dei a través de su periódico *El Alcázar* y de su agencia Europa Press. Ambos órganos, a partir de la ley de prensa, han dado más noticias y suministrado mayor información laboral que cualquier otro periódico diario o agencia de prensa. La indignación de *Pueblo* le lleva a escribir: « Esto que ocurre ahora, en que un periódico de la más clásica derecha española se lance a la demagogia y ponga en circulación respetables personajes con requisitos de sinceridad social constituye la vieja estampa conocida » (*Pueblo*, 25 de abril de 1966). El cambio de rey tuerto entre los ciegos ha sulfurado a Emilio Romero, al que las nuevas circunstancias han dejado en la cuneta mientras que el Opus aprovecha su ventaja en el juego. Por ejemplo, mientras el *Pueblo* (18 de junio de 1966) se ve obligado a resaltar las promesas hechas a los trabajadores por Solís en un discurso, *El Alcázar* de este mismo día trae la siguiente información laboral: « Conflicto laboral en Schneider »; « Por diferencias salariales descontento de los trabajadores de una fábrica malagueña »; « Acuerdos laborales en dos empresas del norte »; « AEG desoye los consejos sindicales, la empresa no ha aumentado los salarios según marca la ley »; « Talletres ZAR asegura satisfacer las normas de obligado cumplimiento », y tres de estos cinco artículos están firmados por la agencia Europa Press.

La prensa crítica a la CNS como un residuo del pasado inadecuado para la presente época. Para los modernos capitalistas, una economía boyante y unos nuevos patronos entendidos en organización de empresa, tecnificados, conocedores de que su porvenir depende de la productividad y del grado de interés de los obreros por su trabajo, son condiciones que exigen unos sindicatos ágiles —en donde los obreros se sientan conformes— dirigidos también por técnicos en su materia, con los que sea provechoso sentarse a la mesa para resolver los problemas técnicos del trabajo, sin ingerencias burocráticas ni obstáculos de razones de Estado. Los empresarios saben que dialogando exclusivamente con la CNS se enajenan a priori la voluntad de sus obreros y obstruyen absurdamente la producción de su fábrica, con problemas para ellos « artificiales ».

La voz de la prensa, criticando a los sindicatos verticales, ha reflejado el interés de los empresarios (a quienes sirve) para encontrar cauces más actuales y positivos para negociar con el amplio sector de consumidores en que, en definitiva pretenden convertir a sus asalariados. El semanario *Desarrollo* llamando a las recientes huelgas y conflictos « europeización de los problemas laborales », concluía así su editorial: « Habrá un cada vez más difícil diálogo, un peligroso juego de tensiones sociales en el próximo futuro que requerirá una puesta a

punto de los instrumentos de diálogo; pero esto ya roza la política. En lo económico habrá que poner las cartas boca arriba a la hora de las negociaciones sociales (*Desarrollo*, número extraordinario: « Examen de la coyuntura económica », junio 1966). Como se ve, los capitalistas emplazan a los « instrumentos de diálogo », es decir, a los sindicatos verticales para que se transformen. En los próximos meses nuevas leyes sindicales nos traerán una organización distinta.

Madrid, junio 1966

ENRIQUE GARCIA

El nuevo salario mínimo

« Desde luego, para darnos 84 pesetas, preferimos que no nos den nada... el Consejo Nacional de Trabajadores reivindica el salario que en su día solicitó y no da su conformidad a ninguna rebaja sobre el mismo ». A los tres días de que el presidente del Consejo Nacional de Trabajadores (CNT), don José Lafont Oliveras, hiciera estas declaraciones a la prensa, el gobierno decretaba (9-IX-66) el nuevo salario mínimo, fijándolo en 84 pesetas¹. La petición oficial del CNT al ministro de trabajo, solicitando un salario mínimo interprofesional, que pasara de las 60 a las 130 pesetas diarias, no había sido atendida y las amenazantes palabras de su presidente advirtiendo al Consejo de Ministros, no surtieron ningún efecto.

Los obreros, por su parte, mostraron la mayor indiferencia hacia el CNT y su presidente, evidenciando el vacío y la inoperancia de tal institución sindical entre los trabajadores y abandonando en el ridículo al señor Lafont Oliveras y a sus declaraciones. Al día siguiente del Consejo de Ministros de las 84 pesetas, aquél presentó su dimisión junto con la del señor Moya Clua, presidente del Consejo Provincial de Trabajadores de Barcelona, y las

débiles protestas de otros Consejos Provinciales. Al otro día, se desmentía oficialmente la noticia de las renuncias, quedando todo en un revuelo de dimisiones sin importancia. Y 24 horas más tarde (martes y 13), Solís se reunía a puerta cerrada con su Junta de Mandos y el señor Lafont Oliveras. El jueves, el ministro de Trabajo aparecía en las pantallas de televisión para explicar que si a las 84 pesetas añadimos esto y sumamos lo otro y contamos la antigüedad, la peligrosidad, la toxicidad y la nocturnidad [*sic.*], resulta que en realidad el salario mínimo no son 84, sino 108,80 pesetas.

Con este *happy end* se dan por terminadas las intervenciones oficiales sobre salarios, y los sindicatos, la prensa y demás organismos pasan a ocuparse de las elecciones sindicales.

Los obreros no se han inquietado por el escaso aumento de salarios

Si en enero de 1963 la cifra de 60 pesetas como salario mínimo se consideró insuficiente, en 1966 —en que el coste de la vida ha subido, en los cuatro años transcurridos, el 40 %— resultaba insostenible seguir manteniendo los doce duros.

1. Peticiones de salarios mínimos:

	Pesetas
Consejo Nacional de Trabajadores	130
Anteproyectos convenios colectivos (media)	170
Acción Social Patronal	250
Comisiones Obreras	250-300

En el mismo año 1963, la mayoría de los trabajadores en la industria y servicios superaba las 60 pesetas, diarias (cuadro I), por lo que la medida benefició principalmente a los salarios del campo. Debido al auge de los convenios colectivos en los años siguientes, la población asalariada superó prácticamente el salario mínimo oficial al establecerse en los convenios nuevos salarios mínimos superiores que posteriormente, con la firma de convenios interprovinciales, afectaban, no ya a una empresa, sino a toda una rama industrial. De este modo, lo fundamental para el obrero no era ya el mínimo nacional de las 60 pesetas sino el salario mínimo concertado en el convenio y por cuya elevación daba la batalla.

CUADRO I. TOTAL DE RETRIBUCIONES DE TRABAJO. 1963 (incluido el plus familiar)

	NÚMERO DE TRABAJADORES	RETRIBUCIÓN POR TRABAJADOR PESETAS
Banca y seguros	80 262	6 666
Electricidad, gas y vapor	61 663	4 841
Minería	149 186	4 327
Industrias fabriles básicas	938 901	4 011
Comercio	154 417	3 151
Industrias fabriles, bienes de consumo	778 201	3 093
Construcción y obras	552 952	2 781
Total	2 715 582	3 564

En septiembre de 1966, vísperas de unas elecciones sindicales y de importantes cambios en la CNS, los « verticales » necesitaban un golpe de prestigio, y nada mejor para favorecer estos acontecimientos que un aumento de salarios... que, por otra parte, la subida de precios hacía insoslayable y el aumento de la productividad permitible a los capitalistas. El Consejo Nacional de Trabajadores creyendo factible una cifra alta, acordó reivindicar las 130 pesetas. Si conseguía esa cantidad, su prestigio como « órgano de los trabajadores » hubiese sido una baza a jugar en la próxima reforma sindical. Los resultados adversos han demostrado su impotencia y subordinación ante las jerarquías superiores, así como la falta total de apoyo de los obreros quienes en ningún momento se solidarizaron con su petición.

Decimos que la masa obrera no se ha inquietado por el ridículo aumento de salario mínimo debido, principalmente a dos razones: primero, por el motivo apuntado antes de que para la mayoría el salario viene regulado por los convenios colectivos estando (sobre todo en las fábricas más importantes o en los sectores industriales más reivindicativos) muy por encima del nuevo mínimo oficial establecido. El trabajador hace más hincapié en defender un mínimo de 250 o 300 pesetas diarias en su convenio que en presionar para conseguir esa misma cantidad con ámbito general, ya que no cuenta con la imprescindible organización o instrumento sindical propio. Así a la hora de los hechos, en la relación capital-trabajo, reterida a los salarios, prima lo particular y local sobre lo general.

La segunda razón de esta ausencia de intensidad en la lucha por un salario mínimo y del aparente conformismo ante las 84 pesetas, radica en que dicho salario mínimo no es un mecanismo para la subida general de salarios, sino únicamente un tope mínimo por debajo del cual no se podrá contratar legalmente a ningún trabajador. A la mayoría obrera —que se encuentra por encima de las 84 pesetas— la actual subida del salario mínimo solamente le afecta por la repercusión que pueda tener en la corrida de escalas. Es decir, los salarios que actualmente se queden cercanos al tope de las 84 pesetas tenderán a subir, a fin de mantener la misma distancia que observaban con respecto a las 60 pesetas de antes². En definitiva, los 52 000 millones de pesetas calculados como repercusión del aumento del salario mínimo (9 000 millones por salarios inferiores a 84 pesetas, 15 000 millones de aumento en las cotizaciones sociales y 28 000 millones debidos a las corridas de escalas) vendrán a representar, como mucho, el 10 % de la masa total de salarios.

Productividad y salarios reales

Acaba de subir la carne, la leche... y el pan, y otros artículos alimenticios de primera necesidad, seguirán el mismo camino. Si este año el coste de la vida vuelve a crecer, como en los tres anteriores, en un 10 % (cuadro II), al

2. Posiblemente, esto traerá también como consecuencia una menor distancia entre las distintas categorías del abanico de salarios.

llegar este mes de diciembre, 60 pesetas de 1963 tendrán un valor de compra de 36 pesetas; o lo que es lo mismo 84 PESETAS DE 1966 COMPRARÁN TANTO COMO 60 PESETAS DE 1963. Es decir, el aumento salarial no ha sido tal sino una simple actualización para mantener al obrero con la misma capacidad monetaria que en enero de 1963. Situación que, a su vez, quiere decir que durante casi tres años los salarios mínimos han estado muy por debajo de su capacidad real.

La tesis preponderante entre los empresarios y capitalistas de que si no hay aumento de la productividad no hay aumento de salarios —y que por otra parte ha sido la postura adoptada por los patronos como condición para la firma de convenios— ha coincidido en el año anterior (1965) a una desproporción enorme con ventaja, claro está, para la primera.

CUADRO II.

AÑO	AUMENTO DEL COSTE DE VIDA
1963	8,60
1964	7,76
1965	13,17

La productividad por persona empleada se ha incrementado durante 1965 en un 7,5 %, mientras que los salarios subieron, según el INE, en un 13,2 %. Pero en tanto que la productividad es REAL, el salario está medido en cantidad monetaria. Si para averiguar el salario REAL lo deflactamos con el índice del coste de la vida, obtendremos para 1965:

Aumento de salarios monetarios	13,2
Aumento en el coste de la vida	13,1
Aumento REAL de salarios	0,1

CUADRO III. DISMINUCIÓN DE LA RENTA DEL TRABAJO EN LA RENTA NACIONAL

1958	100,0
1959	92,1
1960	90,4
1961	88,5
1962	91,0
1963	90,3
1964	87,9
1965	83,2 ³

3. Deflactado relacionando salario-hora y productividad-hora y corrigiéndolo con el índice del coste de la vida.

Es decir, la productividad ha aumentado en un porcentaje elevado, mientras la capacidad de compra de los asalariados permanece casi estancada. Lo cual viene a demostrar el profundo fallo y la superchería de la « política social » del régimen en la redistribución de la renta nacional; donde, por el contrario, el factor trabajo en la industria y servicios ha venido disminuyendo en los últimos ocho años un 2 % anual (cuadro III).

El trabajador sigue perdiendo en la distribución de la renta nacional. Su participación descende en relación con los aumentos de productividad que crea y por el incremento del coste de la vida.

Lucha salarial y lucha política

Dentro del marco del capitalismo, la lucha EXCLUSIVA por los salarios no significa más que el interés del trabajador por venderse lo más caro posible. En el plano político, la preponderancia de la lucha salarial POR ENCIMA de cualquier otra, supone subordinar el consumo a la producción... a la producción capitalista regida por el beneficio máximo. Pretender formar a la clase obrera a través de la lucha salarial es hacer sindicalismo a la americana. Los sindicatos americanos son los maestros en la lucha salarial, y no hará falta decir como son esos sindicatos.

Si en nuestra anterior fase económica « autárquica » y de sistema de salarios rígidos el capitalismo buscaba la EXPLOTACIÓN al máximo de los trabajadores, con el actual « despegue » económico y con el sistema de convenios colectivos, sujeto al dualismo productividad-salarios, el neocapitalismo busca la INTEGRACIÓN de la clase obrera. Integración que, según nuestra opinión, será favorecida por toda actitud sindicalista que se limite a alentar exclusivamente el capitalismo; induciendo a la clase obrera a relegar de sus aspiraciones políticas de clase y a abandonar toda lucha por la transformación de las relaciones de producción o por buscar sus propias soluciones a las crisis y fallos del capitalismo.

No repudiamos la lucha salarial ni la consideramos inútil, sino que advertimos que, para el neocapitalismo, este tipo de lucha resulta fácilmente salvable por medio de la inflación, de los mecanismos económicos y, en definitiva, por su control de la producción. En cuanto a la

eficacia que pueda tener para la clase obrera, vendrá medida, en principio, por la capacidad de asimilación del capitalismo y de su reacción a través de los tecnócratas del Estado. El hecho, por ejemplo, como hemos visto más arriba, de que la renta nacional disminuya en los últimos años en la parte correspondiente a los trabajadores, muestra la incapacidad de esta lucha salarial para corregir las diferencias en dicha renta.

Como factor de unidad o de elevación del nivel de conciencia, creemos que también es muy limitado el valor de la lucha salarial, alcanzando todo lo más a despertar un cierto sentido tradeunionista. Podemos comprobar que, efectivamente, a partir de la « liberalización salarial », permitida desde 1959 por la nueva coyuntura capitalista, comienza a ampliarse entre los trabajadores el interés por un sindicato propio. La mayoría de los obreros buscan con la reivindicación salarial el aumento de sus rentas, viendo el futuro sindicato como el instrumento necesario para presionar y organizarse frente a los patronos: un sindicato defensor de sus intereses económicos.

La fuerza sindical es considerada hoy día como imprescindible para la clase trabajadora. Pero, al mismo tiempo, el neocapitalismo que planifica a su modo la economía, que organiza y controla el mercado, que logra eludir o aminorar las crisis y que, por fin, trata a la economía como una ciencia, este neocapitalismo prefiere negociar con un aparato sindical que hable en nombre de los obreros, antes que hallarse frente un vacío que le impida prever las reacciones de éstos con tiempo suficiente, o que le imposibilite el diálogo con su parte contraria.

La lucha salarial traerá de la mano un sindicato horizontal. Si ahora no se imprime a las reivindicaciones de salarios ningún contenido político (y « sindicato libre » y « derecho de huelga » YA no son suficientes) el sindicato que venga después nacerá marcado por el reformismo. En resumen, consideramos que del planteamiento actual de las reivindicaciones salariales depende no sólo el futuro sindicalismo, sino el porvenir de la clase obrera.

Madrid, 25 octubre 1966





Apéndice

Declaración de las comisiones obreras de Madrid

Ante la campaña de desorientación desatada en torno a las Comisiones Obreras con el fin de confundir a ciertos sectores de trabajadores y con ello intentar dividir a nuestra clase, las Comisiones Obreras de Madrid hemos considerado oportuno difundir la presente Declaración con los siguientes objetivos:

1. Para que los trabajadores que por diversas circunstancias lo ignoran conozcan el porqué del nacimiento de las Comisiones Obreras, lo que son lo que representan y lo que pretenden.
2. Para que sepan todos los que aseguran que las Comisiones Obreras están sujetas a tal o cual grupo político o económico, que no sólo ello no es cierto sino que además, detrás de este ataque se esconde la siembra de confusiones, de desconciertos, de desconfianzas y de atentados contra nuestra unión y sentimientos solidarios, tan vitales para proseguir la lucha por nuestros derechos económicos y sociales.
3. Para definir y concretar una vez más nuestra característica esencial de oposición a las actua-

les estructuras sindicales, que son lo contrario de un sindicato de clase y están al servicio de las consignas políticas de la Administración y de los intereses económicos de las empresas.

4. Porque queremos hacer a través de esta Declaración un llamamiento solemne a todos los sectores laborales del país, cualquiera que sea su ideología o compromiso político, sindical o religioso para que se sumen a las Comisiones Obreras como movimiento unitario y autónomo de la clase trabajadora en este momento de su evolución.

El nacimiento de las comisiones obreras

El día 31 de enero de 1966 se dio a conocer una Declaración de principios titulada: «Ante el futuro del sindicalismo», que respondía perfectamente al espíritu de las Comisiones Obreras y en el que se afirmaba:

« El sistema capitalista genera y condiciona la lucha de clases. En un sistema socioeconómico capitalista no hay posibilidad de armonizar los intereses de los dos bandos en pugna, situados en posiciones contrapuestas. Los trabajadores deben de comprender claramente que forman un mundo marginado por la sociedad capitalista. Ellos son los desposeídos, los que reciben las migajas de un sistema socioeconómico injusto, no sólo en dinero, sino también en cultura, en responsabilidad, en participación. »

Para nosotros es evidente que España no ha sido ni es una excepción a esta ley general del capitalismo. Desde que acabó la guerra civil, a pesar de las reiteradas afirmaciones de las Autoridades en el sentido de que habían logrado la « superación de la lucha de clases », la « armonización de los intereses del capital y el trabajo », la « implantación de un sistema ni capitalista ni socialista », el hecho real es que la lucha de clases no ha dejado de ser una realidad ni un solo día, que la pugna de intereses entre capital y trabajo ha ido ganado cada vez mayor virulencia, que el sistema establecido en España es sin lugar a dudas capitalista, y en su actual forma, monopolista y oligárquico.

Durante estos últimos veintisiete años la indefensión de la clase trabajadora ha sido total. Nuestras organizaciones destruidas, nuestros militantes perseguidos, nuestros periódicos y locales confiscados. En sustitución nos montaron unas estructuras (el Sindicato Vertical) inmovilistas, que por no ser independientes están a la merced de la patronal, que por no ser democráticas carecen de toda representatividad (principalmente en los niveles superiores a la empresa, en la llamada « línea de mando o política », que es donde se toman las decisiones); que por no disponer de medios de presión eficaces (entre ellos el derecho de huelga) nos deja indefensos ante los empresarios.

En realidad, estamos excluidos de los centros donde se toman las decisiones que afectan al conjunto de las naciones; excluidos de la dirección de los sindicatos y de los órganos de dirección de la empresa (a pesar de la Ley de Cogestión); excluidos de la Universidad y de los ministerios; excluidos del control de los medios asistenciales y de familia.

Aprovechándose largo tiempo de esta situación, la gran burguesía española, utilizando libremente para su servicio los resortes del Estado,

ha reforzado las estructuras monopolistas del capitalismo hasta un grado tal de concentración que hoy en día la mayor y mejor parte de nuestra riqueza está en manos de un puñado de terratenientes, banqueros, grandes industriales y traficantes nacionales et extranjeros.

Sin embargo, a pesar de las terribles dificultades de todo tipo los trabajadores no hemos dejado de luchar, ni un solo día por nuestros intereses de clase. Sería interminable, enumerar los millares de acciones obreras, desde las simples visitas de una comisión al patrono, hasta la huelga, que se han producido en España desde 1939 hasta nuestros días. Nosotros somos conscientes de que esta acumulación de esfuerzos y sacrificios obreros han sido el elementos esenciales que han posibilitado el nacimiento de las Comisiones Obreras con las características que hoy tienen.

Por otra parte, para nadie es un secreto que el capitalismo español, que la Administración, se ha visto obligado por la presión de las masas y por sus propios fallos internos a tomar una serie de medidas que han acelerado el proceso de la lucha de clases. En este sentido no es inútil recordar que hacia el año 1956 la crisis económica de la burguesía era dramática. La política económica de las Autoridades se había manifestado como un fracaso y el país estaba al borde del desastre. La presión de las masas (importantes huelgas de 1956-1957) aceleraron la crisis al obligar al Gobierno a un aumento general de salarios (la famosa subida demagógica patrocinada por el entonces ministro de Trabajo). Automáticamente subieron los precios, y la carrera entre éstos y los salarios se hizo infernal. Ante esta situación, la oligarquía española optó por cambiar de política, ponerse en manos de los grandes monopolios extranjeros e intentar sanear la economía, es decir salvar sus negocios a costa una vez más de los trabajadores: esto fue el llamado « Plan de Estabilización ». Aún tenemos los obreros vivo en la memoria lo que fueron aquellos años de « estabilización », cuando nuestros salarios se vieron reducidos en un 40-50 por ciento y muchos de nosotros obligados al paro o a la emigración. En aquella ocasión, los trabajadores no tuvimos con que defendernos eficazmente, porque estamos prácticamente inertes o maniatados ante la voracidad de un capitalismo antinacional y sin escrúpulos.

Pero, por otra parte, no todo se presentaba de color de rosa para la burguesía. Este cambio en la política económica exigía ciertas trans-

formaciones en la legislación laboral; en las relaciones jurídicas entre patronos y obreros. Para los monopolios españoles era vital, con el fin de no quedar asfixiados por la presión exterior e interior, aumentar la productividad de los obreros, es decir, aumentar y sistematizar la explotación de los mismos, aplicando las modernas técnicas de racionalización del trabajo, libertad de despido, etc, que tan bien conocemos los operarios industriales. Pero esta operación era irrealizable con las viejas Reglamentaciones Nacionales de Trabajo, dictadas por el Ministerio de Trabajo, que si bien congelaban los salarios, también frenaban la productividad del trabajador. Era, pues necesario, cambiar y para ello se dictó en 1958 la Ley de Convenios Colectivos. Aunque la literatura oficial presentaba los Convenios como un instrumento eficaz para elevar el nivel de vida del obrero, la realidad fue que sólo sirvieron, en una primera fase, para aumentar el rendimiento del trabajador. Pero la maniobra, como todas las maniobras, tenía un doble filo, pues la aplicación de la ley ponía por primera vez frente a frente a patronos y obreros alrededor de una mesa de deliberaciones para discutir sobre el contrato de trabajo. Para el capitalismo la «operación» era arriesgada, pero los monopolios y el Estado confiaban en que el Sindicato oficial serviría de intermediario y frenaría cualquier acción de los trabajadores. Efectivamente, el Sindicato Vertical, llegada la hora de poder demostrar alguna validez para los trabajadores en la discusión de los Convenios Colectivos, se quitó la careta, definitivamente, apareciendo ante la clase trabajadora como instrumento ineficaz y vendido a la patronal. Por si esto fuera poco, todavía les quedaba y les queda el recurso, en el caso de que la presión trabajadora salve el obstáculo del Sindicato Oficial, de recurrir al Ministerio de Trabajo para que a través de prácticas como la «deflatación» desvirtuar los Convenios y reducir a la nada nuestras aspiraciones.

Sin embargo, el capitalismo y sus servidores no tuvieron en cuenta que están cambiando muchas cosas en España. La vida moderna acrecienta las necesidades de los trabajadores, a la par que los nuevos medios de información nos ofrecen, a diario una imagen o referencia de otros países; la tarea realizada ininterrumpidamente por los militantes del Movimiento Obrero eleva la conciencia de los obreros; una nueva generación de trabajadores se lanza a la lucha sin los prejuicios del pasado. La unidad de la propia burguesía se ha hecho añicos

debilitando las posibilidades de reacción y maniobra de las Autoridades.

En estas condiciones, no se hizo esperar la respuesta de los trabajadores. En las grandes huelgas de la primavera de 1962 en Asturias, Cataluña y el País Vasco, tenemos los primeros ejemplos de la coincidencia de aquellos elementos descritos anteriormente y que están en el origen del nacimiento de las Comisiones Obreras.

En aquellas acciones nacieron las primeras Comisiones Obreras con características similares a las que hoy tienen las nuestras. En aquellas acciones los trabajadores rompimos sistemáticamente las estructuras sindicales, eligiendo democráticamente, en el mismo centro de trabajo, a nuestros auténticos representantes, obligando al actual Sindicato oficial a recibirnos y obteniendo los primeros aumentos de salario importantes, desde 1956.

Concretamente en Madrid estas comisiones nacían y morían con cada reivindicación, hasta que después de múltiples acciones, los militantes obreros más activos que van formándose a través de ellas, comprendieron que no sólo era posible sino también necesario dar vida permanente a estas formas nuevas que en las actuales circunstancias toma el movimiento sindical de oposición a las estructuras oficiales.

Así nacerían los primeros contactos entre metalúrgicos de Pegaso, Standard, Marconi, Perkins, CASA, etc, ante la necesidad de presionar para obtener el 20 % de mejora salarial y un mejor Convenio Colectivo del Metal. Así surgió, de esta necesidad, pero espontáneamente, la Comisión Provincial de la Metalurgia madrileña, en una reunión de cerca de 600 obreros del ramo, enlaces, vocales jurados y militantes sindicalistas. Esta reunión se celebró en la sede del Sindicato Provincial del Metal y en presencia del Vicesecretario Provincial de Ordenación Social, el presidente del citado sindicato del Metal, el Presidente de la Sección social y otras autoridades del sindicalismo oficial. Sobre esta experiencia nacería la Comisión Provincial de Prensa, Papel y Artes Gráficas, al calor del Convenio Colectivo interprovincial de Artes Gráficas y de las Asambleas de trabajadores que se celebraron en el «Círculo Social Manuel Mateo», también en este caso con asistencia y participación de autoridades sindicales verticales como el presidente de la Sección Social Central del Sindicato de Papel y Artes Gráficas,

el procurador en Cortes señor Zaragoza, etc. Por estos mismos cauces surgieron las Comisiones de la Construcción, Química, Transporte, Banca, Enseñanza.

¿Qué son las comisiones?

I. Las Comisiones Obreras son una forma de oposición unida de todos los trabajadores, sin distinción de creencias o compromisos religiosos o políticos, a unas estructuras sindicales que nos nos sirven. Nacen como una necesidad de defender nuestras reivindicaciones inmediatas y de preparar un mañana de libertad y unidad sindical. Por ello las Comisiones Obreras no son hoy, ni pretenden serlo mañana, un sindicato y menos todavía una agrupación política. Precisamente por eso luchamos por la conquista de unas libertades básicas que permitan, a los trabajadores, reunidos en Asambleas democráticas, decidir sobre su futuro, creando su propia organización sindical como lo estime conveniente la mayoría, con absoluto respeto a las minorías auténticamente representativas de sectores de trabajadores.

II. Las Comisiones Obreras son un movimiento independiente de la clase obrera, para la defensa de los intereses de la clase obrera. Rechazamos por ello cualquier clase de « verticalismo » o de sometimiento a las consignas de la Administración o de cualquier grupo político.

III. El principio democrático (tanto para tomar decisiones como para elegir a nuestros representantes) es la regla de actuación de las Comisiones Obreras. Cualquiera que haya asistido a nuestras asambleas o reuniones ha podido participar ampliamente, sin cortapisas, con todo el peso de su voz y su voto, en las decisiones y en las discusiones. Practicamos hoy la democracia porque sabemos que en la auténtica democracia obrera está nuestro futuro.

IV. Salvando el principio democrático, según el cual seremos los propios trabajadores los que en su día tendremos que decidir sobre la forma del futuro sindicato español, las Comisiones Obreras abogamos y luchamos por la Unidad Sindical, siempre y cuando esta unidad esté basada en la libertad, la democracia y el respeto de la diversidad de los grupos ideológicos participantes. Consideramos que la división sería un suicidio de clase en la España de los monopolios, cuando tenemos enfrente un capitalismo poderoso, con sus organizaciones patronales e industriales unitarias. Si lo que pierde

al « Sindicato oficial » de hoy es su falta de libertad e independencia, el peligro del mañana es caer en la división de diversas centrales sindicales, aunque gocemos de teórica libertad.

Es necesario luchar ya desde hoy por lograr la síntesis eficaz de un sindicalismo unido en la libertad y la democracia. Por último, parece claro que debemos velar para que bajo la capa de una libertad malentendida no se nos arrebate y se dispersen en cien pedazos los medios e instrumentos sindicales que se han ido acumulando en nuestras cuotas y nuestros sacrificios, hechos de jornadas de trabajo agotadoras mantenidas constantemente, de privaciones sin cuento de nuestras familias.

En este sentido, los trabajadores españoles podemos incluso superar a otros movimientos sindicales extranjeros si acertamos a conjugar la autenticidad sindical con la posesión de los medios materiales acumulados en torno a la organización sindical oficial que hoy controlan el Estado y los patronos.

V. Las Comisiones Obreras representan un avance decisivo para el movimiento obrero actual, por cuanto han sabido dar el paso necesario de la clandestinidad a la legalidad y licitud. Rechazamos la clandestinidad que las estructuras sindicales oficiales y los grandes capitalistas quieren imponernos. Nos negamos a ser considerados como una « asociación ilícita » y seguiremos trabajando a la luz del día, con nuestros nombres y señas por delante.

El grado de madurez de los trabajadores, puesto de manifiesto últimamente en Madrid con ocasión de la manifestación del día 28 de junio pasado y la subsiguiente corriente de solidaridad hacia las Comisiones Obreras, junto a los cambios en las circunstancias socioeconómicas y legales del país, imponen cada vez con mayor fuerza la aparición del Movimiento obrero español a la luz del día, reivindicando la licitud de sus fines y, por lo tanto, la legalidad que le corresponde.

VI. Por último, creemos que todo sindicalista honesto que se plantee no sólo arrancar unas mejoras (que casi siempre son eliminadas por las subidas de los precios subsiguientes), sino también emancipar a su clase, tiene que comprender que sólo la unidad de los trabajadores en la acción económica, social y política puede obtener el fin deseado.

En todo caso, una vez creadas las condiciones de libertad y democracia, en las que los obreros podamos decidir independientemente sobre nuestro destino, las Comisiones Obreras habrán cumplido con su misión, y el único veredicto que aceptaremos será el manifestado libremente por todos los trabajadores.

Objetivos de las comisiones obreras

Finalmente, como resumen de todo lo dicho, conviene fijar, en general, las dos líneas maestras de la acción de las Comisiones Obreras:

A. Lucha inmediata y diaria en todos los centros de trabajo a escala de empresa, taller, tajo u oficina, de rama de industria o provincial, por la mejora de todos los puntos que se

contienen en el contrato de trabajo, sea éste individual o colectivo. Principalmente, por lo que respecta al salario, jornada de trabajo, eventualidad, despidos, discriminaciones por razones de edad o sexo, etc, etc.

B. Lucha por las libertades democráticas, especialmente por la conquista de los derechos y libertades sindicales, para que los trabajadores podamos hacer oír nuestra voz en el concierto general de la sociedad y para participar en las decisiones colectivas. De esta forma lucharemos por el pleno derecho de asociación, de reunión, de elección, de huelga, de prensa obrera, etc.

(Impreso clandestino)



2 poemas de Angel González

Madrid, 1966

Ayuntamiento de Madrid

Jardín público con piernas particulares

... y las muchachas andan con las piernas desnudas ;
¿ por qué las utilizan
para andar ?
Mentalmente repaso
oficios convincentes
para ellas —las piernas—
digamos : situaciones
más útiles al hombre
que las mira
despacio,
silbando entre los dientes
una canción recuperada

apenas
—ese oficio no me gusta...—
en el acantilado del olvido.
Si bien se mira, bien se ve que todas
son bellas : las que pasan
llevando hacia otro sitio
cabellos, voces, senos,
ojos, gestos, sonrisas ;
las que permanecen
cruzadas,
dobladitas como ramas bajo el peso
de la belleza cálida, caída
desde el dulce abandono de los cuerpos sentados ;
las esbeltas y largas ;
las tersas y bruñidas ; las cubiertas
de leve vello, tocadas por la gracia
de la luz, color miel, comestibles
y apetitosas como frutas frescas ;
y también —sobre todo— aquellas que demoran
su pesado trayecto hasta el tobillo
en el curvo perfil que delimita
las pueriles, alegres, inocentes,
irreflexivas, blancas pantorrillas.

Pensándolo mejor, duele mirarlas :
tanta gracia dispersa, inaccesible,
abandonada entre la primavera,
abruma el corazón del conmovido
espectador
que siente la humillante quemadura
de la renuncia,

y maldice en voz baja,
y se apoya en la verja del estanque,
y mira al agua,
y ve su propio rostro,
y escupe distraído, mientras sigue
con los ojos los círculos
que trazan en la tensa superficie
su soledad, su miedo, su saliva.

Parque con zoológico

Aquí todo sonríe. (Perdón :
el hipopótamo hembra del zoo pienso y bosteza.)
En esta breve estancia soleada,
defendida
de la prisa, del humo y de los ruidos
por macizos de hortensias,
por muros de aligustre,
por rejas de enramada,
hay como una parodia del humano genuino
en su versión original, antes
de que incurriese en pena de destierro
por indebida apropiación de fruta.
"Prohibido coger flores".

¿No es casi igual
que entonces —tal como nos lo cuentan ?
Y la mano indefensa de la niña
que lleva sin temor pan y ternura
hasta las fauces húmedas del oso
¿no evoca
aquella deseable
promiscuidad,
la hermosa convivencia
de tigres y gacelas, girafas
y leones,
buitres, serpientes, cisnes y alacranes,
conseguida
bajo la penetrante mirada
del más extraño bípedo,
de la más asombrosa
arcilla reflexiva y semoviente ?

También descansa todo,
aquí. Acuden los pañuelos
con frecuencia

a enjugar el sudor que brota de las frentes,
pero esa mancha húmeda
(que asimismo destiñe

las ropas de mujer por las axilas,
dejando allí la sombra y el misterio
de una creciente medialuna amarga)
no surge del esfuerzo
para ganar el pan :

más bien la causan
la reverberación del mes de junio,
su deslumbrante peso,
el cegador desmayo de sus luces
que penden (áureas, verdes y rizadas
por la cálida brisa) de las densas
ramas de los cipreses y los plátanos.

Vegetación y ocio, cachorros
de cocodrilo y de contribuyente :
he ahí la Creación

municipal.

El edilicio ingenio
dispuso esas fragantes bambalinas
y colocó en su centro
al ciudadano empadronado
para júbilo, y gloria, y goce mutuos.
Y así ha vuelto a ser rey —sino arrogante,
al menos comedido y respetuoso—
de lo creado el hombre, los domingos.

A veces,
entre horas,
cualquier día laborable
también regresa y mide,
incógnito y fugaz, con leves pasos
su dominio,
comprueba el orden de todos sus bienes
(bancos, sauces, palomas, fuentes, pétalos,
estatuas, urinarios, mariposas)
deja
su luminoso cetro entre las ramas,
y vuelve hacia su sitio de cosa entre las cosas,
dirigido por rótulos y luces,
acosado por claxons y sirenas,
cerrada la esperanza, el miedo abierto,
y el deseo también, y la nostalgia
de todas las mentiras que creyó cuando niño...

Antonio Ferres

La ejecución

Fragmento de la novela *La torre de Babel*

Ayuntamiento de Madrid

73

Miró las palmas pegajosas de sus manos, que le temblaban. Se asomaba, de vez en cuando, al balcón, tras las persianas verdes, descoloridas, que caían por delante de las barandillas del antepecho. Como hacía buen tiempo veía a los transeúntes que andaban despaciosamente, como si nada importante estuviera pasando. Luis seguía pegado a la radio, intentando sintonizar con alguna emisora extranjera. Estaban colocadas las sillas, formando corro alrededor del cuarto, igual que otras veces. Pero sólo había tres amigos, aparte de Luis y de su mujer. Bebieron durante toda la noche, y la mujer no paraba de servir cafés. « No creo que se atrevan. Hay demasiadas protestas » decía ella, tímidamente, sin fijar la vista en nadie. Miró Fernando otra vez por el balcón, sin encontrar un ser viviente a quién poder contárselo. « Claro, que no se atreverán », decía Luis, detrás. Paseaban de un lado a otro. Fernando sentía algún escalofrío y como miedo a encontrarse solo y perdido en la noche. Lo peor de todo era que aquella apatía de la gente se convirtiera en una forma de ser, o en una disculpa para no actuar, para vegetar en una falsa y cadavérica vida, como fuegos fatuos. Oía las respiraciones cansadas de Luis, de su mujer y de los otros amigos, a los que ni siquiera conocía por sus verdaderos nombres. Al fin terminaron por sentarse todos en el suelo, pegados a la radio, y aplastaban las colillas en las baldosas, sin que dijera nada la mujer. También ella se sentó. Las radios nacionales seguían como si tal cosa; habían cerrado hacía rato sus emisiones. No había noticia ninguna. Volvieron a dejarle a Luis que sintonizara, cuidadosamente, como él sabía. Seguían todos apiñados, sentados en el suelo, con las caras próximas y los oídos tensos. Fernando no se encontraba con fuerzas para hablar. Miraba de cerca a la mujer de Luis, y hubiera deseado tomar sus manos, porque temía que ella se echara a llorar en cualquier momento. Vibraban las caras de todos, los párpados grandes y los labios llenos de nerviosismo. « ¿ Tú sabes francés ? », preguntó ella. « Y Luis también sabe », dijo Fernando. Callaron las noticias y sólo había música en algún país remoto. Estallaron a hablar todos, y hacían mil conjeturas. « No, no pueden », decían. « Es imposible que lo hagan ». Iba apagándose su conciencia. Transcurrían largos ratos de silencio. Cerraba los ojos y escuchaba no sabía si gritos o mugidos de animales o suspiros o llantos. Todos sentados en el suelo, medio dormidos. Era una madrugada cualquiera, y no se notaba nada: si iban o no a matarle. Nada. Sentía frío en la espalda, y dolor en todo el cuerpo. Luis se puso de pie y se estiró, para desentumecer los brazos. « Me cago en diez santos », dijo. Miró —desde el suelo— los tobillos y las largas piernas de Luis. Y lo que más fuertemente sentía era una sensación de vergüenza, más lejos aun que su impotencia; como si, por un momento, hubiera deseado ser él mismo quién estaba en capilla. Y ya no sonaba ninguna radio, por más que buscaban y buscaban una emisora que no estuviera muda. Se habían terminado hacía mucho rato el café y los cigarrillos. Cogió Fernando una colilla de las que había apagadas y la prendió. Las paredes le parecían más blancas y el techo más alto, mirando desde el puñetero suelo. Luis paseaba, de nuevo; hacía gestos nerviosos y se sorbía la nariz. Así durante unos minutos interminables. Fernando necesitaba salir y tocar un árbol o una piedra o simplemente un muro

llo de orines con letrero de prohibido hacer aguas mayores. « Ya no vamos a saber nada hasta mañana », dijo. « Tienes razón », dijo Luis. « Escuchar las radios francesas a las ocho o a las siete. Me llamis ». « Si ha ocurrido te diré que está terminada esa traducción », dijo Luis. Le miró Fernando, no dijo nada al pronto, pero luego murmuró: « Eso disimular que se muere uno a chorros ». « Si, vete. Te llamaremos », dijo la mujer. Estaba él afeitándose, cuando le dijo la criada de la pensión que le llamaban por teléfono. Oyó un llanto de mujer-ronco-por el auricular, y palabras rotas. « Lo hicieron ». « Lo han matado ». Y la voz de Luis, a continuación, la voz de Luis temblando: « Voy a verte enseñada ».

No pasaba tiempo ninguno. Todo estaba quieto, fijo, inmutable. Se encerró Fernando en su cuarto, y miraba las franjas de sol que entraban con partículas de polvo ardiente entre la persiana. Miró a la calle. En el número 2, en la esquina, había una tienda de lotería, y en la pared exterior ponían las listas de los billetes premiados. Dos mujeres leían concienzudamente. En el número 4 había una tapicería; unos hombres se dedicaban a cargar una camioneta. No pasó más que un instante, vacío, ahogado, como si él —Fernando— tuviera un coagulo de sangre en el pecho. En el número 6 había una perfumería o droguería, donde además vendían artículos fotográficos: una estampa con un niño que llevaba en los brazos un cachorro de gato siamés. Cerca, un letrero de dirección única para los automóviles. Y una panadería con un pequeñísimo escaparate en el que solía haber un montón piramidal de bollos cagados de moscas. Fernando se sentía allí, intacto, despacio, viendo la calle igual que otra vez cualquiera. Se sentía allí, formando parte de la calle y de las baldosas con cigarrillos aplastados donde esperó ansiosamente. « Las razones pisoteadas otra vez ». Se sentía, además, débil, mientras no transcurrió ni un instante. Nada. Cubiertos todos de miseria, cuando llegó Luis jadeando. Se quedaron un rato abrazados al pie de la cama deshecha. Se sentaron en el borde de la cama —como en las santas reuniones— con los brazos colgando hasta tocar el suelo. Volvió a asomarse tras las persianas y a mirar las franjas de sol, a la vez que escondía los ojos. El número 1 de la calle era un edificio con el zócalo de granito. En el número 3 había una taberna con la portada pintada de azul celeste y anuncios de cerveza alemana y de coca-cola en sus dos tamaños. Algo se había desgarrado, quizá para siempre, aunque siguieran vendiendo, vendiendo. « ¿ Qué vamos a hacer ahora ? », le preguntó a Luis. El otro se llevó las manos a la cara, y permaneció un instante con los ojos tapados. Pasaban autos, uno tras otro, aunque en una sola dirección como señalaba el cartelito. Y la gente se refugiaba a tiempo en las estrechas aceras. Luego, estaba la calle que seguía hasta la plazuela, y esta calle desembocaba en otra calle, una plaza con una pequeña estatua, y otras cuatro calles, siempre bordeadas de casas, de ventanas o de balcones, cada uno con su barandilla de hierro oxidado, y con algún tiesto sembrado de plantas de hojas polvorientas, y con una camisa disimuladamente tendida para que no la viera el guardia municipal. Persianas verdes sobre el antepecho, con un chiquillo asomado, enpinándose, o con los ojos escondidos de un viejo.

Echaron a correr, entre personas que andaban como si tal cosa. Se abrían paso entre las mujeres que iban a la compra con los capachos colgados del brazo. Notaba Fernando todo el ambiente latiéndole en las sienes, despegándosele de su pensamiento, pesándole, estorbándole los movimientos y la respiración. Iban sorteando a la gente. « Vamos en casa de una maestra que se llama Asunción », dijo Luis. Otra calle, y otra. « ¿ Qué vamos a hacer ? ». « No responderemos, por ahora. Hay que tener valor », dijo Luis. No pasaba el tiempo, y todo le parecía quieto como en un espejo, aunque la gente —producto de la selección natural— seguía mirando los escaparates. Y a él le reventaba la amargura, como pus. Notó Fernando la gran claridad que había sobre el cielo: todo el cielo era una mancha luminosa. Y las acacias parecían crecer en el cemento. Pensó que le habrían matado cuando casi aún era de noche, entre dos luces, y que haría frío. El aire arrastraba unos papeles de periódico, que daban vueltas por el suelo.

— ¿ Dónde es ?

— Ahí, en aquel portal.

Era un portal como miles de ellos. Ni se fijó en el número. (Había oído después, cientos de veces, las canciones de un nuevo disco « Las razones pisoteadas »). Le llegaba el aire caliente —ahora caliente— y lo sentía en la cara, como una desazón. Debía de ser tarde y había andado el sol, pero no notaba sino un gran parón sobre todas las cosas, quietas, inútiles. Estaba a punto de gritar, e iba como un robot el lado de Luis. Le temblaban las manos. Parecía que le hubieran dado cuerda; una cuerda larga, larga, silenciosa como un reloj de arena. Subieron de un tirón todas las escaleras. Y tenían la impresión de llegar tarde, demasiado tarde, ya tarde siempre. Sabía que iba a pasarse años oyendo alguna canción tristísima —o que le oirían los estudiantes de la reunión— y viendo que todo el tiempo era tan inmóvil como el agua de un estanque, y se escapaba entre los dedos si querías hacerlo tuyo; el tiempo de invierno a verano, desde que empezaba tímidamente el curso en la Facultad —o desde que subían por primera vez la cuesta los aspirantes a ayudantes de Ingeniero— hasta que picaba el sol por la Moncloa y ponían los tableros y los altavoces en la Escuela de Ayudantes. Los nervios no le dejaban descanso. De un tirón todas las escaleras, hasta el tercer piso, hasta la puerta A. Se abrazaron en el umbral mismo de la puerta, también Fernando abrazó allí a la maestra, aunque la conoció en aquel preciso momento. Ella tenía una sonrisa, incomprensible, mientras lloraba. « Teníamos noticias a cada rato », dijo, y luego añadió: « Ahora le he dado a Federico una pastilla para dormir ». Entraron los tres en la revuelta cocina, con el fregadero lleno de cacharros sucios. Seguían abrazándose a cada momento. Fernando buscó un punto donde detener la mirada, en medio del revoltijo de la casa. Había un cueceleches blanco, con la espuma quemada y reseca sobre los bordes. Se encontraba quieto, como despierto desde un sueño terrible, desde una palpitación desconocida del mundo.

— No conseguirán nada —decía la mujer— y las personas van moviéndose, poco a poco, como enfermos, y van despertando.

Se acordaba de la cara de Asunción, siempre que, luego, escuchaba él

las canciones que habían surgido tras aquel acontecimiento. Se veía frecuentemente con Luis y con sus amigos. Se sentaba en la incómoda silla y escuchaba lo que hablaban por turno riguroso. Golpeaba, impaciente, con el pie en el suelo de baldosas rojas y blancas, como si esperara algo que tardaba en llegar. Tenía que dirigir la palabra, y sus pies dejaban de moverse nerviosamente en el suelo. Miraba al círculo de hombres, y a Asunción, que iba algunas veces; todos como en las fotografías que había visto hacía tiempo: fotografías de judíos —hombres, mujeres y niños— desnudándose mansamente antes de un fusilamiento; personas agrupadas en rebaño delante de los piquetes de fusilamiento, delante de los sombreros tiroleses, las camisas y los uniformes militares de campaña; personas flacas y desnudas amontonando sus pobres ropas. (También cosas olvidadas y podridas, asuntos olvidados y enterrados, como los miles de telegramas de las papeleras oficiales.) Era muy pequeño cuando veía cruzar por la vía —en el pueblo— los trenes que volvían de la guerra. Mientras su padre debía tener miedo de los cazadores furtivos, que eran milicianos. También —como dijo Maruja en la reunión de los estudiantes— se acordaba un poco de las canciones y de las cantilenas de la guerra. No podía acordarse bien. Ni quería hacer esfuerzo alguno. Pero sí tenía presente la fotografía de los judíos. « Pueden transcurrir largas calmas, pero sabemos donde están las corrientes y volveremos a las corrientes », dijo un día Luis. Prefería aquellas reuniones a las que hacían los estudiantes. Los estudiantes siempre gastaban bromas. A veces imitaba él mismo algún discurso, con voz de falsete: « Esa España chata... » Tenían que olvidarlo todo, y pasaba tiempo, tiempo.

Estebanillo González,

hombre de buen humor

I

El problema de las relaciones existentes entre el relato realista y la historia ha sido sujeto en los últimos años de múltiples, y a menudo estériles, debates. Desde la interpretación clásica y un tanto ingenua de la novela como «reflejo fiel de la vida» hasta la teoría elaborada en los años veinte por los formalistas rusos sobre la ciencia literaria concebida como una sucesión dialéctica de formas que aparecen no «para expresar un contenido nuevo, sino para substituir la antigua forma ya caída en desuso» (Chvlovsky) la crítica actual ha procedido a un necesario reajuste que lleva consigo la liquidación de una serie de esquemas tenidos hasta ahora por infalibles y el examen crítico y semántico de conceptos y términos de contenido extremadamente vago tales que «realismo», «real», «realidad» (Jakobson)¹.

En España, por ejemplo, la crítica al uso, encastillada en su concepción del realismo (pintoresco y local) como «cumbre del arte» ha tendido a considerar la novela picaresca como expresión auténtica de la vida real, trasladando a menudo ideas contemporáneas a escritores que no lo son y tomando abusivamente como material histórico o sociológico lo que no es en puridad sino un procedimiento literario propio de la narrativa europea de los siglos XVI y XVII. Como escribe Marcel Bataillon en sus enojadas anotaciones al *Lazarillo de Tormes*: «Es el Lazarillo a la vez límpido y misterioso. A primera vista, España misma se refleja en la obra. Lázaro, el ciego, el clérigo avaro de Maqueda, el escudero famélico, el buldero, incluso los mismos personajes episódicos nos parecen trasplantados de la realidad al libro. Un examen mejor informado hace resaltar la parte de la literatura.»² Para analizar una obra novelesca cualquiera es preciso separar, en efecto, los elementos tomados de la vida real de la época de aquellos que forman parte de la tradición literaria o el folklore, sin olvidar por otra parte que «cuando la vida penetra en la literatura se convierte ella misma en literatura y debe ser apreciada como tal» (Tynianov). Un género acabado como la picaresca (pese a las varias y laboriosas tentativas contemporáneas de resurrección) nos permite disociar con un margen de error mínimo la realidad del procedimiento y nos muestra a lo

largo de su evolución cómo la primera se transforma paulatinamente en un elemento formal y se convierte a su vez, fatalmente, en simple motivación o pretexto artístico.

El Lazarillo ha sido estimado con alguna razón como imagen de aquella España del siglo XVI, empobrecida por la conquista de América y el abandono de las faenas del campo, vuelta de espaldas al progreso técnico e intelectual a causa de los prejuicios de limpieza de sangre, en donde el trabajo es tenido por deshonra y la holgazanería por virtud. Pero importa no detenerse en esta primera y superficial apariencia y calar, como hace Bataillon, en los diferentes materiales que integran su peculiar estructura. El Lazarillo rompe, es verdad, con la retórica literaria de su tiempo gracias a su expresión sencilla y llana, a su visión cruda de la sociedad, a su virulenta sátira erasmista, pero aún esta ruptura (o «desgarrón», según la expresión feliz de Dámaso Alonso) provocada por la irrupción en la literatura de elementos reales debe ser estudiada en su aspecto de oposición formal al modelo literario, dominante, en este caso el héroe idealizado de los libros de caballería. El personaje de Lázaro no es sólo un reflejo de la fauna parasitaria común en la España del siglo XVI: es, al mismo tiempo, un antihéroe cuya existencia puede explicarse igualmente por el envejecimiento y usura de los procedimientos y motivos del libro de caballería. Al adentrarnos en el mundo del Lazarillo —y en el de toda la corriente de obras que arranca de él— debemos pasar pues por el tamiz los pretextos y trucos narrativos entonces en boga y solamente a partir de esta criba podremos plantearnos con algún rigor el problema de la correspondencia entre las situaciones realistas de la novela picaresca y la vida real española bajo la dinastía de los Austrias. De otro modo, identificando arbitrariamente literatura y sociología, literatura e historia, corremos el riesgo de falsear nuestros análisis y prestar con ello un flaco servicio a una y a otras.

Si tomamos el Lazarillo como punto de partida y referencia del género picaresco —por situarse en él la ruptura o desgarrón originados por la introducción de elementos reales en una estruc-

tura narrativa compuesta exclusivamente de materiales literarios y folklóricos— es posible abarcar desde nuestra cómoda atalaya actual las mutaciones sucesivas de aquél a lo largo de los siglos XVI y XVII hasta su degeneración y definitivo agotamiento en Vélez de Guevara, Francisco Santos y Torres Villarroel. La sorprendente densidad del personaje de Lázaro se diluye en los héroes posteriores de la picaresca y tenemos que esperar al Quijote para hallar, por ejemplo, magnificadas por el genio de Cervantes, relaciones tan intensamente humanas como las del niño y el escudero pobre, tiernas, irónicas, compasivas, germen tal vez de la maravillosa amistad que unirá más tarde el buen Sancho con el caballero de la Triste Figura.

En el Lazarillo la caracterización del héroe como « mozo de muchos amos », su peregrinaje vagabundo para « buscarse los garbanzos » responden a un contexto real de la sociedad española de su tiempo, poblada, como sabemos, de clérigos, mendigos, hidalgos sin fortuna, huérfanos, maleantes. Es el instante privilegiado en que la vida impregna y modifica la estructura general del relato, poniendo de manifiesto, de golpe, el aspecto artificioso y mecánico de los procedimientos literarios antiguos (los de los libros de caballería y de las colecciones de cuentos derivados de Bocacio, etc.). Más tarde, con Alemán, López de Ubeda, Quevedo, Espinal, etc., el motivo del viaje, la búsqueda del empleo, degenera a su vez en procedimiento novelesco, asume un carácter técnico, se formaliza. Y, conforme el motivo picaresco se usa, otros ingredientes del relato abandonan su carácter auxiliar y lo substituyen como elemento principal de la estructura narrativa: progresivamente el héroe se vacía de su primitiva humanidad para ser el hilo conductor que ensarta los diferentes episodios, personajes, paisajes, disgresiones, etc., que componen el cuerpo de la novela. El proceso de degradación del género picaresco atraviesa varias fases que examinaremos aquí —para aquilatar como merece el valor y originalidad del libro de Estebanillo González— aunque sea a vuelapluma: 1) En la novela de Alemán, Guzmán de Alfarache hermana el motivo picaresco procedente del Lazarillo con una serie de consideraciones sociales, reflexiones filosóficas y aforismos típicos de un hombre imbuido en el espíritu apostólico de la Contrarreforma: el relato pierde su anterior donosura y espontaneidad, se apelmaza y engorda; el propósito moralizante de Alemán de ofrecernos una « atalaya de la vida humana » orienta y determina la configuración total del libro. La

vida de Guzmanillo es una novela picaresca aún, pero bastarda, característica de la vida española de la época, solicitada juntamente por la piedad y el ocio, la religiosidad y la bellaquería. 2) En Cervantes (*La ilustre fregona*), Salas Barbadillo (*La hija de la Celestina*), Castillo Solórzano (*La niña de los embustes*, *El bachiller Trapaza*) etc., asistimos a un entronque de la picaresca con la novela corta italianizante, cortesana o de aventuras. Este injerto, más o menos logrado en los ejemplos que acabamos de citar, se reduce, en ocasiones, a una escueta superposición sin soldadura, como lo es la historia de Ozmín y Daraja intercalada en la novela de Alemán (o la deliciosa novelilla de *El curioso impertinente* que Cervantes interpola en el Quijote): pegote o añadido que deja al descubierto, en puros cueros, el andamiaje constructivo de la obra. 3) Con López de Ubeda las andanzas de Justina sirven de pretexto a su autor para lucir un rico caudal de chistes, retruécanos, giros populares, refranes, metáforas, que desempeñan una función determinante y primordial dentro de la estructura del relato. El personaje de Justina y el mundo picaresco que la rodea emergen difícilmente de los meandros del estilo y su caracterización aparece determinada de antemano por el tipo mismo de la convención novelesca. 4) La representación del mundo, el procedimiento artístico de Quevedo se alejan todavía más de la realidad. El universo descrito en el Buscón es caricatural; la abstracción, el barroquismo, la hipóbole representan en la textura del libro el factor dominante. A pesar de su filiación manifiesta respecto del Lazarillo, el Buscón es una construcción puramente literaria: « Un descomunal retruécano que no acaba en la palabra sino que invade el fondo mismo de la acción », según la autorizada opinión de Américo Castro. 5) En Vicente Espinel la sumisión al canon literario dominante, la metamorfosis del mozo de muchos amos en artificio novelesco es a todas luces patente. « Libro de viajes empotrado en picaresca », lo define Valbuena: el procedimiento narrativo permite a Espinel la evocación melancólica del pasado, la anotación oportuna y feliz de sus impresiones sobre lugares y gentes para él conocidos. 6) Con Jerónimo de Alcalá, Vélez de Guevara y Francisco Santos descendemos un nuevo peldaño en el proceso de degeneración: el recurso derivado del Lazarillo se formaliza del todo y subsiste incluso cuando el motivo original desaparece. En sus obras hallamos la técnica de la picaresca, pero no los pícaros. En cuanto a las disgresiones morales y filosóficas de Torres Villarroel se insertan en un género agotado ya: son un híbrido de

ensayo, autobiografía y discurso que, a falta de una forma adecuada en que expresarse, se reviste, bien que mal, con el hábito astroso de la picaresca. Son un material literario que busca su forma sin encontrarla y se acomoda como puede al artificio de un sistema gastado y moribundo (lo que por sí solo bastaría a explicar su fracaso estético).

A lo largo de este proceso de formalización del género los elementos procedentes de la vida real operan aún sobre la estructura general del relato pero su acción, si exceptuamos algunos breves periodos de insurgencia, es cada vez más débil e intermitente. El impacto social y moral de una obra como el *Lazarillo de Tormes* había sido posible en España durante el apogeo de la influencia erasmista pero, a partir del proceso de Carranza y la persecución de los luteranos, la Inquisición obliga a los escritores a aguar la sátira y la picaresca deriva imperceptiblemente hacia el discurso moral; en *El donado hablador*, en *Periquillo el de las gallineras* la motivación apenas es algo más que una amable excusa: la devoción, la fábula piadosa, la apologética ahogan y desvirtúan la crítica de la sociedad y sus instituciones. Únicamente en las obras publicadas fuera de España (nuestros escritores buscaban ya en los siglos XVI y XVII nuevos y más acogedores horizontes) el género mantiene, con mayor o menor fortuna, su mordacidad original: tal es el caso de *La desordenada codicia* de Carlos García (París, 1619), de la ingeniosísima y cínica *Segunda parte del Lazarillo de Tormes* del luterano (?) H. de Luna (París, 1620), de *La vida de don Gregorio Guadaña* del judío segoviano Enríquez Gómez (quemado en efígie por la Inquisición), publicada en Rouen en 1644 e influida visiblemente por Quevedo. Pero sólo en la *Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo* (Amberes, 1646) se produce la ruptura milagrosa provocada por esa inesperada invasión de la realidad, de elementos reales de la vida en la estructura formal del relato que tanto nos admira en el *Lazarillo* y asegura al cabo de los años su vigencia y frescura. Injustamente arrinconado por razones extraliterarias el libro de Estebanillo González es una de las obras menos conocidas de la picaresca, la más desconocida en proporción de sus méritos reales. El renombre de Lázaro, de Guzmanillo, del Buscón la ha relegado desde hace tres siglos al limbo de los segundones, a ser pasto melancólico de eruditos y ratas de biblioteca («verdadera nube de necrófagos indotados» según lapidaria definición de Dámaso Alonso). La proverbial falta

de gusto y sentido crítico de nuestros historiadores literarios —rentistas, en su mayor parte, de los juicios de valor emitidos por alguno de los dioses o semidioses de nuestro destartado Valhalla— se confirma una vez más con el ejemplo del destino póstumo de Estebanillo: los mismos españoles que, por espacio de casi ochenta años, hemos ignorado la existencia de *La Regenta* (tan superior a las restantes obras de su tiempo, y aún a las del nuestro: compárese sino Clarín a su contemporáneo Zola y Baroja a su coetáneo Proust y advertiremos en seguida quién se anticipó genialmente a su época y quién escribió a remolque de la suya), seguimos ignorando hoy, por obra y gracia de las anteojeas voluntarias de nuestra crítica, una novela que en cualquier otro país (no hablemos ya de la celosa y chovinista Francia) hubiera sido levantada, con razón, hasta los cuernos de la luna. Ocupados en trenzar más y más guirnalda en torno de nuestras figuras consagradas y oficiales hemos confinado por decreto a Estebanillo en el adocenado pelotón de los epígonos. Semejante miopía no se explica sino por nuestra pereza y conformismo habituales. Una lectura atenta de la picaresca, de Lázaro a Torres Villarroel, nos convence sin lugar a dudas: Estebanillo representa no sólo la culminación del género desde el punto de vista de su primitivo designio (Guzmán de Alfarache y el Buscón son obras más ambiciosas pero en ellas la estructura no se pliega jamás a la vida); es, asimismo, la mejor novela española escrita en el siglo XVII (si exceptuamos, claro está, el Quijote).

II

Imagine el lector por un momento la autobiografía de un aventurero mercenario de los tiempos modernos, cobarde, fullero, ladrón, perezoso, borracho, que se alista en la Legión Extranjera o los *marines* para cobrar la prima de enganche y deserta inmediatamente después, que a lo largo de las campañas de «pacificación» —Argelia, Katanga o el Vietnam— nos muestra el envés del heroísmo y de la guerra, desvela el mecanismo de rapiña, crueldad y desprecio que anida bajo la noble empresa «civilizadora» y expone con alegre desenvoltura el «código de honor» del perfecto *salaud*, servil ante el poderoso y tiránico frente al débil, al acecho siempre de las migajas que caen de la mesa de los privilegiados, medrando gracias a ellos y obteniendo al fin la inesperada recompensa de una jubilación cómoda en pre-

mio de su amoralidad y su cinismo: los nombres de Genet (*Le journal du voleur*) y de Sachs (*La chasse à courre*) nos vienen inmediatamente a los labios. Esta moral al revés, esta voluntad de rehabilitación de los seres, acciones y sentimientos ordinariamente tenidos por viles existía ya en el siglo XVII y el heroico (sí, heroico) autor de la tentativa era (oh, milagro) nada menos que un español (gallego injertado con romano, posiblemente de ascendencia judía). Substituyamos la Legión Extranjera o los *marines* por el Tercio y África por el Milanesado o Flandes y podremos situar de modo cabal el personaje de Estebanillo, español de los tiempos en que en nuestros dominios no se ponía el sol, que, como tantos coetáneos suyos, va a buscarse la vida en pos de nuestros ejércitos y oficia sucesivamente de barbero, cirujano, paje, criado, pícaro de cocina, mendigo, buhonero, cabrero, peón de albañil, aguador, chulo de mancebía, cantinero militar, ordenanza, bufón, correo, embajador, etc., en países tan diversos como Roma, Sicilia, Nápoles, Grecia, Lombardía, España, Portugal, Francia, Suiza, Tirol, Alemania, Flandes, Austria, Bohemia, Polonia, Lituania, etc., bajo la regalada consigna de « Mi gusto es mi honra », que vive de la mentira y el robo y se vanagloria de ello (« pues poco importa que mi padre se llame hogaza si yo me muerdo de hambre »), que aplastado cien veces por la ley inhumana de la sociedad no se propone un sólo instante corregirla o criticarla (« *Dans ce journal je ne veux pas dissimuler les autres raisons qui me firent voleur, la plus simple étant la nécessité de manger, toutefois dans mon choix n'entrèrent jamais la révolte, l'amertume, la colère ou quelque sentiment pareil* », escribirá más tarde Genet), que no cede nunca al odio o envidia de los poderosos y extrae razones de orgullo de sus bajezas y humillaciones (« *hulmide sabandija* » se autodefine Estebanillo; « *Je fus donc un pou avec la conscience de l'être*, dirá Genet), tal es este hermano y antecedente del héroe del *Journal du voleur* y cantor desenfadado como él del robo, la abyección, la pereza, la cobardía. Convengamos en seguida: en una sociedad tan formalista como la española, en donde la honra y el pundonor son, ante todo, una cuestión de fachada o de « facha », la carga explosiva del libro de Estebanillo González y su devastadora sinceridad resultan demasiado fuertes, aún al cabo de más de tres siglos, para la mayoría de los estómagos. ¿Cómo extrañarse, entonces, de su prolongado y severo ostracismo?

Pero no insistamos en el seductor paralelo ni atribuyamos al criado del duque de Amalfi

—a quien Estebanillo dedicara la obra— ideas y opiniones de un antihéroe de nuestro tiempo. El de Estebanillo es un libro inserto en la problemática del siglo XVII (como el de Genet lo está en la del siglo XX) y su estructura narrativa se supedita, como es natural, al canon literario dominante (modelado, como sabemos, por el Lazarillo). El lector avezado a la lectura de los clásicos españoles topará en él con abundantes manifestaciones de ese formalismo temático tan común no sólo en el género sino en el arte de toda la época (poético, pictórico, musical, etc.). Estebanillo usa a menudo los procedimientos narrativos de sus antecesores y el empleo sistemático de la motivación picaresca aparece a trechos con demasiada transparencia para que podamos considerarlo otra cosa que un simple recurso técnico. Así, la genealogía de Esteban, embebida de reminiscencias del Lazarillo y el Buscón; o el tropiezo « casual » con sus amos (en aquel tiempo se tenía por realista el encuentro inmediato del héroe con el personaje correspondiente a las necesidades de la intriga); o, sobre todo, la utilización de frases y giros estilísticos que formaban parte del arsenal literario del siglo XVII (vgr: « me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas; vendíme por natural de Alcaudete; picaba a todas horas como alguacil y cantaba a todos ratos como alcaudón; tenía aposentos de congregación de ninfas de cantón, salas de busconas, palacios de cortesanas y alcázares de tusionas », etc.). A pesar de ello el elemento autobiográfico irriga siempre la estructura formal y aún en los casos en que hemos citado (y pudiéramos citar otros muchos) el desgarrón provocado por la invasión de la realidad, si no alcanza a desarticular la nervadura del relato (cosa imposible entonces dada la gran lentitud con que se desgastaban las convenciones y procedimientos), cuando menos la impregna, la nutre, la enriquece, la aviva.

Si Estebanillo es un personaje representativo de la fauna española del siglo XVII su sinceridad en cambio es absolutamente excepcional entre nosotros. En sus manos la pluma se convierte en bisturí; enfrentado a su propia vida extrema el rigor crítico hasta sus últimas consecuencias. En las novelas de sus coetáneos el pícaro se excusa de obrar mal, nos encaja aburridos sermones, moraliza. El no: se pinta a sí mismo y se retrata sin conmiseración ni piedad. En vez de disfrazarse y posar como tantos otros (igualmente pecadores que él) no aspira a nuestra indulgencia. Estamos lejos de las disgresiones filosófico-morales de Guzmán o del

relato pudibundo de Alonso, frío como un carámbano. Los españoles, tan duchos en el arte de confesarse de viva voz, en la confidencia y en el chisme, se muestran singularmente tímidos cuando se trata de escribir una autobiografía o redactar unas memorias. Un Rousseau, por ejemplo, sería inconcebible entre nosotros: cuando no callamos (como es regla) mentimos descaradamente (como el pillo de don Manuel Godoy).

Estebanillo desconoce los valores universalmente acatados por la comunidad hispana y nos lo hace saber sin ningún empacho. En un momento en que el poderío español parecía todavía en su apogeo (sordamente minado en la base por una moral antieconómica, reacia al progreso científico y a la cultura técnica) la suerte del Imperio y las consideraciones patrióticas le son totalmente extrañas: «Pues te certifico que con el alemán soy alemán; con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio... y así se me daba tres pitos que bajase el turco, ni un clavo que subiese el persiano, ni que se cayese la torre de Valladolid». El escepticismo ante el futuro de España, perceptible ya desde el desastre de la Invencible no sólo en Alemán y Cervantes sino en el mismísimo Góngora, se manifiesta en él con virulencia y alacridad. Alistado en los ejércitos de Su Majestad Católica, en lucha contra franceses, turcos, holandeses o suecos, Estebanillo se traza como norma de conducta su propio y personal provecho.

«Yo iba a esa guerra tan neutral —escribe— que no me metía en dibujos ni trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga». Frente al hosco machismo carpetovetónico de sus paisanos no le importa pasar por cobarde; antes bien, alardea de ello. Si se avecina algún peligro se escabulle y ya no reaparece sino cuando la alarma ha terminado: «gustando más que dijese: "Aquí huyó" que no "Aquí cayó", me afulé con tal donaire, que parecía el suelto caballo a quien movían tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida y menos aliento; subí al pajar y sepultéme en la paja». Como el pope de *El acorazado Potemkin* o el obispo de *Alejandro Nevsky* aguarda agachado el resultado del combate, asoma la cabeza «como un galápago» de su «santo retiro» y no tiene «ánimo de salir» hasta que cesa el ruido de la refriega y le aseguran «haber dado fin la disputa de las dos armadas». En vano buscaremos la más leve sombra de culpabilidad. Estebanillo se siente muy bien en su pellejo y escribe con desenvoltura: «si yo fuera tan diestro en los alcances

como en las huidas ya estuviera escabechado a puros laureles».

En Dunkerque, frente al turco, en el cerco de Maestricht, se agazapa, deserta, vuela en auxilio del vencedor, alancea al moro muerto, encabeza el pillaje. Pero es en Norlinguen, durante la célebre batalla que opuso el ejército imperial a las armas suecas, donde su asombrosa independencia moral se exhibe con mayor desparpajo. El capítulo consagrado a este encuentro es tal vez el mejor del libro y uno de los momentos cumbres de nuestra novelística: la realidad, los elementos reales se imponen a la estructura del relato con violencia sobrecogedora; la ilusión realista del lector (pues no olvidemos, la realidad del arte es ilusoria) anega el lastre de la tradición literaria y los imperativos de la construcción estética. Un humor corrosivo, feroz (que los pobrecitos escritores de hoy quisiéramos muy bien igualar) confiere a este pasaje una lozanía y frescura indelebiles, una vivacidad tónica. Al chocar los dos ejércitos, Estebanillo se acoquina de tal modo que «pensando que toda Suecia» viene contra él se refugia en un foso bajo el esqueleto de un rocín y, desde aquel escondrijo, nos describe la batalla con el mismo despegue irónico de quien asiste a un match de fútbol entre los equipos de Júpiter y Saturno: «Empezáronse los dos campos a saludar y dar los buenos días con muy calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada». Descubierto por su amo en medio de la refriega («Si Su Majestad aguarda a que yo se la dé [la victoria] —exclama—, negociada tiene su partida»), se oculta de nuevo bajo un carro en cuanto le vuelve la espalda, se cubre todo el cuerpo con forraje «sin dejar afuera otra cosa que la cabeza, a causa de tomar aliento» y presencia así la contraofensiva y triunfo final de sus compatriotas. Envalentonado (se halla a media legua de ambos campos) empieza a gritar entonces como un descosido: «¡Santiago, Santiago! ¡Cierra España! ¡A ellos, a ellos, cierra, cierra!» y después de encomendarse a Dios y hacerse mil cruces, «temblándole los brazos y azogándose las piernas, habiendo bajado a una apacible llanada... hallé —dice— una almadra de atunes suecos, un matadero de novillos arrianos y una carnicería de tajadas calvinas». Estebanillo blande una espada mohosa y con un sombrero por escudo arremete con saña a los muertos, ensarta los cadáveres y hace gran carnicería entre ellos hasta que «llegando a uno de los enemigos a darle media docena de morcillas, juzgando su cuerpo por cadáver como los demás, a la primera que le tiré despi-

dió un ¡ay! tan espantoso, que sólo de oírlo y parecerme que hacía movimiento para quererse levantar para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte a donde se le había envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas, y a carrera abierta no paré hasta que llegué a la parte donde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás, por temer que me viniese siguiendo».

Imposible llevar la irrisión más lejos, y la irreverencia y la burla: las modernas versiones novelescas del espíritu antimilitarista nos parecen desdibujadas y anémicas si las comparamos a la atmósfera de alegre crueldad y abyección airosa que baña la descripción de la batalla de Norlinguen. Sin altura de miras en cuanto al propósito literario ni especial escrupulosidad en achaques de estilo Estebanillo obtiene una estampa maestra de hondura y autenticidad. La visión rastrera del soldado de a pie, del mercenario paniaguado y cínico raramente ha sido expuesta de manera tan clara y tan lúcida: tres siglos más tarde el impacto da todavía en el blanco. Nuestra comprensión del heroísmo bélico y del sacrificio por un ideal (sea cual fuere éste) sería menos cabal y completa si no conociéramos simultáneamente el reverso de la medalla. La historia de un país no se compone sólo de gloriosas acciones y hechos sublimes: la cobardía, la vileza, la abyección forman parte igualmente de ella, son la urdimbre por entre la que pasa la trama elevada y noble para integrar el dibujo aleatorio del tapiz. Al reivindicar la cobardía y la vileza como necesarios ingredientes humanos Estebanillo nos rinde un servicio a todos. Conociéndole a él nos conocemos mejor a nosotros mismos.

Estebanillo busca la soledad moral del paria y, a partir de ella, la libertad omnímoda de quien acepta su condición de ser al margen, en entredicho de la sociedad y de sus leyes. No es, pues, un revolucionario ni se propone siquiera reformar nada: *laissez faire, laissez passer, le monde va de lui-même*. Su sistema de valores cristaliza en función del orden existente y es como una imagen invertida de él. En lugar de correr tras esa respetabilidad precaria que tanto se estila entre nosotros prefiere ser pasto propicio de la crítica bienpensante: la risa, el desprecio nuestro configuran su ser moral y, de rechazo, nos definen a nosotros toda vez que el mal que él encarna anida igualmente en nuestro fuero interno y sólo la hipocresía y consideraciones mundanas nos impiden confesarlo. Así, de acusado, se transforma impercep-

tiblemente en acusador y nuestra moral dudosa se cuarteja y se resquebraja. ¿Quién, limpio de culpa, puede arrojarle la primera piedra? Se necesita una gran fuerza y un gran orgullo para ofrecerse al escarnio público como Estebanillo o a la risa como don Quijote. Sin embargo (¡ah, la tristísima floresta de almas nobles: nuestros candidatos a futuro director de conciencias —el discípulo amado y los otros— aliñados y compuestos, pulcros; estatuas todavía sin pedestal pero ya con el gesto pontifical, torturado y grave de un Unamuno o un Camus, virtuosos, serios, intachables, con su retórica fiambre y su estilo pedestre, gaseoso o anfibio!), ¿qué otra moral concebir sino ésta?

A lo largo del relato Estebanillo nos enseña sin pudor alguno los abismos y suciedades de su alma. Al morir su padre, nos confiesa, su primera idea fue la de apropiarse de su herencia. Hallándose al cuidado de un moribundo en el hospital de Nápoles finge rezar por su salvación y se apodera de una bolsa de monedas que oculta bajo su almohada. Mientras a su alrededor la gente se mueve o dice moverse por razones de honor o de dignidad él no obedece sino al estímulo del dinero y se vende a quien sea por un puñado de reales⁴. Enganchado en el ejército español vive del robo y del estraperlo: «elegí —dice— el [oficio] de cocinero, por cogerles con suavidad los socorros a los soldados y por socorrer con ellos mis necesidades». Durante el trayecto de Nápoles a Rosas, embarcado en la armada del Marqués de Campolátaro, confiesa sin rubor alguno: «Ibales dando [a los soldados] raciones de atún de lo que se iba pudriendo y guardaba lo que estaba bueno... tenía cuidado de regalar al cabo de la guardia y al capitán que venía por cabo de bajel, con que todos callaban y amorraban, y al compás que lo pasaban mal los soldados, triunfábamos nosotros». En la sociedad reina la ley del más fuerte: Estebanillo se inclina y la obedece pero, al mismo tiempo (y aquí finca su lealtad ejemplar), pone al descubierto su mecanismo. Ninguna excusa, ningún lamento: el parásito vive bien a la sombra del cuerpo que parasita. No esperando nada de sus iguales, huérfanos y desamparados como él, «yo, por no dar, aun no dada a ningún criado los buenos días». Al revés, encontrándose en una ocasión a la merced de unos nobles holandeses, «les hice —escribe— mil cortesías... echéme a sus pies... dejándolos los zapatos limpios de polvo y lodo». Vanidoso, exhibicionista, engreído, se viste en España con un extravagante traje polaco «por llevarme tras mí los ojos del vulgo» y al ser recibido en Viena por la emperatriz María «me

endiosé con tanta gravedad y vanagloria —dice— que en lo hinchado y puesto en asas parecía un botijo de serenar». Su lisonja de los Grandes (del rey Felipe IV, de la reina de Polonia, del Cardenal-Infante, de la emperatriz María) no conoce los límites del decoro: los adjetivos pomposos y huecos, los elogios y versos cursis que les dedica tienen todo el aspecto de haber sido espigados en una de esas inefables crónicas mundanas en las que tanto sobresalen publicaciones del tipo de *Hola y Blanco y Negro*. Estebanillo no finge como alguno pudiera creer: su adoración y beatitud son auténticos. Su condición de «sabandija» (aceptada plenamente por él) supone la existencia de tales deidades inaccesibles que fraguan y dan cohesión a su universo moral de paria. Otras veces la violencia abrupta del hecho que relata evoca irresistiblemente el arte de Swift (Estebanillo se conduce a menudo como si hubiera leído a fondo sus admirables *Instrucciones a los criados*): tal es el caso, a mi modo de ver, de su visita cínica a los mercaderes de Rouen y de su burla atroz (comparable sólo en crueldad a la del músico capón en *La niña de los embustes*) del judío de Viena.

Los especialistas en la vida y andanzas de Estebanillo González se plantean el espinoso problema de sus posibles orígenes safardies. La cuestión es desde luego pertinente y su solución nos ayudaría a despejar el enigma histórico de las intenciones ocultas de su autor si es que, como creemos nosotros, efectivamente las hubo. Los episodios de Rouen y de Viena son en apariencia violentamente antisemitas. En la primera de estas dos ciudades Estebanillo mete un puñado de ceniza en una bolsa que aposenta al lado del corazón, se presenta a unos mercaderes hebreos fugitivos de Portugal fingiéndose perseguido y, para dar mayores visos de verdad a la fábula, les muestra la bolsa y asegura que guarda en ella las cenizas de su padre, muerto en la hoguera, por judaizante, por obra de los inquisidores. Los mercaderes portugueses besan las «reliquias» con lágrimas en los ojos y le facilitan un socorro de 25 ducados que Estebanillo gasta alegremente, dice, «comiendo a pasto y a tabla de patrón». En Viena, en ocasión de las fiestas de Carnaval, se conchaba con cuatro hebreos para venderse por un cirujano famoso, perito en extraer muelas y dientes sin dolor y sin sangre. De barrio en barrio los presuntos clientes se someten a una imaginaria operación y se hacen lenguas de sus milagrosos dones a fin de atraer, creen ellos, a los incautos y sacarles los cuartos con ungüentos y engrudos hasta que, bajo los balcones del palacio real,

Estebanillo mete una vez más las tenazas en la boca de uno de los cómplices «y por hacer reír a Sus Majestades a costa del llanto ajeno —dice— tiré con tanta fuerza, que no sólo se la arranqué [la muela], pero muy gran parte de la quijada con ella». Y como en el corro de los que ríen algunos se enternecen del arroyo de sangre que mana de la boca del infeliz. Estebanillo puntualiza: «—Adviertan vuestas mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto— y no por ignorar mi oficio.

«Con esas razones —concluye— volvió a renovar el alegría y a celebrar la acción, y a darles tal felpa a los cuatro zabullones, que a no valerles los pies, llevaran más que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco».

En la novela picaresca las expresiones anti-judías o antimoriscas son vulgares y corrientes, pero en ningún autor, como en Estebanillo, se exponen de modo tan expreso y crudo: se trata, por lo común, de alusiones veladas, a menudo jocosas, de guiños hechos al lector, destinados a adormecerle en su buena conciencia y a solicitar de modo avieso su complicidad. Nada más ajeno, tal ambigüedad, a los propósitos de Estebanillo: sin ningún rebozo hipócrita ni reparo prudente él pone al desnudo el sentimiento general de una época en la que, por fanatismo religioso, la limpieza de sangre constituía, a ojos de la colectividad española, un bien de inestimable valor. El antisemitismo larvado de sus colegas se adaptaba muy bien a la mentalidad hispana, habituada ya por aquel entonces al disfraz, la duplicidad y el disimulo. Al llamar al pan pan y al vino vino Estebanillo escandalizaba. Su brutalidad era el espejo en que se reflejaba el rostro auténtico de sus paisanos (cruel y torvo, horrible, enfermo y lleno de arrugas). Antes que Swift, antes que Larra, aplica la astucia de que nos habla Brecht para revelar la verdad indirectamente y por sorpresa. Maquiavelo no fue «maquiavélico» o lo fue sólo a medias: de otro modo jamás hubiera publicado *El príncipe*. Al desenmascarse y denunciarse tal cual es, Estebanillo desenmascara y denuncia sutilmente la sociedad de su tiempo.

Pero el valor singular del libro no se agota ahí. Las finas dotes de observación del autor nos procuran saladísimas relaciones de los lugares y gentes que visita: el puerto de Palermo, las justas literarias en un poblado aragonés, el Carnaval de Bruselas, etc. Sin aspirar a la dignidad literaria de las descripciones de

Alemán o Espinel su pintura es, al cabo, más sabrosa y más viva. Hecho raro en un español (verdad es que él pasó la mayor parte de su vida fuera): Estebanillo no desprecia los placeres del vino y la buena mesa y, al vaivén de sus peregrinajes y aventuras, nos habla de unas exquisitas « truchas asalmonadas », del maravilloso « sabor de las anguilas », de su « cantimplora llena de clarete y nieve ». En el Delfinado y Borgoña (regiones gastronómicas por excelencia) come a doble carrillo y bebe a todo beber, y conminado a la sobriedad por los médicos, les responde que « más gustaba en morir bebiendo que vivir sin beber ».

Más sorprendente aún: tampoco le teme al sexo como es ley entre sus paisanos. En las otras obras del género los pícaros mienten, traicionan, roban y engañan, pero son castos, como Alonso en *El donado hablador*, o si se proponen dejar de serlo y requieren de amores a una dama, salen de la aventura corridos y apaleados, burlados y cubiertos de mierda (este último y maloliente percalce se repite en varias obras). Creo que la crítica (tan puntillosa siempre que se trata de acumular datos de poco o ningún interés) no ha insistido bastante en las implicaciones de este peculiar complejo de autopunición, tan típico de una sociedad como la española, entregada aun hoy a la morbosa tarea de destruir y negar cuanto sazona y estimula la vida⁶. Un examen atento de nuestra literatura de costumbres del siglo XVII (es la época de los dramas de honor que tanto conmueven a Menéndez Pidal) nos exime de cualquier psicoanálisis. Así, la tramposa y fullera Justina, envuelta por su autor en mil escabrosos lances y episodios turbios, mantiene bien en alto, como un estandarte glorioso, su concepción digamos « teológica » de la doncellez y resume en estos términos, al final del libro, su noche en bodas: « Yo bien sabía mi entereza y que mi virginidad daría de sí señal honrosa, esmaltando con los corrientes rubies la blanca plata de las sábanas nupciales (¡) ». Más realista y sincero que todos ellos Estebanillo frecuenta amas y mozas, mancebas y alcahuetas. Cantinero del ejército busca una criada de campaña que le sirva al mismo tiempo de « dama en el lecho » y en Flandes vive en tumultuoso concubinato con una Dulcinea « de pocos años y muchas astucias ». Cuando, por gustarle una broma y darle un escarmiento, el gran bailío de Bruselas aconseja al Infante-Cardenal que lo castre y haga de él un « caballo del país, manso y nada coceador », Estebanillo, hincado de rodillas y hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, « supliqué... —dice— que tuviese lástima de mi juven-

tud y que no me privase de las prendas más necesarias a ella; que en llegando la vejez, entonces podría ejecutar en mí tan riguroso fallo ». Años más tarde, olvidando que está en España (en Zaragoza nada menos) pellizca a una moza de mesón y al verse cercado de una caterva de familiares decididos a lavar con sangre el ultraje inferido a la bella, rompe a decir a grandes voces: « Oh bien haya dos mil veces Flandes, y dichoso y bienaventurado quien vive en él, pues allí, con la mayor llaneza y sencillez del mundo, se apalpa, se besa y galantea, sin sobresaltos de celos ni temores de semejantes borrascas...! » (Tres siglos después los españoles soñamos aún en algún Flandes cordial y habitable)⁷.

La vida y hechos de Estebanillo González abundan en episodios cómicos de la mejor ley: vgr. el aprendizaje de barbero de Estebanillo, cuando mete « todo el cuerpo de las tijeras en la guadeja del tierno infante para despuntárselas, no acordándome que tenía orejas »; o la representación teatral en honor del arzobispo de Palermo, en la que abandona su papel de rey de León para huir con el traje y venderlo; y en particular la escena de los preparativos de su castración, « con cauterios calientes y estopas frías », hasta la concertada irrupción del paje del Cardenal-Infante que anuncia la venturosa nueva de su gracia. Para encontrar un humor equivalente sería preciso remontarse al Quijote o a la Celestina. Estebanillo, como Cervantes, no desdena la risa cuando se propone trazar el perfil humano de su héroe. No olvidemos que el Quijote es, ante todo, una obra cómica, pese a lo que digan hoy los (y las) cervantistas, y que el enfoque gracioso de su autor constituye un factor esencial de la grandeza y universalidad del libro.

Broche final o guinda de tan venenoso coctel: cuando a la mitad de su vida Estebanillo advierte « con cuanta velocidad pasa la juventud y cuan a la sorda se acerca la muerte », el lector espera en vano de él alguna señal de aflicción o arrepentimiento. Las almas nobles (que son legión) acechan con impaciencia el obligado y providencial castigo (como el que da fin a las andanzas de Elena en *La hija de la Celestina*), y se quedan con las ganas: Estebanillo solicita y obtiene del rey Felipe IV la licencia de abrir una « casa de conversación y juego de naipes en la ciudad de Nápoles » y nosotros (sus deslumbrados lectores de hoy) nos complacemos en imaginarlo en « aquel ameno y deleitoso Yuste », rodeado de fulleros como él, amancebado con alguna damisela y con una cantim-

plora de clarete al alcance de la mano, viejo, muy viejo, feliz, disfrutando la merecida recompensa de un talento y una sinceridad verdaderamente insólitos y ejemplares.

NOTAS

1. *Théorie de la littérature*, textos de los formalistas rusos reunidos, presentados y traducidos por Tzvetan Todorov. Prólogo de Roman Jakobson. París 1966.
2. La misma prevención contra la ingenua ilusión realista respecto de la picaresca se manifiesta entre nosotros en Azorín (*Los valores literarios*) y Damaso Alonso (*Escilla y Caribdis de la literatura española*). Este último se eleva con acierto contra la concepción tan divulgada en el extranjero de la literatura española como de una literatura compuesta exclusivamente de valores realistas, localistas y populares. «No se diga —escribe— que el realismo, el localismo y el popularismo son las notas distintivas del espíritu literario español, digase más bien que eran las direcciones que seguían las aguas en el momento de fraguar el criticismo literario».
3. Resultaría curioso establecer un paralelo entre la novela de López de Ubeda y la narrativa de C.J. Cela posterior a *La colmena*. En uno y otro caso el realismo velazqueño o goyesco español deriva hacia un barroco artístico que diluye y ahoga la trama novelesca en una impetuosa corriente de refranes, juegos verbales y expresiones chistosas más propios del arte improvisador y brillante del hablista que de la economía y sobriedad de estilo del narrador. (Dicho sea esto sin animosidad de ninguna clase y sólo en honor de la ponderación crítica.)
4. En la hora de la conversión masiva de los españoles al utilitarismo de Bentham —único y verdadero credo religioso de las sociedades industriales— el «choricismo» de Estebanillo —yo no busco en este mundo pundones, sino dineros— es, hasta cierto punto, antecedente y precursor: para bien y para mal estamos hoy bien lejos de la negra honra castellana que ironiza Quevedo y de la célebre y campañada frase del Almirante Méndez Núñez.

5. Véase *La pícara Justina* (cap III y IV, libro III); *La hija de la Celestina* (cap III y VIII); *La vida del Buscón* (cap V, libro I y cap IV y VI, libro III), etc. La actitud de Cervantes frente a los moriscos (especialmente en lo que se refiere al Quijote) ha sido objeto de numerosas controversias que no podemos ventilar aquí. Por nuestra parte nos limitaremos a señalar la violenta andanada que les dedica por boca de Berganza: «Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana; todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado [...] de modo que ganando siempre y no gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España» — andanada a la que responde Cipión: «celadores prudentísimos tiene nuestra república, que considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán a tanto daño cierta, presta y segura salida». Conviene observar no obstante que, con su proverbial ironía, Cervantes pone tales despropósitos en boca de dos perros.
6. No olvido, claro está, la magnífica libertad de que dan prueba *La Celestina* y *La lozana andaluza*, obras que pudieron publicarse en un momento en que el Santo Oficio no había asumido aún la responsabilidad de dirigir y modelar totalmente la vida y destino de los españoles. Pero, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, las purgas y persecuciones se suceden ya sin interrupción hasta hoy, en virtud de la misma inercia histórica que en 1492 transfirió el impulso conquistador fraguado en la lucha de siete siglos contra el Islam a todos los ámbitos de la geografía europea y americana. Desde entonces el español vive obsesionado por la existencia de enemigos interiores y no vacila en llevarlos, real o simbólicamente, a la hoguera. La droga política —de derecha o de izquierda— le permitirá destilar en adelante sus complejos y fobias, disfranzándolos —como en 1936— con un engañoso barniz de patriotismo. Como observa con sutileza Gerald Brenan «bajo la apariencia de una personalidad del siglo XIX [y, añadiría yo, del siglo XX] cabe advertir frecuentemente en los españoles modernos la huella de la Contrarreforma».
7. Una noche, en un bar de una capital de provincia, poco tiempo después del cierre de los prostíbulos, recuerdo haber oído decir a un mozo con infinito desmayo: «Aquí no jode ni Dios». Verdad es que el turismo masivo no había empezado aún ni la emigración a Europa Occidental tampoco.

Conversación en México con el profesor Aranguren

RUEDO IBÉRICO.—¿Cuáles son, a su juicio, las diferencias entre las organizaciones políticas en el exilio y las de la oposición en el interior de España?

ARANGUREN.—La pregunta es difícil. Simplificando mucho, yo creo que podría decirse que la oposición en el interior de España es, por una parte más joven, y por otra parte más actual, es decir, que va más a las cuestiones de fondo, a las cosas sustanciales, preocupándose mucho menos de cuestiones de rótulos o etiquetas, de problemas como las formas de gobierno.

RI.—¿Y cuáles son los defectos de acción o de pensamiento que impiden a los que están en el extranjero entender la España actual?

A.—Me parece que no se trata sólo, ni siquiera principalmente, de que sigan pensando como hace treinta años o de que crean que las cosas no han cambiado. Me parece muy importante también el hecho de que la oposición española en el extranjero —y en México particularmente— ha gozado de una situación favorable, de una aureola prestigiosa, y, claro, los factores de una tal situación influyen en la ideología. Hay por lo tanto un cierto desnivel, que se trata siempre de cubrir, entre la situación real en que se vive y la ideología que se profesa.

RI.—¿Podría usted hablarnos sobre la oposición en España y sobre las diferencias, tal como desde allí puedan ser vistas, entre oposición y clandestinidad?

A.—La diferencia entre oposición y clandestinidad es muy clara. Perdonen que ejemplifique conmigo mismo, pero yo soy una persona que está en la oposición sin estar de modo alguno en la clandestinidad. Nunca he escrito nada bajo seudónimo, ni he participado nunca en reuniones de carácter conspiratorio. Eso no me impide estar completamente en la oposición. Yo he llegado a la política por razones más bien morales, de oposición moral a un régimen que considero fundamentalmente injusto desde un punto de vista ético. Por ello tengo que decir que no soy un hombre político, en el sentido técnico de la palabra; lo cual no quiere decir que como hombre que soy —ciudadano, etc.— no tenga mi responsabilidad política, mi conciencia política, y aun sin adscribirme a ningún partido mi posición política. De modo que yo creo que en España se puede hablar de una oposición a la luz del día, lo cual no quiere decir que sea mejor ni peor que la oposición clandestina. Una

comparación valorativa entre oposición y clandestinidad me parece asunto más propio de políticos prácticos, de revolucionarios, y ya les he dicho que yo no soy nada de eso.

RI.—¿Querría usted hacer alguna precisión sobre la diferencia entre oposición real y oposición figurada o regimentada, la oposición desde fuera del régimen y la oposición desde el régimen?

A.—Esta pregunta me parece sumamente importante, porque uno de los peligros de la oposición moderada es el de ser absorbida por el régimen. El régimen, aunque poco a poco porque es muy torpe, va cobrando conciencia de que necesita una oposición y su ideal, claro está, sería la « oposición de su majestad ». El peligro está en que no existe una frontera muy clara entre estos dos tipos de oposición. Hay una serie de gentes que subjetivamente se consideran con toda sinceridad de la oposición y que, sin embargo, corren el peligro de ser integradas en esa oposición que el régimen necesita. Este peligro es mayor, y por lo tanto deben tenerlo más presente todavía, para los hombres de la oposición moderada.

RI.—¿Existen, pues, programas de la oposición? ¿Existen una oposición más moderada y otra más izquierdista?

A.—La verdad es que yo no presto mucha atención a los diferentes programas que exhiben los partidos políticos; suelen ser el fruto de una serie de compromisos y terminan por no responder muy bien a ninguna realidad. Yo veo el problema como una cuestión de actitudes firmes de oposición —recuerden el juicio moral del que les he hablado como fundamento de mi oposición. Porque hay actitudes de oposición que entran en contacto, en conversaciones, que son concesivas, parciales. Actitudes como las de *Pueblo*, *SP*, los círculos Matías Montero, etc. Si a eso se le puede llamar oposición, se sitúa a la derecha del régimen.

Luego hay grupos de católicos, de republicanos, de demócratas, núcleos socialistas, los sindicalistas... en fin, no creo que se trate de una dirección precisa ni coherente. Cualquiera puede ser un interlocutor válido con tal de que acepte el juego de oposición restringida que el régimen necesita.

RI.—Creemos que usted ha afirmado que los jóvenes marxistas constituyen en España un grupo de oposición importante. ¿Considera usted que la influencia del marxismo alcanza al mundo católico también?

A.—Me parece algo completamente evidente. Un hombre de nuestro tiempo, y excúsenme que nuevamente ejemplifique conmigo mismo, puede no ser marxista —yo mismo no lo soy— pero no puede decir que no tiene influen-

cias marxistas. Hay muchísimos católicos que tienen más influencias marxistas que yo. Por otra parte, también puede haber comunistas que comprendan que el comunismo estricto es insuficiente hoy, todo lo cual hace la situación bastante fluida.

RI.—¿Considera usted posible una alianza transitoria o definitiva entre católicos y marxistas? Y en ese caso, ¿sobre qué bases prácticas podría realizarse?

A.—Esa pregunta nos sitúa en un terreno que me es ajeno pues, como ya les he dicho, yo no soy un hombre político. De todos modos, me parece que la experiencia de cada día muestra la posibilidad de alianzas más o menos circunstanciales o coyunturales entre católicos y marxistas. Por otra parte, como ustedes saben, hay diálogos instituidos de forma absolutamente regular entre los unos y los otros.

RI.—Teniendo en cuenta que los comunistas no han renunciado a la dictadura del proletariado, ¿cómo podría existir una colaboración real y fructífera entre católicos y marxistas? Si insistimos sobre este tema, es porque nos interesa su opinión de español e intelectual.

A.—Teóricamente, una dictadura del proletariado podría no oponerse a una libertad religiosa, y por lo tanto a una práctica del catolicismo; lo que pasa es que como español veo tan lejana la perspectiva de instauración de una dictadura del proletariado, que no me planteo seriamente esta cuestión. Yo no creo que de ninguna manera la situación en España esté madura como para que, desde el punto de vista marxista, pueda plantearse la cuestión de la dictadura del proletariado.

En cuanto a las relaciones entre los católicos y un Estado socialista, hoy por hoy no caben más que soluciones pragmáticas. Por ahora, este problema no creo que pueda resolverse de otra manera; tal vez en el futuro, cuando hayan perdido rigidez una y otra posición... Si me permiten ustedes un ejemplo un poco pedante, yo diría que, bajo este punto de vista, la situación actual se parece un poco a los orígenes de la época moderna. En aquellos momentos, se había perdido ya la vigencia de la filosofía escolástica en lo que se refiere, por ejemplo, a la condenación de todo lo sexual, a la condenación de las formas financieras del primer capitalismo mercantil, etc.; pero no había surgido aún filosofía de repuesto. Las soluciones que se aportan entonces son puramente pragmáticas; es lo que en filosofía moral católica se denomina el casuismo: enfrentarse caso por caso con los problemas que se van presentando y tratar así de irlos resolviendo. Yo creo que, en cuanto al problema de las relaciones entre los católicos y los Estados socialistas, la situación actual es muy parecida. Me parece que no caben sino soluciones pragmáticas que, naturalmente, tienen que atender a las situaciones concretas de cada país, de cada caso particular.

RI.—¿Cómo ve usted pues, entonces, el caso particular español?

A.—En España, en la época de la República, no había una opinión católica de izquierda que propugnase, por ejemplo, la separación de la Iglesia y el Estado, que propugnase el más mínimo progresismo. Había sólo algunas personalidades aisladas, pienso por ejemplo en Bergamín y su círculo, Mendizábal, etc., pero que no eran representativas de ninguna corriente socialmente importante. En este sentido, considero que ha habido ciertos progresos, es decir, que hoy hay una opinión católica en España que no sólo acepta, sino que desea la separación de la Iglesia y el Estado, y con sectores francamente progresivos desde el punto de vista político. Claro está que quedan muchos elementos francamente reaccionarios, pero la situación ha cambiado mucho. Por otra parte, la derecha española, como toda la derecha mundial, va haciéndose cada vez más oportunista, es decir, va estando menos convencida de sus puntos de vista que en otros tiempos. Lo que defiende son menos unos ideales que unos intereses, y cada día va siendo más consciente de ello. De ahí que, una vez que cambie el panorama político, sea muy probable que adopte, por oportunismo, unas posiciones menos intransigentes que en el pasado, empujada sobre todo por la existencia de una corriente democrática católica que antes no existía.

RI.—*Un tema de actualidad es la manifestación de sacerdotes reprimida por la policía en Barcelona. En la prensa mejicana —por ejemplo, en un editorial de Siempre— se ha dicho que esa manifestación se apoyaba en una situación de privilegio por la que, al parecer, los sacerdotes trataban de conseguir más ventajas de las que tienen.*

A.—Yo no creo que los sacerdotes catalanes, en cuanto catalanes, gocen de una situación de privilegio; más bien al contrario, ¿no? En cuanto sacerdotes, hasta hace poco todos hemos pensado que, en efecto, eran unos privilegiados; pero ahora que empiezan a apalearlos la cuestión parece más discutible. Lo que sí que pienso es que, en efecto, puede haber una situación coyuntural que permita a los sacerdotes o a los estudiantes mantener una postura de oposición abierta que otras clases peor situadas, como por ejemplo el proletariado, no pueden sostener porque las represalias serían mucho mayores. En este sentido, evidentemente, se puede si se quiere emplear la palabra privilegio. Los sacerdotes saben que, por mucho que los golpeen, siempre los golpearán mucho menos que a un obrero. Como los estudiantes saben que los golpearán más que a un sacerdote y menos que a un obrero. Pero yo no creo que esté mal que cada una de nosotros aproveche las circunstancias que le sean favorables para obrar lo mejor que pueda. Evidentemente, si yo me encontrase en una situación, por una parte de máxima penuria económica, y por otra parte de máxima privación de prestigio académico, es muy probable

que no pudiera hacer lo que hago ; pero gracias a que gozaba de una cierta independencia económica y que sabía que dispondría de ciertas universidades donde podría trabajar, tenía una holgura, una libertad de movimientos que otras personas no tienen. ¿ Es eso un privilegio ? En cierta manera lo es, evidentemente. Pero enfin, es un privilegio en el buen sentido de la palabra. Si se hace mal uso de los privilegios, está mal, pero si se hace un buen uso... Los sacerdotes españoles, en la situación actual, creo que hacen muy bien en usar como algunos lo han hecho de esos privilegios. Que por otra parte no son tan grandes, puesto que ya hemos visto que se les pega como si no fueran sacerdotes.

RI.—*Cree usted entonces en la eficacia de la lucha que actualmente prosiguen ciertos sectores del clero joven ?*

A.—Yo no creo que España sea tan católica como muchos dicen ; pero de todas maneras me parece que el peso de lo católico en nuestro país es importante, y especialmente importante, con todos los condicionamientos que ustedes quieran, con toda la impureza católica, etc., en la clase que, pasivamente o como sea, sostiene al régimen, en la burguesía. Ahora bien, el hecho de que en el seno mismo de la burguesía surjan estos movimientos contradictorios me parece sumamente eficaz. Negarlo sería lo mismo que decir que la oposición universitaria no tiene ningún valor porque, en definitiva, los estudiantes son hijos de la burguesía, es decir, de la clase privilegiada. Yo diría todo lo contrario : justamente por eso, como no vamos a pasar de la noche a la mañana de una situación absolutamente derechista a una absolutamente izquierda, lo que hace falta es debilitar las bases sociales mismas en que se funda el derechismo. Por lo tanto, como esas bases son, por un lado la Iglesia y el clero joven, y por otra los hijos de la burguesía, los estudiantes, yo creo que la división que empieza a manifestarse en ellas es plenamente eficaz. En cierto sentido yo diría que es lo más eficaz de todo.

RI.—*Y haciendo un poco de prospectiva, ¿ cuál cree usted que será la evolución política española ante la coyuntura —próxima si la biología no nos falla— de la muerte de Franco ?*

A.—Yo creo que lo que va a venir es la monarquía. Naturalmente puedo equivocarme, no pretendo conocer el porvenir ; pero creo que vendrá la monarquía, y que aunque las gentes del régimen se esfuerzan en que el monarca sea Juan Carlos, el hijo, en definitiva será el padre quien venga. No solamente lo pienso así, sino que lo deseo, aún cuando yo no sea monárquico, naturalmente. Lo que ocurra después dependerá de muchos factores psicológicos y sociológicos, determinados por las fuerzas sociales en presencia.

RI.—*¿Cree usted que una tal coyuntura dará lugar a una liberalización de la vida española, al menos en comparación con la situación actual?*

A.—Estoy seguro, porque la heterogeneidad de los grupos políticos que sostienen al régimen y que hoy aparecen aglutinados bajo la etiqueta del jefe del Estado, los llevará, al fallecimiento de éste, a oponerse los unos a los otros. Eso, naturalmente debilitará al mismo régimen y hará surgir un pluralismo que obligará a una cierta liberalización. De todos modos, el aparato estatal tiene hoy un poder muy grande y una gran fuerza de inercia. El ejército, la policía, todo eso continuará pesando. Lo que si puede ocurrir, y en ese sentido yo creo en la posibilidad —no violenta, sino pacífica— de un cambio de régimen, es que toda esa fuerza se vaya debilitando, que vayan surgiendo en su seno divisiones internas, y que eso permita el tránsito a muchas otras posibilidades de regímenes políticos.

RI.—*Para terminar, quisiéramos hacerle algunas preguntas más personales, y en primer lugar nos gustaría saber en qué situación se encuentra ustedes, los profesores separados de sus cátedras, ¿cómo piensan hacer para no desconectarse de los problemas españoles y del medio universitario?*

A.—Ese es un problema grave, pues desde el momento en que hemos sido separados de la cátedra nos hemos visto obligados a buscar otro modo de ganarnos la vida. Ya he dicho antes que mi situación no es una situación angustiosa; pero de todos modos tengo muchos hijos, y no tengo más remedio que trabajar y ganar dinero. Entonces el peligro consiste en que uno se entregue a esta tarea de resolver el problema económico, se ausente de España, pierda el contacto con la realidad española y con los estudiantes, el prestigio moral que da ese contacto y esa presencia. A mi juicio el problema consiste en conciliar una cosa con la otra. La manera como yo pienso resolverlo es saliendo mucho de España, pero por periodos breves, y volver siempre a España. No pretendo que esa fórmula sea generalizable. Es posible que las posibilidades de los profesores de ciencias económicas sean menores. De todas maneras esa es una cuestión muy personal.

RI.—*Háblenos de usted, profesor Aranguren, ¿qué sentido y qué importancia se han atribuido a su caso? ¿Cree usted que el camino que le ha llevado a las posiciones intelectuales que defiende hoy es seguido en España por muchos? En fin, ¿quién es usted, profesor Aranguren?*

A.—Pues qué sé yo... No sé... Un español mucho menos importante de lo que me ha considerado el gobierno. Yo creo que es un gran error de óptica del gobierno español el considerar que los intelectuales son tan importantes.

Piensen ustedes en una actitud como la de Johnson, por ejemplo. No parecen preocuparle mucho los intelectuales del país. ¿Que están en contra de la guerra del Vietnam? Bueno, pues tal día hizo un año. Y la guerra del Vietnam prosigue. En cambio, el gobierno español nos toma mucho más en serio, con lo cual, naturalmente, nos hace un gran honor. Pero yo creo que no somos tan importantes. El gobierno nos hace responsables de toda la oposición, y supone que nosotros somos los agentes que hemos movilizado todo el inconformismo de los estudiantes; pero eso no es verdad, eso es sacar las cosas de quicio.

En cuanto a mi caso, no creo que sea un caso raro. Mi evolución, o mi cambio de actitud, responde a la experiencia general de una parte de la sociedad española a la que pertenezco y a la que en algunos momentos, junto con algunas otras personas, puedo representar o personificar. Mi deslizamiento hacia lo que se llama la izquierda se debe pura y simplemente a que escucho, observo, miro para aprender; pero no creo haber sido influido de una manera directa. Tengo otros amigos que han cambiado de posición de una manera muy curiosa: por influencia directa de sus hijos. En mi caso no ha sido así, sino más bien por influencia de la sociedad en general a cuya observación y servicio me he dedicado como profesor y sigo dedicándome como simple miembro de ella.

INAKI GOITIA

de Franco

Cada día hay más casas en España, cada día menos españoles pueden conseguir una vivienda. Se construye, se especula, se compran y se venden terrenos en cadena antes de iniciar cualquier trabajo, se obtienen con cierta facilidad declaraciones municipales de «estado ruinoso» sobre fincas que demoler para construir de nuevo, a nuevos precios.

En Barcelona se ha fallado el caso SAIGA: viviendas. Centenares de delitos de estafa. En Bilbao, un bloque muy céntrico, recién construido, no puede ser habitado; los muebles tienen que ser retirados y las familias que habían comenzado a instalarse salir poco menos que corriendo porque una última revisión del Ministerio de la Vivienda certifica que ese bloque se puede venir abajo de un momento a otro. El asunto ha aparecido tímidamente en los periódicos, pero todos, arquitectos, constructores —distinguidos convecinos— son, naturalmente, honorables; la casa se cae porque se cae, por desgana. No se ha abierto ningún expediente en el Colegio de Arquitectos pese a que los varios que se sucedieron al frente de la obra han trabajado con planos erróneos a la vista del menos experto en descifrarlos. Apenas van por las obras; firman y cobran. Luego, los materiales. Docenas de familias más en la calle. El excalde de Tarragona ha sido encarcelado con el exprimer teniente alcalde y un exconcejal. Motivo: irregularidades en la gestión de adquisición de terrenos.

Apenas hay viviendas a las que una familia media pueda pretender, muchos pisos vacíos en cambio, muchos anuncios de pisos con precios de setecientas mil, ochocientas mil, un millón, millón y medio de pesetas. Construir da dinero, mucho dinero, porque esos pisos se acaban comprando, en la carrera hacia nuestra pequeña «gran sociedad»; tener un solar medianamente céntrico supone sólo saber esperar para hacerse millonario; construir encima de ese solar, otra feliz oportunidad. Quedarse debajo un mal día en que los ladrillos se hartan de aguantar, un riesgo. Que curiosamente no se da en tantas ocasiones como, según los técnicos, debiera darse. Por lo que un arquitecto de Madrid, a la vista de ese fenó-

meno, inicia a sus alumnos: «En España, la primera ley de la construcción es: Las casas tienen horror a caerse».

Un país es como una tela de araña. Es preciso seguir todos sus líneas, los cruces, el tejido que se crea, para poseer los datos precisos a la hora de juzgar.

Cuando la información es insuficiente, o falseada por prejuicios de interpretación, es muy difícil que los cálculos posteriores sean exactos, o con un margen limitado de error. Me parece que, en un momento en que la aparición de nuevos datos es constante, la también constante información de ellos, con una cierta minuciosidad incluso, es fundamental para no levantar los pies del suelo. Porque todo tiene su explicación, pero no su receta. Los pies bien en el suelo es la única fórmula, me parece, para tener la cabeza despejada. La levitación es buena para los santos, la fuerza de gravedad para los demás mortales.

Y un dato importante es siempre el clima. Sirve para conocer el alcance real de las palabras políticas, de un lado. Por otro, para conocer también el alcance de los silencios de la mayoría, de los forcejeos constantes de las fuerzas reales. La «carrera del oro» es el telón de fondo de casi todas las decisiones. Se especula con lo que se tiene o con lo que se puede, y a medida que un cierto triunfo se va alcanzando surge con frecuencia el abandono de cualquier compromiso, intelectual o no, que exija riesgo, dedicación, alguna entrega o un esfuerzo de comprensión. Si el cristianismo supone un cierto fraternalismo, preocupación por el prójimo, atención a la alteridad, pocas sociedades habrá hoy menos cristianas que la de la católica España. El ejemplo es constante. la carrera desenfrenada, y está impuesta a todas las clases sociales que saben que detenerse es perecer por atropello. En ciertas zonas suburbanas, quien consigue comprar un piso, a ese precio que le encadena para años, suele, en general y si le es posible, realquilar habitaciones para ayudarse. Pasados los apuros más urgentes, continúa aprovechando todas las habitaciones posibles para realquilarlas, a hombres solos preferentemente; con lo que la casa

ya
se
par
can
de
tur
imj
doi
inq
dog
fin,
a c
fisi
la
cuz
mu
los
inn
ciu
la
tod
car
chc
ma
hor
y c
doi
Na
pac
est
en
pai

Pra
ver
esj
poi
lar
coi

En
le
de:
pa
ent
un
coi
ma
ca
de:
qu
la
50
mi
exl
en
pro
coi

ya no llena una necesidad, aquella para la que se compró, pues se sigue viviendo hacinado para disponer del mayor espacio libre. Hay camas que las abandona un obrero con turno de día para que las aproveche un obrero con turno de noche. Es normal, la carrera ha sido impuesta, la trampa del plazo —televisor, lavadora, cocina...— paralizante después de muchas inquietudes que pudieran surgir, además de un dogal que obliga a una continuada espera sin fin, que empuja a su vez a ganar más dinero a cualquier precio, de convivencia o de esfuerzo físico. El éxito máximo es tener más, luego la carrera hacia tener más es la lógica de cualquier mentalidad inserta plenamente en su mundo. Desde la más alta cima del Estado a los ejemplos más inmediatos que recibe el inmigrante rural, por ejemplo, que llega a la ciudad y le anonadan antes de que se sume a la avalancha. A todos los niveles, pasando por todos los canales de poder e influencia, la carrera es la misma, aunque con otros provechos. «*El bochornoso espectáculo de las íntimas relaciones económicas que mantienen hombres del gobierno con los grupos económicos y con las empresas más potentes y monopolizadoras*», dice una declaración de la Junta Nacional de Círculos José Antonio. O el arzobispo de Zaragoza vendiendo una iglesia en estado ruinoso, con una bella torre mudéjar en perfecto estado y derribada con la iglesia para edificar viviendas de lujo en los solares.

Practicándolo o no, el ejemplo es ése. Hay que vender y comprar lo que se tenga, hay que especular y sumarse a la carrera del oro, porque arrolla. Por eso circula una frase popular que remeda la bíblica: «Ganarás el pan con el sudor del de enfrente».

En esa sociedad y en ese clima, Rodrigo Royo le escribe a Areilza: «¿No le parece que el desentrenamiento político de este país es patético?» Porque para Royo los países se entrenan y se desentrenan políticamente por un fenómeno tan sorprendente e incontrolado como las alteraciones meteorológicas o las mareas. En alguna época el país estuvo políticamente entrenado y en otra está políticamente desentrenado; pero nadie es responsable, es que es así. Como es así —un azar— que, según la última encuesta pública de Foessa, sólo el 50 % de los españoles conoce el nombre del ministro de Información y Turismo, que se exhibe en todos los documentales y noticiarios, en televisión y en los periódicos, con cualquier pretexto; que sólo el 25 % de los españoles conoce el nombre del ministro de Trabajo y

el 21 % el del Plan de Desarrollo. Esto sucede como podía suceder exactamente lo contrario; para Rodrigo Royo. Y no dice, por sabido, que sucede en un país en el que durante treinta años una minoría gobernante ha tenido todos los recursos informativos en sus manos, todo el aparato de la propaganda y de la educación a su servicio —más una Iglesia coincidiendo en sus formulaciones políticas y respaldando su difusión—; y que al cabo de esos treinta años consigue el balance del desentrenamiento político, de la despolitización y de la casi absoluta falta de información, aunque abrumen a noticias. En un reciente acto público falangista reconocía uno de los oradores: «*el escaso éxito de una acción política entre la juventud y las dificultades desde hace mucho tiempo para ganarse la adscripción de sectores importantes y numerosos*».

Pero así ha sido. Nos hemos desentrenado. Y ahora los grupos de apariencia política se dirigen a una sociedad en descomposición, lanzada al beneficio inmediato y a la insolidaridad como única meta. Se dirigen a un pueblo hasta ahora silencioso, por falta de información y sobre todo de posibilidades de que sus minorías politizadas intervinieran al no poseer medios suficientemente concurrentes, pero al que tratan de interpretar porque ahora ese desentrenamiento les preocupa de cara a su futuro.

Los que hablan, con esa resonancia tan limitada que denuncian fríamente las encuestas, se aprovechan de su ley de prensa. La nueva ley de prensa está pensada para las fuerzas ya en concurrencia en los aledaños del poder, las apariencias del poder o el poder mismo. La nueva ley de prensa e imprenta no está proyectada y articulada para los españoles en general, si bien éstos se oprovechen de ella de alguna manera, sino para los detentadores de la antigua que necesitaban mayor capacidad de expresión, y más holgura, aun el riesgo demostrado ya —y así es como el resto del pueblo español se beneficia de descubrir públicamente la extensión y profundidad de sus contradicciones.

La ley de prensa ha sido para la Iglesia, por ejemplo. Que ha podido marcar ciertas diferencias. No esenciales, en cuanto a la jerarquía, que ha reaccionado contra sus propias publicaciones, pero sí respecto a una parte del pueblo cristiano, clero y laicado. Así, las primeras revistas secuestradas han sido *Signo*, *Madre* y *Maestra*, *Mundo social* y *Serra d'Or*; la ley de prensa ha sido para la derecha monárquica, y

han sido secuestrados *ABC* y *Montejurra*. ¿Significa que sólo la derecha o la Iglesia poseen movilidad política?

Significa que: 1) Sólo la Iglesia y la derecha tienen publicaciones, principalmente. 2) La izquierda del régimen está siendo silenciada *previamente* —destitución del presidente del círculo José Antonio de Madrid, cierre de *Sindicalismo*, clausura del círculo «Marzo», etc.— y que no tiene fuerza material para costearse una voz suficientemente poderosa. 3) Que la izquierda opuesta al régimen no tiene existencia reconocida, está «secuestrada en bloque». 4) Que las publicaciones total o parcialmente controladas por hombres a los que podríamos llamar «progresistas» vagamente, han decidido esperar ya que saben que la ley de prensa no es para ellos, y sí puede ser una trampa que los liquide definitivamente; y porque, un poco por lo dicho antes, los temas que van a poder ser tratados, bordeando además el secuestro, son temas que realmente no interesan demasiado —y los otros van al secuestro de cabeza— o que, como la manifestación de Barcelona, es más lógico, más justo y más conveniente que los reivindiquen publicaciones puramente religiosas. 5) Que algunas revistas de matiz considerado peligroso están anotadas por el ministerio para que en cuando disientan mínimamente, incluso dentro de límites que hubiera autorizado la antigua censura, secuestrarlas, como a *Promos*; intentando el ahogo económico mediante recogidas y multas, para suprimirlas definitivamente. 6) Que en la medida de lo posible es más útil ir desmontando mitos, limpiando el terreno, que empear planteando batallas de imposible victoria; mientras que la prensa de la Iglesia, o la monárquica, no tiene otro camino ya más que la batalla frontal y el cuerpo a cuerpo.

El futuro político inmediato es así el exponente de la incoherencia formal de la España unida por los intereses y el miedo durante treinta años. ¿Cómo si no justificar ahora el violento documento de la Junta Nacional de Círculos José Antonio? Acusan: «Un espectáculo lamentable de luchas dinásticas; un claro intento de imposición de grupos minoritarios; una economía desbordada por la inflación que a duras penas contienen, gastando las reservas en importaciones de productos agrícolas, con grave perjuicio para el campo español; [...] la mezcla, cada día más en aumento, de los hombres de gobierno con los negocios y las especulaciones del mercado español; la omnipotencia creciente de las sectas y los grupos de presión; la des-

moralización en que se encuentra el pueblo español y el abandono, cada día más acusado, de sus deberes políticos...»; documento contra su propia jerarquía, la del Movimiento, y contra todo el aparato representativo y ejecutivo del Estado. Sí, pero, ¿y el silencio de antes, la colaboración, la entrega? ¿Por lealtad a Franco? Cuando la lealtad a un individuo —¿y basada en qué, sobre qué razones, por qué motivos?— se ha sobrepuesto durante más de veinticinco años a la lealtad al resto de los españoles, ¿cómo admitir que ahora traten de recuperar esa segunda lealtad colectiva precisamente en el momento de desaparecer la posibilidad de mantener la lealtad individual, porque aquél hombre ya no cuenta? ¿Fue entonces lealtad o fue un riesgo calculado del que ahora tratan de desembarazarse?

El exministro Pedro González Bueno ha declarado a televisión española: «Por eso yo pido a todos los españoles que no piensen en el futuro, que no intenten dar con soluciones, porque no pueden hacerlo, no tienen elementos de juicio ni están preparados para ello. Deben confiar y no preocuparse. El generalísimo Franco ya lo ha pensado todo para el futuro por nosotros». Y Luis Arranz, jefe político de Falange de un importante distrito de Madrid en acto público del Partido: «Pertenezco a una promoción de falangistas a los que nos ha correspondido representar un ingrato papel en la Historia de España. [...] los falangistas hemos sido la cabeza visible de ese mosaico político que se llama el Movimiento Nacional. Creo en la juventud y, por eso, será bueno saber lo que piensan los jóvenes que tomarán el relevo que, forzosamente, nos ha de llegar y ante el casi seguro rigodón político que tendremos que bailar los españoles dentro de muy pocos años». «Veo la evolución política normal y con optimismo, a la espera de la complementaria ley orgánica anunciada por el Jefe del Estado», ha dicho por su parte Joaquín Bau, presidente del Consejo de Estado. «Analiza a continuación las dos grandes crisis políticas del régimen: el cese del señor Serrano Suñer y el cambio de ministros de 1957, señalando la posibilidad de encontramos en vísperas de una tercera gran crisis, que condicionaría políticamente la sucesión», es el resumen publicado en *Pueblo* de una conferencia de Enrique Villoria, falangista de los del relevo.

«España es una sociedad concurrente a nivel político, económico y social. Es una sociedad plural y creo en los reconocimientos necesarios, excepto en uno: el del partidismo político de

la vieja democracia liberal, que fue origen de tantas convulsiones nacionales». «En el régimen español se han dado siempre, en los hechos, oposiciones varias ante una acción determinada, aunque no cristalizada en bloques concretos. Los proyectos de ley que envía el gobierno a las Cortes son discutidos libremente en el seno de las comisiones, y en su esencia estos diversos pareceres, ante una iniciativa gubernamental, constituyen una oposición efectiva», ha dicho Solís a un redactor de la agencia Europa Press. Estas palabras, por sí solas, ya serían grave incoherencia contrastadas con la realidad, y hasta meramente con el significado gramatical de la palabra oposición; estos monopolizadores del poder ejecutivo quieren también monopolizar la oposición al poder. No se resignan a tenerlo todo —en este caso incluso a tener un hermano, Domingo, haciendo excelentes negocios aceiteros— sino que incluso quieren tenerlo todo honradamente, con su juego legal que les bendiga; poder y oposición. Pero además, el director del periódico de Sindicatos escribía poco antes de estas declaraciones del Delegado Nacional de Sindicatos: «A un pueblo como el nuestro, seguramente habituado estos últimos veinticinco años a quejarse, como todos, pero a vivir sin zozobras políticas, esa formulación sin más explicaciones les asusta; son viejas cosas legítimas que suenan de manera sombría —se refiere Romero a unas declaraciones de Tierno Galván al *New York Times* puntualizadas después en ABC— mientras que el consentimiento popular, la pluralidad política, la elección de los gobernantes por los gobernados, la libertad sindical y el olvido de la guerra civil, son principios que compartimos todos».

En el olvido de la guerra insiste el propio Franco: «No constituyó el triunfo de un bando, sino la victoria de toda una nación». «Las consignas extranjeras de dividirnos, de enfrente españoles con españoles, han sido durante el siglo XIX y parte del XX, esgrimidas por los enemigos de nuestra patria y a las que también se prestaron los sistemas políticos que nos precedieron». Sólo que estas palabras las dice al inaugurar en Tortosa un monumento a la batalla del Ebro, ganada por él y sus soldados según le recordaban y recordaba.

¿Tranquilidad o rigodón para mañana? En un artículo de Ansón, «La Monarquía de todos», se nos ofrecen las más perfectas fórmulas para un tránsito sin riesgos. Para una salida por lo menos, ya que no para una solución, según ha declarado Tierno Galván. ¿Monarquía

entonces? ¿Pero qué Monarquía? «Pocas dudas podíamos tener los españoles, pero desde ayer ya sabemos perfectamente cual es la monarquía que no encontrará abiertas, ni siquiera entornadas, las puertas de España, la monarquía de todos los enemigos. Los ha citado, uno a uno, con sus nombres y apellidos, en un artículo que es casi un responso funeral, uno de los menos discretos propagandistas monárquicos desde las páginas de ABC [...] enrollar bajo la bandera monárquica un exiguo ejército de tullidos políticos, de habituales del disfraz, de aspirantes a validos, es definir claramente la monarquía que no tiene entrada en España». (Arriba, 22-7-66.) «España es más ancha —y el Movimiento, naturalmente, también lo es— que esas imágenes tan tristemente reducidas de la Patria y del Movimiento que nos ha regalado ayer el editorial de Arriba titulado «La Monarquía de todos los enemigos... ¿Hasta dónde extiende Arriba la lista de sus «enemigos»? Qué España tan pequeña, qué Movimiento Nacional más exiguo, si la Paria o el Movimiento se redujeran a los coincidentes con el autor de tan malhadado editorial! Si los enemigos son hoy exministros del gobierno de Franco, jefes provinciales del Movimiento, jefes nacionales de FET de la JONS, rectores de Universidad de la España nacional, premios José Antonio de periodismo, excombatientes casi todos ellos en la zona nacional o excautivos en la roja... ¿quién nos queda? Precisemos: ¿quién les queda a los excluyentes de Arriba?». (ABC, 23-7-66.)

Los carlistas por su parte apenas polemizan, entre otras cosas porque reclaman al régimen —del que ellos mismos forman parte sin haberlo negado nunca— cuarenta y tres periódicos diarios que dicen les fueron incautados, y sin los cuales apenas tienen presencia en las polémicas diarias. Advierten que no aceptan a Don Juan ni a su hijo. Que ni les aceptan ni les aceptarán. Carentes como decía de publicaciones de rango nacional —el diario *El Pensamiento Navarro* es su sostén más firme— amenazan desde sus pequeñas publicaciones, semiclandestinas algún tiempo, o desde las tapias pintarrajeadas con sus slogans. Y pasan a la acción. A una acción de formas múltiples que anuncian las futuras, dicen. En Monserrat han dicho: «Reclamamos los Fueros para Cataluña y una libertad auténtica para todos los españoles». «Preferimos la república a una monarquía representada por Don Juan de Borbón». «No se puede imponer una decisión al pueblo sin consultarle». Si no se conociera el alcance tan particular que estas palabras

han tenido por ejemplo en la Navarra de 1936, sería excitante la aventura de caminar hacia la libertad del brazo del carlismo. « Cuando el pueblo grita libertad, gritemos libertad; cuando grite justicia, gritemos justicia; cuando pida representación auténtica, hagamos lo mismo. Olvidemos todo menos el pueblo ». Simultáneamente han organizado una quema de ejemplares del ABC en la plaza de toros de Pamplona; han cometido un atentado seguro contra la casa del director del diario ABC de Sevilla, incendiándola, y un atentado probable contra el diario del mismo nombre, en Madrid, donde el incendio producido no pudo precisarse que fuera provocado. El gobierno les ha prohibido una concentración en Villareal; en los montes próximos a muchos pueblos navarros los mozos carlistas empiezan a hacer instrucción paramilitar las mañanas de los domingos; y entre docenas de casos más, han presentado una denuncia en un juzgado municipal de Zaragoza contra Juan Carlos de Borbón por ocupación indebida de un palacio —el de la Zarzuela— que pertenece al patrimonio nacional sin que le corresponda ningún título oficial, o mérito privado, que así lo autorice. Y han solicitado oficiosamente conversaciones con el Partido Nacionalista Vasco para ir en coalición a las próximas elecciones municipales, sin que el PNV haya accedido.

Pese a esto, Solís ha dicho: « Todos los españoles, o su inmensa mayoría, desean una continuidad pacífica que, basada en el pasado, garantice el porvenir, y esas leyes anunciadas por Franco establecerán las bases necesarias para conseguir esa continuidad, en la que el Movimiento garantizará la participación del pueblo en las tareas públicas, como él nos ha anunciado en Tortosa. El Movimiento reforzará y perfeccionará su representatividad y el pueblo tendrá en él el necesario instrumento de hermandad, participación y continuidad ». Y en uno de los últimos mítines falangistas de Madrid, en el teatro Alcázar, Pérez Olea, representante de ese nuevo reaparecer de la Falange: « Todos estamos conscientes de que nuestro país se encuentra en un momento de perplejidad que se manifiesta en la resurrección de los fantasmas, todo se vuelve problema y no faltan, naturalmente, los grupos interesados en adormecerle con tóxicos más o menos sabrosos ». « Puede ser ese tóxico, por ejemplo, la verborrea parlamentaria con la que se frustró en 1931 la oportunidad de rehacer un país. O puede ser, como ocurre en 1966, el lenguaje exotérico de una tecnocracia capitalista ».

Perplejos o no, con monarquía o república, con un principio o con otro, con la regencia que ha propuesto Miguel Maura o con el directorio de jóvenes militares que apadrina Nieto Antúñez, algo parece que hay que hacer. « Ha llegado el momento —El Alcazar— de que España se encamine definitivamente hacia un régimen político de normalidad. El pueblo demuestra con su adhesión al Generalísimo que no se arrepiente de los años vividos en un régimen excepcional. La transición hacia la necesaria normalidad es lo que le preocupa, y por eso espera que en vida de Franco, con él como garantía, se inicie la transición. El pueblo no quiere hacer depender el futuro de que surja otro hombre excepcional que pueda dignamente continuar el trabajo realizado. El pueblo prefiere confiar en la vida de unas Instituciones políticas que hagan de España un país similar al resto de los países libres del mundo occidental. Son estas Instituciones las que Franco, contando con el pueblo, debe poner definitivamente en marcha ». « A nuestro pueblo corresponde fijar su propio destino », declara la Junta de Mandos de la Secretaría General del Movimiento. ¿Cómo? A través del propio Movimiento, que ya no es lo que se creía. « No es nuestro Movimiento una entidad artificial impuesta entre la sociedad y el Estado, sino un proceso político de integración y renovación, a través del cual la sociedad, como todo lo popular, se constituye en forma idónea para dar expresión ponderada de su sentir político. Es precisamente el de una organización abierta a todos los españoles con voluntad de servicio, incluyendo tendencias diferentes en su propio ser, capaz de una expresión ordenada de la opinión política general », declara Franco ante trescientos alcaldes barceloneses.

« Y el que no está dentro del Movimiento, ¿qué papel tiene en la vida española? », ha preguntado en La Vanguardia española el periodista Del Arco a José Solís. « El Movimiento está abierto a todos los españoles ». « Insisto, ¿y el que no ha querido entrar? » « Hay una incorporación voluntaria al Movimiento de aquellos que por pasión política desean servirlo en vanguardia. Después, todo español, por prestar un servicio, por ser vecino de un Municipio, tiene la posibilidad de participar, y de hecho participa, a través de un sistema electivo, en la dirección política de la patria, y hemos de procurar continuar el perfeccionamiento de esta representación, para conseguir su más exacta autenticidad y participación ». Todos somos pues el Movimiento. Se ha descubierto el Panmovimiento, todo es

movimiento y los españoles por el mero hecho de serlo nos integramos en él. Aceptado esto, ¿qué necesidad de crear asociaciones, partidos, o sindicatos si ya todos pertenecemos al mismo? Es un hermoso galimatías para ganar tiempo. El movimiento es el pueblo, ese pueblo tan citado ahora, tan comentado, tan respetado incluso, tan elogiado, tan reverenciado. Ese pueblo que es como una especie de Santa Bárbara invocado ante el temor de una tormenta.

A ver si puedo seguir el hilo. España es el pueblo, el pueblo es el Movimiento, por el hecho de nacer se ingresa. El periodista que no cree a sus oídos ha insistido: «¿Por el hecho de estar encuadrado en un Sindicato, o ser vecino de un Municipio, o responsable de una familia, se está forzosamente dentro del Movimiento?» «El Movimiento —contesta definitivamente el ministro— *da oportunidad libre a todo hombre que trabaja, que es vecino o responsable familiar, de intervenir e influir en los destinos y realizaciones de la patria, sin necesidad de agruparse en partidos y sí de intervenir directamente o a través de sus representantes. En este sentido es parte integrante del Movimiento, y no en el de la forzosa afiliación, que no se le exige*». El futuro político es del pueblo. Eso sí que ha quedado claro. ¿Pero qué se quiere decir cuando se dice pueblo? «Tengo por último que declarar mi sorpresa —ha escrito un representante tan calificado del dicho Movimiento como es el marqués de Valdeiglesias— *de que la simple mención de la palabra «vencidos» en mi modesto comentario haya podido herir ninguna susceptibilidad. Partía ya de la suposición de que todos los que estamos dialogando sobre el importante tema de nuestro futuro político lo hacíamos invocando expresa o implícitamente nuestra condición de vencedores*».

Esa cualidad de «vencedor» es sumamente importante todavía. Por el hecho de serlo se han podido adoptar posiciones que en otro caso no hubieran tenido viabilidad. El español es un mundo —desde la oposición que citaba Solís a la ley de prensa— a la medida de los vencedores, y preferentemente para su uso. Quienes partían de serlo podían renunciar a sus privilegios, es decir a participar en el disfrute directo de la victoria, pero no por eso dejaban de ser vencedores, y sobre todo no por eso se transformaban en vencidos. Estos han podido llegar a ser tolerados, en algunos casos excepcionales integrados, pero no han alterado su condición de tales. Las disquisiciones de Solís

sobre la oposición, las declaraciones sucesivas sobre el Movimiento que hoy son constantes, continuas y machaconas, todas las palabras dan fe de que esa situación sigue siendo, tras de cualquier apariencia, muy próxima a la de 1939. Las alteraciones a esa ley inmutable se deben únicamente a la biología, a pertenecer a generaciones a las que difícilmente se puede aplicar el calificativo de vencidas, aunque se las trate como a tales en cuanto acepten determinados compromisos o pertenezcan a determinada clase. Es decir, se han admitido sumisiones, no integración; vencidos silenciosos o marginados, no ciudadanos en igualdad de derechos a partir de sus propias ideas que no hayan tenido que enmascarar para ser tolerados. La falta de una amnistía en 30 años lo demuestra también. El que mientras en Italia por ejemplo, los fascistas no sólo existan sino que tengan acceso al parlamento, en España los izquierdismos más tenues, o un cristianismo social de pocas pretensiones revolucionarias, tienen que proceder de vencedores de 1939 que han rehecho su óptica para no ser perseguidos, aunque no se reconozca su existencia, es un argumento más sobre los otros muchos.

No es, ni mucho menos, un reproche a la diferencia de trato que reciben quienes se diferencian del régimen teniendo la blanca piel de vencedores de quienes se diferencian teniendo la negra de los vencidos, o asumiéndola por equivalencias. Se trata de constatar un hecho que naturalmente tiene excepciones. Y si esto es apreciable a nivel político, a nivel social y económico es absolutamente comprobable. «El sindicalismo oficial ha considerado a los obreros como vencidos en la guerra sin ninguna especie de derechos, solamente capaces de contribuir a crear y a consolidar un orden que ha permitido al capitalismo la más grande explotación del trabajador», ha dicho en su último boletín la Comisión Nacional de las HOAC. Que pueden decirlo públicamente porque, al margen de lo que sea cada individuo que las integra y de que como obreros todos son vencidos, les blanquea su mestizaje con la Iglesia, vencedora de pleno derecho.

Porque la Iglesia española ha sido y sigue siendo vencedora. Ha estado y sigue estando en la Victoria. No la Iglesia en cuanto comunidad de laicado, clero y jerarquía, que si bien es la verdadera Iglesia espiritualmente considerada no lo es a la hora de las decisiones, como demuestra el último documento de la Comisión permanente del Episcopado español. La Iglesia de las decisiones está donde estaba con respec-

to al régimen. Y sus llamadas a la atemporalidad de las asociaciones laicas no es más que replegarse a una trinchera ante el asalto al régimen del pueblo cristiano, o de parte por lo menos. Ese el error que se comete a observación superficial. La Iglesia no ha cambiado más que donde no ha tenido más remedio que alterar sus posiciones temporales. Lo que sucede es que en su correlación con el régimen parece observarse una variación suya donde no hay más que una variación del régimen a la que la Iglesia se ha reajustado. La Iglesia española más tradicional intenta autosucederse como lo intenta del régimen, y con el mismo gasto mínimo.

Otra cuestión es que pueda. Que resista el impulso que hierve bajo su tapadera férrea. Las conclusiones de las Jornadas Nacionales de Acción Católica rechazadas, la suspensión de sus reuniones, la pasividad y aceptación de los Obispos ante los secuestros de publicaciones religiosas sin presentar ningún recurso, renunciando al derecho a la defensa; la explícita aprobación de las estructuras del régimen, de su labor social y política, en ese documento de la Comisión Episcopal; la aprobación declaradamente temporalista a favor personalmente de Franco —Monseñor Moll en Tortosa, Del Pino en Lérida, etc.— y generalizando después a todo lo que ha representado su régimen; es sólo una parte de la demostración que puede hacerse fácilmente, y con sólo documentos episcopales en la mano, de su lealtad a la victoria, de su pertenencia a ella.

No ha dicho, en cambio, una palabra clara y firme de condena contra lo publicado en las fechas de la llamada « manifestación de los curas » en Barcelona. Y eran artículos como el denunciado en *Signo* por el sacerdote Víctor Manuel Arbeloa: « *No puedo terminar sin decir al señor Del Alamo nuestra protesta rotunda por su repugnante artículo. [en la Hoja del lunes de Madrid.] El señor Lucio del Alamo ha superado el lenguaje truculento de un periódico de Madrid y las botaratas de los otros. El artículo de tema religioso más bajo, con menos ideas y con más baba que a mí me ha tocado leer.* ».

La jerarquía no salió al paso de esos artículos contra el clero catalán, en cambio prohibió la difusión del número de mayo-junio de la revista de los estudiantes jesuitas de Teología, *Abside*, por un artículo en que con el título de « La Iglesia, sacramento de unidad » se decía, con una cierta ironía: « *Porque pasan cosas. Pasan*

muchísimas cosas en la Iglesia de España, y para enterarse sólo es necesario tener los ojos abiertos. Pasan muchas cosas en las sacristías, donde, según anotaba Tele-Express hace unos días, se discute apasionadamente si se ha de comulgar de pie o de rodillas, sobre si los curas han de llevar sotana o no [...]. Cosas todas muy importantes. Pasan muchas cosas en las revistas, donde unos citan a la altura de los Santos Padres a los mismos autores a quienes otros califican expresamente de herejes redomados. Pasan muchas cosas insólitas en los confesionarios, puesto que ante una misma acción, en un confesionario se afirma que es grave pecado y en el siguiente se da lo hecho por razonable y agradable a Dios. [...]. Pasan por lo visto muchas cosas en el plano de la estructuración misma de la Iglesia española, pues mientras toda la jerarquía mantiene un frente común en doctrina, modo de vida, relaciones con los poderes públicos y concepciones pastorales, un notable contingente de clero y pueblo se permiten el derecho y aun alegan ser su deber, de criticar —frecuentemente con extrema dureza— esa postura, doctrina, criterios, cuando en teoría debería limitarse a recibir instrucciones que regulasen su modo de proceder. Aquí no pasa nada, según muchos, y España sigue siendo el faro de la cristiandad. Pero las células más vivas, los órganos más activos, los más sanos tejidos del cuerpo de la Iglesia española sienten profunda inquietud que unos traducen como decepción, otros por celo, otros por rebeldía, otros por desconcierto. ¿Será exagerado afirmar que la hora actual de la Iglesia española es no sólo crucial sino crítica, grave e incluso peligrosa, y que no son buenos los síntomas que se advierten aun sin escuchar muy a fondo? ».

Clericalismo y anticlericalismo, monarquía o república, legitimidad de origen y de ejercicio; hemos desenterrado viejos temas centenarios para la actualidad de 1966. Se discute el clergyman, la minifalda, el historial de los Borbones en litigio. ¿Qué tiene que ver todo esto, aparte la minifalda, con la realidad? Tiene que ver puesto que está ahí, planteado y, más o menos artificialmente vivificado, encima de la mesa. Son las cláusulas del testamento de Franco. Treinta años dejándolo todo para mañana suele provocar malos mañanas. Complicados por lo menos. Si Franco fuese el absoluto dueño de nuestros destinos que incluso él llegó de creerse, su testamento de confusión e irresponsabilidad nacionales conduciría a la disputa ensangrentada de su herencia. Pero los que construyen casas con viviendas inasequibles

para quienes tienen que vivir en ellas —y es sólo un ejemplo— no se preocupan demasiado. Forman parte, ellos y sus métodos, del testamento de Franco; nos los deja a la mayoría de los españoles como fondos residuales de los verdaderos hombres de verdaderos negocios que no hacen testamento jamás porque se suceden en una continuidad de poder que ninguna muerte quiebra. Y uno de los negocios, y no de los peores porque facilita los mejores, es la política, la posesión política del presente y la seguridad de un futuro con desgaste limitado. ¿Qué importa así monarquía o república, la sangre pura de un Borbón-Borbón o la impura de un Borbón-Otra Cosa o viceversa?

Importan otras condiciones y otras circunstancias, más profundas y más reales. Sólo que una hábil excitación artificial de nuestras glándulas políticas nos está tratando de obsesionar con la sucesión, y con un mañana que no es, a trazos de historia, más que un mañana por la mañana.

No importa el debate, la polémica sin salida ni sentido. Importa lo que hay debajo y alrededor, porque eso dará su forma final al todo. Importan los problemas reales, de después, de antes, que son los que, en esta barahunda de conceptos sobre formas y futuros ideales, no se citan para nada. Los hombres que hablan discuten de Movimiento, de sucesión, de monarquía, hasta de oposición con sus nombres y apellidos —Ansón, secretario de Información de esa especie de « contragobierno » monárquico decía en su artículo: los socialistas de Tierno, los republicanos de Prados Arrarte, los socialistas de Carvajal, los demócratacristianos de éste y los sindicalistas de aquél—; y los españoles que no hablan, o se desentienden o se preocupan cada día más intensamente por lo que verdaderamente les importa.

Importa la Universidad; en detalle, la Universidad de Barcelona donde al terminar el curso han dimitido los catedráticos Martín de Riquer y Rafael de Entrena, vicerrector y secretario respectivamente, y donde sesenta y ocho profesores auxiliares o adjuntos han sido expedientados, donde el jesuita P. Alvarez Bolado, teólogo y profesor, fue objeto de agresión y violencias policíacas; en general, la nueva situación de la Universidad, con las concesiones oficiales a las Asociaciones Profesionales de Estudiantes, que sin constituir un sindicato democrático libre e independiente pueden suponer razones suficientes como para detener la

marea de exigencias de una universidad todavía mayoritariamente falta de conciencia clara del objetivo global y definitivo de su lucha. La alternativa es de politización inmediata, brutal, caso poco probable, o detención de las reivindicaciones universitarias hasta tanto se remonte ese desnivel recién creado entre la lucha por una universidad con función real en la sociedad modificada y las inmediatas concesiones de pequeñas exigencias también reivindicadas.

Importante es la inquietud de los trabajadores, con paros y manifestaciones. La detención de cuatro miembros de las Comisiones Obreras de Madrid, cargos sindicales por elección a los que la propia organización sindical trata de expulsar de sus puestos mediante expediente por haber defendido al sindicato en realidad, en tanto que defendían las reivindicaciones de los obreros en él encuadrados; lo que da nuevamente un feo rostro al tan laboriosamente maquillado sindicalismo oficial. Para estos problemas reales, apenas unas líneas entre las cataratas de papel impreso dedicadas al zafarrancho de la sucesión coronada o no. Unas líneas de un paro, de la restricción crediticia creando una situación difícil; pero ninguna información, porque la información es algo que está entre la mera noticia de un hecho no situado en su legítimo contexto y el análisis en una revista especializada.

Importante es la lucha sindical. Y la irresponsabilidad. « Los cargos de esta casa —ha dicho Solís al dar posesión a nuevos presidentes nacionales de sindicatos— han de nacer en su totalidad de abajo arriba. Hemos de lograr un sindicato más representativo y más auténtico cara al futuro »; pero sin que jamás se haya publicado una sola nota aclaratoria explicando que el sindicato, la Casa, era menos representativo y menos auténtico. Al contrario, más de un español ha sido procesado por decir lo mismo que Solís ahora.

Importante es la lucha en el interior de las empresas. Como la llevada a cabo en Firestone-Hispania de Basauri (Bilbao) en una larga huelga recién terminada, llevada con enorme firmeza y madurez. Entonces las palabras oficiales, las noticias escuetas sin tiempo específico ni lugar concreto en la vida nacional, son sólo un lenguaje paralelo al de la clase obrera, que habla de su presente real necesariamente a través de hojas policopiadas repartidas con su riesgo y por su cuenta:

« TRABAJADORES DE FIRESTONE-HISPANIA SA. PETICIONES Y NORMAS A SEGUIR :

Nadie empezará a trabajar mientras la Empresa no acceda a las siguientes reivindicaciones: a) Rotura de la prórroga del Convenio firmado por el Jurado de Empresa y entrega de una copia a los Enlaces Sindicales. b) El abono en el plazo máximo de 30 días de los seis meses de beneficios que al parecer se adeudan a los trabajadores. (Nota: Más adelante reclamaremos a la empresa los réditos que este dinero ha estado produciendo en el Banco.) c) El incremento salarial del 6 % de carestía de vida a partir del 1º de enero de 1966. d) la empresa nos abonará los días que estamos en paro, ya que ella es culpable de este conflicto laboral.

NORMAS A SEGUIR

1. En ningún caso se tendrá en cuenta la mediación de otras personas para arreglar el conflicto.
2. Solamente serán nuestros representantes los Enlaces Sindicales y los que componen la Comisión Obrera, quienes tendrán obligación de hacer saber a los trabajadores públicamente y por escrito los acuerdos que se tomen con la empresa.
3. El relevo de la mañana se presentará al trabajo y no comenzará a trabajar hasta que los Enlaces y la Comisión Obrera lo ordene.
4. Los hombres mayores de 55 años y aquellos que no hayan cumplido los tres meses de prueba continuaran trabajando.
5. Si echan de la fábrica a un obrero, inmediatamente todos saldrán de la fábrica y se dirigirán al Sindicato de Basauri.
6. Los Enlaces Sindicales, la Comisión Obrera y todos los trabajadores que estén fuera de la factoría estarán a las 10 de la mañana en el Sindicato de Basauri y por la tarde a partir de las 5 en adelante. A las 7,30 de la tarde tendremos asamblea general en dicho sindicato.
7. Una sola persona que sea sancionada o despedida será motivo de seguir con la huelga.
8. Pediremos al Sindicato que nos de el subsidio de paro.

9. Atención: Si envían cartas de despido no hacer caso de ellas pues nadie quedará despedido, ya que continuaremos con la huelga mientras esto ocurra.

Todos los días mientras dure el paro estaremos en las horas anunciadas en el Sindicato de Basauri.

SI AHORA NO NOS UNIMOS, EL DIA DE MAÑANA SEREMOS ESCLAVOS.

Importante es la agitación continuada. En Asturias, en Vizcaya, en Cataluña, en Madrid. Que los campesinos de Lugo se niegan a vender leche a las empresas transformadoras por no resultarles rentable; que los de Asturias han declarado, y de momento ganado, lo que ya se llama « la guerra de la leche », aunque todavía no se ve en qué beneficiará esa victoria a los consumidores. Que el ayuntamiento de Madrid debe a sus empleados unos quince millones de pesetas por atrasos que llevan más de dos años esperando, deuda fundamentalmente soportada por los empleados más modestos, pues los atrasos son por horas extraordinarias, concepto que no figura en los grandes sueldos del personal no escalafonable. Importante es que según el catedrático de Política Económica de la Universidad de Madrid, Emilio Figueroa: « Tenemos inflación de costes, inflación de demanda e inflación estructural ». Que la importante empresa « AEG » de construcción eléctrica desmienta que haya presentado expediente de crisis, pero reconozca que su presentación se está estudiando. Que once mil hombres tienen que cesar en la RENFE y muchos millares también en las minas asturianas, sin que hasta ahora se haya pensado en una política de reintegración laboral coherente. Como es importante la crisis del seguro de enfermedad y el agudo problema de los médicos. O la protesta de El Alcázar: « Lógico hubiera sido que el Estado se hubiera sometido a la misma disciplina impuesta por él al sector privado. Pero el Estado, a sólo cuatro meses fecha de haberse aprobado en los Cortes los presupuestos generales del Estado, había propuesto y conseguido que esas mismas Cortes aprobaran créditos extraordinarios por valor de varios miles de millones de pesetas. Y, además, en los cinco primeros meses de 1966 ha aumentado sus gastos, respecto al mismo período del año anterior, nada menos que en un 20 por ciento ». Son datos de distinta valoración. Pueden serlo incluso de valoración contradictoria, pero son datos.

Importante son los problemas de las nacionalidades peninsulares.

Importante es la situación del campo español.

Importante es el costoso y dramático problema de la inseguridad en el trabajo. En 1965 hubo 1 300 000 accidentes laborales con un aumento de 100 000 sobre 1964 y con un cuadro tan aterrador como: 6 504 casos constitutivos de incapacidad permanente o muerte; 10 800 de lesiones, mutilaciones y deformaciones; 1112 696 casos constitutivos de incapacidad temporal; 2183 casos de enfermedades profesionales. Accidentes por el mal estado del utillaje, por el cansancio de los obreros tras diez horas de jornada muchos de ellos, larguísimo desplazamientos, viviendas sin condiciones, y un largo etcétera que hace más doloroso, por gratuito en un 50 %, esa tremenda cifra de un obrero de cada diez accidentado al año.

Es importante devolver su seriedad de referencia a las estadísticas, mediante una información responsabilizada. El presidente de SNIACE ha demostrado, número sobre número, en su última junta general de accionistas, que España tiene el papel prensa más barato del mundo. El grupo de diarios del Sindicato Nacional del Papel le ha replicado, su número sobre su número, que el precio del papel prensa en España es el segundo —creo que después de Israel— más caro del mundo.

Y el salario mínimo —a cuya elevación nadie se opone dicen públicamente todos los responsables, pero no se eleva—, los convenios colectivos, la defensa de los intereses. La batalla se traslada siempre, insensiblemente para muchos polemistas de las formas, a ese campo en el que las disquisiciones políticas se desdibujan. Interesa, e interesa cada día más, lo más inmediato. Excesivamente quizá, aunque sea importante y un camino para aceptar progresivos compromisos, pero es que —¿quién puede tener la culpa, quién la tiene de las auroras boreales?— el país está políticamente desentrenado.

España cambia. Y cambia cada día. No advertirlo es también una suerte de inmovilismo similar al que se pretende combatir.

Mientras, los que escriben y hablan libremente, la parte más exigua del iceberg, la visible sobre el agua del régimen, se esfuerza en adivinar si figura con alguna manda en el testamento de Franco. *« Mi compromiso político termina con*

Franco. Desaparecido el Caudillo quien quiera tenerme tras de sí habrá de ganarme primero », ha advertido Castro Villacañas en un acto de afirmación falangista. Pero el testamento político de Franco es él mismo. Terminado él, terminado todo para él. Le imagino escribiendo algo así como que deja a los españoles que cada uno se las arregle como pueda. Y después santiguarse, besándose el dedo gordo al terminar como las beatas de Puente deume o Iria Flavia, sus paisanas. Quedan carreteras, fábricas, pantanos, turistas y otras cosas —más o menos de lo que de todas formas quedaría, pero queda— y quedan también treinta millones de españoles pensando en arreglárselas cada uno como pueda. Al menos es su último deseo, manifestado por el enorme desconcierto planteado, por la incoherencia general, por la falta de responsabilidad. Con su último aliento se acabó lo que se daba, que diría un castizo. Queda el desorden, la improvisación, la anarquía ideológica, las disputas por una sucesión al menos inmediatamente rentable, la inmoralidad pública, el todopoder del dinero, el escepticismo popular hacia muchas cosas —la prensa por ejemplo—, media docena de príncipes en la cucaña y la palabra pueblo desgastada por el uso. Y una clase obrera que se ha ido remontando lentamente, que se responsabiliza perceptiblemente, que no se interesa por muchas cosas porque ha sido violentamente desentrenada para la política, violentamente despolitizada, pero que se repone y que lo que precisa es conocer su camino, el más útil, con la mayor seguridad posible.

No hay más en el testamento. No puede haberlo porque lo demás no es suyo. Y si a él no se lo han dicho públicamente, a los que aspiran a su sucesión inmediata se lo empiezan a recordar en voz alta y de formas muy variadas. Con motivo del reciente pleito feudal de Sástago, los campesinos desposeídos se dirigieron al gobierno, y a Solís particularmente, que prometió hacer algo. Cuando el conde de Sástago —propietario de casi todo el pueblo de Sástago— tomó una decisión, su administrador hizo unas declaraciones que se permitió terminar haciendo él algunas preguntas, y esas preguntas eran *« sobre la autoridad que pudiera tener el gobierno y el señor Solís en este asunto »*. El aviso era bien claro. El señor Solís no rechistó. Y el asunto era meramente de prestigio para el terrateniente. Pero la tierra, la industria, la banca, el poder, y la resistencia a ese poder por tanto, no son cosas sobre las que pueda testar Franco.

“El saqueo del tercer mundo”

de Pierre Jalée

Una clase práctica sobre el imperialismo

« La competencia con el socialismo tendrá que resolverse por último en el Tercer Mundo. Los grupos capitalistas dirigentes apoyan actualmente la planificación económica e incluso ciertas medidas socialistas en los países en vías de desarrollo, para mantener su influencia política y económica. La ayuda económica y la influencia política de los países socialistas en el Tercer Mundo obligan a los grandes grupos capitalistas y a los gobiernos a modificar hasta cierto punto su política de inversiones. Actualmente ya no puede considerarse a los países del Tercer Mundo como meros objetos de explotación económica, como reserva de materias primas y productos agrícolas. No pueden evitar contribuir a su desarrollo, especialmente a través de la industrialización. » O. Lange, *La economía en las sociedades modernas*.

« En resumen en un periodo de plena descolonización política, la división internacional del trabajo, que es el objetivo y la consecuencia del imperialismo, lejos de atenuarse, se acentúa objetivamente. Para unos la producción de materias primas y de productos básicos exportados brutos y semibrutos y niveles de vida inhumanos que resultan de ello; para otros las fábricas, la industrialización acelerada y elevados niveles de vida ». Pierre Jalée, *El saqueo del tercer mundo*.

El rebatir las tesis que O. Lange sostiene en los párrafos de la cita que sirve de introducción a estas notas, no parece tarea demasiado difícil, porque en definitiva lo que el gran economista polaco quiere explicarnos es la vieja teoría imperialista de la armonía de intereses entre los países imperialistas y los países subdesarrollados. Claro que Lange utiliza aquí un procedimiento más sibilino: ya no puede considerarse a los países del tercer mundo como meros objetos de explotación económica y todo ello, dice, debido a la competencia con el socialismo, luego, en realidad —añadimos nosotros— no existen contradicciones insalvables entre el capitalismo y el desarrollo en los países del tercer mundo, todo lo más que existía —y ya ha desaparecido por la sola presencia del socialismo— era una postura moral que hacía que el imperialismo se comportase mal en sus tratos con el tercer mundo, pero eso era antes, ahora ya no pueden evitar contribuir a su desarrollo, especialmente —añade Lange— a través de la industrialización.

Bello y tranquilizador panorama el que nos presenta Oskar Lange; sólo tiene un pequeño defecto: el de ser completamente falso.

Se hace difícil el creer que Lange, con su capacidad extraordinaria para el análisis econó-

mico, pueda comulgar con tales ideas. El capitalismo se mueve, pero no tanto como para superar sus contradicciones. Y una de las más claras actualmente es la existencia del subdesarrollo que impera en la mayor parte del globo. No seamos tan ingenuos de creernos lo de « Tercer Mundo » —palabra que nos vemos abocados a utilizar a pesar de estar preñada de ideología, de ideología capitalista precisamente—; no se trata de un tercer mundo que decide en la discordia entre dos mundos. Se trata de la discordia misma, de la verdadera cara del capitalismo. Es posible que ciertos políticos de los países socialistas hayan creído en un determinado momento que había una vía tranquila al socialismo para los países subdesarrollados que se proclamaban neutrales (Indonesia, la India, Egipto...). Quizá entre esos políticos se pueda contar a O. Lange, que desempeñó importantes cargos en los últimos años de su vida. Pero lo que aparece hoy bastante claro es que no hay vía tranquila y que los análisis apoyando estas tesis —de las cuales es nuestra la cita de Lange— son, en bloque, falsos.

Por todo ello, es muy importante poner en evidencia la situación actual del fenómeno imperialista y esto es lo que ha hecho Pierre Jalée en el libro que nos ocupa¹. El trabajo de Jalée está elaborado casi exclusivamente, a

partir de cifras de la ONU, con lo cual las reticencias posibles quedan de mano evitadas.

Jalée parte en su análisis de la división del mundo en secciones y soslayando toda dificultad de tipo definitorio escoge el criterio puramente descriptivo: llama tercer mundo a todos los países de Africa, Asia y América latina excepto los países socialistas de estos continentes y Japón. El criterio podría, desde un punto de vista metodológico, encerrar arbitrariedades, pero es bien cierto que el coeficiente de arbitrariedad es nulo ya que cualquier criterio objetivo no geográfico con el que se pretendiera delimitar a los *países subdesarrollados* nos llevaría a igual resultado.

El imperialismo queda limitado a Europa (excepto países socialistas) y Estados Unidos con Canadá, Japón, Israel, Australia y Nueva Zelanda.

Una vez enmarcados el tercer mundo y la zona del imperialismo, Jalée pasa a examinar las relaciones entre ambos. Para ello divide el trabajo en los siguientes aspectos: producción, comercio y movimiento de capitales. Evidentemente no toca el problema de los orígenes del atraso, cosa, por otro lado, lógica ya que sólo pretende dar una visión actual del imperialismo.

Partiendo de la demostración de que las diferencias en nivel de desarrollo han aumentado entre la zona del imperialismo y el tercer mundo en los diez años 1953-1963, pasa a analizar: *La producción*. Para ello, divide a ésta en los siguientes sectores.

a) *Industrias extractivas*, en las cuales la importancia relativa del tercer mundo es muy grande, con un crecimiento mayor que en la zona del imperialismo, lo cual es más significativo aún.

b) *Manufacturas*. Las diferencias de producción son muy importantes y, en el análisis dinámico a corto plazo que realiza, se comprueba que las diferencias no se aminoran. Dejando aparte un análisis en profundidad —que Jalée no hace— del tipo de producción que lleven a cabo las industrias (de propiedad imperialista) en el

tercer mundo. Comprobaríamos, llegado el caso —tal como enuncia Baran— que este tipo de industrias están pensadas para un mercado interno restringido a cierto tipo de consumo suntuario, dado que estas industrias están creadas por el capital imperialista, al calor de la demanda de funcionarios, militantes y oligarcas de todo tipo.

c) *Agricultura*. Parece comprobarse que la producción agrícola crece más o menos, a un ritmo semejante en ambas áreas (es difícil la comprobación). Pero es interesante hacer la distinción entre: 1) Productos de base o materias primas y 2) Víveres. Se comprueba entonces que el crecimiento es mucho más rápido en el primer sector que en el segundo. Las consecuencias de ello son obvias: el sistema en sí entraña una servidumbre y fuerza al área subdesarrollada a tener que importar víveres —más tarde veremos que esto representa una importante partida en las importaciones del tercer mundo.

Los intercambios comerciales: En la panorámica de 1961, recogida por Jalée, se constatan los siguientes hechos: a) Los países imperialistas comercian primordialmente entre ellos (72 % de su comercio); b) Los países subdesarrollados comercian sobre todo con el imperialismo (72 % de sus exportaciones).

Si del análisis estático se pasa a la visión dinámica se evidencian las siguientes tendencias: 1) Las exportaciones del tercer mundo hacia los países imperialistas crecen (medidas en dinero); 2) Las exportaciones del imperialismo hacia el tercer mundo decrecen; 3) Todo ello se ve agudizado por el constante empeoramiento de la Relación Real de Intercambio, tercer mundo-países imperialistas; 4) Hay un crecimiento muy fuerte de las exportaciones del tercer mundo hacia el imperialismo de aquellos productos de los cuales es el tercer mundo único productor. Se constata asimismo que las exportaciones de productos que deben competir con productos sucedáneos del imperialismo (fibras industriales, etc.) tienen una tendencia a disminuir; 5) Las importaciones de alimentos por parte del tercer mundo tienen tendencia a crecer (15 % de las importaciones). Se comprueba asimismo un hecho muy importante y es que el comercio entre el imperialismo y el tercer mundo tiende a internacionalizarse, pues si bien los países imperialistas comercian más aún con sus antiguas colonias, la tendencia observada es la diversificación de los intercambios.

1. Pierre Jalée, *El saqueo del tercer mundo*. Ediciones Ruedo ibérico, París, 1966, 124 páginas, 15 F. Esta obra fue publicada en edición original por François Maspero, editor, en 1965, con el título *Le pillage du tiers monde. Etude économique*.

Jalée concluye este apartado con una larga cita de un estudio de la ONU en la que se lee: «...la evolución desfavorable del comercio exterior de los países subdesarrollados proviene de la estructura misma de los intercambios... [que] implica que exporten sobre todo productos básicos e importen en cambio productos manufacturados.»

Pasa seguidamente Jalée a poner cifras sobre el problema de la deteriorización de la Relación Real de Intercambio del tercer mundo², se hace mención a los convenios suscritos entre algunos países del imperialismo y el tercer mundo a fin de intentar paliar esta caída de la Relación Real de Intercambio. Estos acuerdos, según muestra Jalée, han sido ineficaces, sin embargo no conviene creer que este tipo de acuerdos, aunque lleguen a ser eficaces, van en contra de la estrategia imperialista que tiende a mantener al tercer mundo en su posición actual de exportador de productos básicos; es decir limitado a la elaboración de mercancías, con un sistema de producción en que la composición orgánica del capital tiene un techo potencialmente bajo.

Los movimientos de capital. Divide Jalée el estudio de este apartado en ayudas e inversiones privadas.

Las ayudas³ quedan subdivididas a su vez en: a) Ayuda pública bilateral, con unos claros móviles políticos, que es la de mayor importancia relativa; b) Ayuda pública internacional; denuncia Jalée el hecho de que, en general, las instituciones de crédito creadas por el imperialismo no son más que un buen negocio (Banco Mundial, Asociación Internacional de Desarrollo, etc.).

Es, por otro lado, importante el comprobar como existe la tendencia a convertir las actuales ayudas bilaterales en multilaterales, lo cual es un aspecto más de la diversificación del imperialismo y un intento de «planificarlo».

Entra, a continuación, Jalée a tratar el importante problema de las inversiones imperialistas en el tercer mundo. Se comprueba que hay un estancamiento de éstas, es decir, que hay una gran «expatriación» de plusvalía del tercer

mundo hacia los países imperialistas. Esta expatriación es sin duda una de las causas principales del subdesarrollo. La constatación de este hecho: *caída actual de las inversiones extranjeras* suscita muy importantes replanteamientos teóricos (de ello daremos un pequeño esbozo más adelante). Naturalmente ello está complicado con la estructura monopolista de la empresa imperialista anclada en el tercer mundo y con la filiación de estas empresas con respecto a los grandes monopolios imperialistas⁴.

Dedica Jalée, a continuación a «un tipo de contrato neocapitalista: la asociación al Mercado Común Europeo». No entraremos en el comentario de su contenido, sin embargo diremos que en él apunta un tema a menudo olvidado: el problema monetario o, mejor dicho, los aspectos monetarios de la explotación imperialista.

El libro concluye con un apartado bajo el título de «Síntesis», en el cual nos detendremos.

Para Lenin los rasgos esenciales del imperialismo son⁵: 1) La concentración de la producción y del capital, desarrollada hasta una etapa tan alta que ha creado monopolios que juzgan un papel decisivo en la vida económica; 2) La fusión del capital bancario con el capital industrial y la creación sobre la base de este «capital financiero» de una oligarquía financiera; 3) La exportación de capital, como cosa distinta de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande; 4) Se forman combinaciones monopolísticas internacionales de capitalistas que se dividen el mundo; 5) la división territorial del mundo por las mayores potencias capitalistas, se hace completa.

No entraremos en un análisis completo, que desborda el marco de este comentario, pero nos detendremos en los rasgos 3 y 5, por ser los que son puestos en cuestión en el libro de Jalée. A la luz de las cifras Jalée comprueba que las inversiones se hallan prácticamente estancadas⁶ (las inversiones netas claro está), de ello deduce Jalée que la situación ha cambiado y que el capitalismo está más interesado en los intercambios de mercancías que en nuevas inversiones. Es decir, en palabras del autor, que la

2. Hay que tener en cuenta —como explica Baran en *La economía política del crecimiento*— que el deterioro de la Relación Real de Intercambio no es un dato determinante, dado que son las empresas extranjeras situadas en el tercer mundo quienes realizan el intercambio.

3. La ayuda total alcanza a 3 dólares por individuo y año, de los cuales se ha de devolver 1.

4. Es interesante hacer constar que muchas de estas inversiones son «en especie», máquinas compradas en el país inversor. Lo cual no deja de ser una creación de demanda efectiva en el país imperialista.

teoría de Lenin, « indudablemente justa en la época en que fue formulada no correspondería a la realidad actual », sin embargo no acierta Jalée en el intento de dar una explicación teórica a este hecho. Es de subrayar además que Jalée ha subestimado un tanto las reinversiones y también ha dejado de dar importancia a la expatriación de sueldos de técnicos traídos de los países inversores, lo cual le lleva a sobreestimar la expatriación de plusvalía, pues estos sueldos expatriados no son plusvalía y no están destinados, en principio, a invertirse; su permanencia en los países del tercer mundo no cambiaría nada —más demanda para consumo suntuario—. De todas formas hay que aceptar este estancamiento como algo comprobado, pero para dar una explicación teórica del cambio de comportamiento del capitalismo cara el tercer mundo a nivel de las inversiones habría que probar: 1) O bien que la tasa de beneficio no es sensiblemente mayor en el tercer mundo; 2) o bien que, aún siendo mayor dicha tasa, hay alguna razón económica para que las inversiones no se dirijan hacia el tercer mundo.

En lo que toca a 1), es claro que la tasa de beneficio se ha mantenido mayor en el tercer mundo, por dos razones, menor composición orgánica del capital en las empresas capitalistas del tercer mundo y mayor tasa de plusvalía, debido, esto último, al bajo nivel de salarios y las muchas horas de trabajo.

RENTABILIDAD DEL CAPITAL

	PAÍSES SUBDESARROLLADOS	ESTADOS UNIDOS
1945	11,5 %	7,7
1946	13,4	9,1
1947	18,1	12,0
1948	19,8	13,8

Fuente: Mandel, *Tratado de economía marxista*.

No hay razones para creer que la tendencia esbozada en el cuadro haya cambiado en estos últimos años.

Sin embargo, respecto a esto Jalée argumenta en contra diciendo: « Ante todo no es cierto, en todo caso, que una empresa del tercer mundo ofrezca siempre un índice de rentabilidad superior. »

5. Lenin, *El imperialismo como fase superior del capitalismo*, citado en este orden por Sweezy en *Teoría del desarrollo capitalista*.

6. En el mismo sentido abundan Huberman y Sweezy, « La inversión imperialista », *Monthly Review* (selecciones en castellano), nº 19.

Si lo que se quiere es argumentar en contra de la idea de mayor rentabilidad de las empresas del tercer mundo es claro que el argumento carece de rigor; lo que se debe encontrar son las razones de la no inversión en general y no las razones por las que no se fabrican en el tercer mundo calculadoras electrónicas que exigirían « una mano de obra muy calificada » en el decir de Pierre Jalée. El capital no tiene preferencias y acude allí donde la tasa de beneficio es más alta y si ésta lo es en el tercer mundo ¿por qué no acude a él? Estamos pues en la alternativa 2). Entre las razones posibles Jalée da sólo una: « Los capitales privados del imperialismo saben que el tercer mundo es provisional. Si pudieran elegir entre una mina de cobre en Katanga y una mina de cobre en Europa, escogerían actualmente Europa, mientras que en tiempos de Lenin hubieran preferido Katanga. »

En caso de que esta razón tenga algún valor —cosa dudosa— no podemos admitirla como determinante de la conducta de todo el imperialismo. Es caer en la trampa de pensar que el capitalismo actual tiene alma de pequeño burgués timorato.

Sin embargo, pensamos que sí hay razones para que el nivel de inversiones del imperialismo en los países del tercer mundo, sea bajo. Se nos ocurren las siguientes:

1) Las inversiones posibles y rentables en el tercer mundo son de dos tipos: a) el de industrias extractivas o monopolios de demanda (agrícolas); b) industrias de bienes de consumo suntuario que satisfacen la demanda interior de la legión de funcionarios, militares, etc. Estos dos tipos de industria (pensamos que el primer tipo tendrá más rentabilidad) están controlados por los monopolios imperialistas, sin posibilidades de romper el cerco y hacerles la competencia. Estos dos tipos de industria (pensamos en el primer tipo sobre todo) admiten una composición orgánica del capital potencialmente muy baja y con un nivel real óptimo, desde un punto de vista capitalista, aún más bajo, dado que la fuerza de trabajo es barata. En estas condiciones las inversiones necesarias son cubiertas, en general, con reinversiones, es decir, plusvalía extraída allí mismo.

2) La coyuntura del ciclo actualmente es de auge, lo cual quiere decir que la sobreinversión no existe o mejor dicho, de momento se mantiene encubierta. Jalée, por su parte aún admitiendo la posibilidad de esta razón, no acepta su

validez aduciendo el «lack of confidence» (falta de confianza) de los inversores. Teoría que no nos parece válida y además es sumamente peligrosa⁷.

Volviendo a Lenin, el otro rasgo cuestionado en el 5, es decir, que con el imperialismo la división territorial del mundo se hace completa. O más claro, en frase de Lenin, «En el hecho se sustituye las tendencias de un solo imperio en crecimiento por la teoría y la práctica de imperios rivales.» Lo cual está en la base de las tesis de «las guerras de redivisión» o, en el decir de R. Luxemburgo, «la lucha en la arena mundial entre los capitales concurrentes». Es claro que las tesis de Luxemburgo se exponían en 1913, sostenidas posteriormente por otros muchos pensadores marxistas, se han cumplido en la práctica, pero ¿hoy en 1966 se puede seguir pensando igual? ¿Son inevitables estas guerras entre imperios rivales? Parece evidenciarse en el trabajo de Jalée una tendencia del imperialismo a internacionalizarse,

7. Creemos sinceramente que esa «falta de confianza» o falta de seguridad a la inversión, frases todas ellas muy manejadas en la literatura imperialista, no es más que un aspecto, entre los múltiples existentes, del gran chantage político en favor de los regímenes de «orden» que viene llevando a cabo el imperialismo en convivencia con las oligarquías locales y sus brazos armados.

dejando aparte ciertas rivalidades secundarias. Con lo cual, al menos a corto plazo, se evita la posibilidad de este tipo de luchas inter-imperialistas. Aun pareciendo esto incontestable conviene dar un toque de atención sobre un punto: existe la peligrosa tendencia de dar a la coyuntura económica en los años 50 el valor de una constante, lo que, en el fondo, es otorgar demasiado crédito al capitalismo.

Hay otros muchos puntos en este libro de Jalée susceptibles de ser comentados: problemas monetarios, etc. Incluso debieramos haber suscitado el tema de las problemas de la clase obrera en los países imperialistas⁸.

En conclusión podemos decir que Jalée ha conseguido en su libro dar una visión muy interesante del saqueo a que está sujeto el tercer mundo, limitándose a lo que podía probar con cifras del enemigo, labor siempre ingrata, pero de gran utilidad práctica.

8. Sería muy interesante el análisis, a la luz de la realidad actual, de las tesis de R. Luxemburgo (*La acumulación de capital*, 1913) y M. Dobb (*Economía política y capitalismo*, 1937) que mantienen tesis semejantes sobre el tema, por un lado y Bujarin (*La economía mundial y el imperialismo*, 1902) y Lenin (*El imperialismo y la exención del socialismo*, 1916) por otro lado.

La base sociológica de edición en España

ESPAÑA. Sólo 50 personas de cada 100 leen libros. Una encuesta ha señalado que la mitad de la población no lee. El 27 % de las personas interrogadas —hombres, mujeres y niños— pertenecientes a la mitad de la población que no lee ha respondido que no tienen tiempo para hacerlo. El 8 % respondió que la lectura era aburrida y el 7 % eran personas sin instrucción. El 8 % restante se extraña mucho de la pregunta: no se les había ocurrido nunca leer un libro. En numerosas provincias españolas, consideradas antes como subdesarrolladas, el analfabetismo ha disminuido: las estadísticas oficiosas señalan 8 % de analfabetos. Pero los no analfabetos que aprendieron a leer de adultos son o bien incapaces de leer un libro y comprenderlo o están lejos de la idea de utilizar su nueva ciencia.

La encuesta pone de manifiesto que los hombres leen más que las mujeres. El 64 % de los lectores son hombres.

Si se examina la edad de los amantes de la lectura, se observa que se orientan preferentemente hacia ella los jóvenes de 18 a 19 años. El 83 % de entre ellos lee regularmente un libro. La proporción desciende a 63 % entre las personas de 20 a 30 años de edad y es sólo de 47 % entre las de 30 a 50 años. Más allá de esta edad la proporción es de 41 %.

Se constata, pues, que los hijos leen más que los padres y éstos más que sus esposas. Cuenta habida de los libros publicados después de la guerra civil, cualquier español debería poseer 33 libros. En realidad, el 27 % de las familias no poseen ningún libro, mientras que el 3 % poseen más de 1 000. *Giornale della libreria*.

Cuadernos de Ruedo ibérico han leído

Towards Socialism

The Fontana Library, New Left Review, London, 1965, 397 p.

Centre d'Etudes Socialistes
**L'intégration européenne
et le mouvement ouvrier**
Paris, 1964, 314 p.

Ralph Milibaud y John Saville
(directores)

The Socialist Register 1966

The Merlin Press, London, 1966,
317 p.

Movimiento obrero

Obra colectiva de la « nueva izquierda » inglesa, con colaboraciones de Perry Anderson, Thomas Balogh, Robin Blackburn, Ken Coates, Richard Crossman, André Gorz, Tom Nairu, Richard Titmuss, John Westergaard, Raymond Williams. Aunque parcialmente centrada sobre la experiencia inglesa, la obra representa uno de los más interesantes análisis marxistas del « neocapitalismo ». Las bases de una alternativa socialista aparecen esbozados. J.B.

En la nueva etapa de dictadura del capital monopolista que se inicia en España, el problema de la adhesión de nuestro país al Mercado Común europeo es de gran importancia. Si queremos adoptar una estrategia socialista adecuada ante esta realidad, es evidente que hemos de preocuparnos ya desde ahora del estudio del contexto de la CEE, de sus engranajes, de su evolución, de las fuerzas que se mueven en su interior.

La obra editada por el CES de París constituye un elemento básico para estos estudios. En ella se recogen las ponencias y demás intervenciones de un coloquio sobre la integración europea al que asistieron personas representativas de la izquierda socialista europea y dirigentes de varios movimientos sindicales (CGT y CFDT francesas y la CGIL italiana). Las ponencias centrales fueron elaboradas por A. Gorz, E. Mandel, L. Basso, P. Naville y J. M. Vincent. En todas ellas, y desde diferentes ángulos, se exponen los nuevos problemas y perspectivas que la integración económica supranacional plantea a los movimientos obreros de los países europeos y se insiste en la necesidad de organizar un poderosos contrapeso obrero, es decir, de enfrentar a la Europa de los monopolios, la Europa de los trabajadores. La elaboración de una estrategia socialista correcta a nivel europeo y la unidad de los diferentes movimientos obreros tras la superación de las divisiones tradicionales, son las condiciones básicas de tal proyecto. Sin embargo, a juzgar por los resultados teóricos y prácticos del coloquio, la tarea no parece fácil. En el fondo de los diversos obstáculos que se oponen al proyecto, nos encontramos con el conflicto entre las fuerzas que quieren mantener la acción autónoma de clase del movimiento obrero y las fuerzas que aceptan el sistema y buscan nuevas formas de integración en las estructuras neocapitalistas. (Ramón Bulnes).

El anuario mundial del movimiento obrero que viene editando hace tres años un influyente grupo de intelectuales ingleses socialistas de izquierda. Colaboraciones de Milibaud sobre Inglaterra, Lelio Basso sobre Italia, Marcel Liebman sobre Bélgica, J. Hughes sobre el trade-unionismo, B. McFarlane sobre Yugoslavia, B. Brown sobre el comercio

Pierre Le Brun

**Problemas actuales
del sindicalismo**

Editorial Nova Terra (en castellano
y catalán), Barcelona. 1966.

Gramsci

(Selección y presentación de Jacques Texier). Editions Seghers,
Paris, 1966, 187 p.

Louis Althusser

Pour Marx

François Maspero, Paris.

H. Denis

**Histoire de la pensée
économique**

PUF, Paris.

Maurice Godelier

**Rationalité et irrationalité
en économie**

François Maspero, Paris.

internacional, P. Sedgwick sobre la teoría de Herbert Marcuse, Lorenzo Torres sobre España, B. Davidson y J. Mohan sobre Africa, Gerard Libois sobre el Congo, Caldwell sobre el sudeste asiático y Kiernan sobre la India y el Pakistán. Un interesante panorama, a veces excesivamente somero, pero que suministra una buena visión de la coyuntura de la izquierda a escala mundial. J.B.

Pierre Le Brun, hasta hace poco importante dirigente de la CGT francesa, constata en el primer capítulo de su obra que el fenómeno de la *pauperización relativa* es un hecho permanente que se puede probar desde la época en que se dispone de estadísticas sobre el tema (las más antiguas se remontan a 1900). Para el autor la evolución de la clase obrera ha originado una modificación de sus reivindicaciones que va desde un deseo de seguridad en el empleo a la participación en las decisiones económicas y sociales. Define las condiciones de una participación democrática que no debe perder de vista en ningún caso la función anticapitalista del movimiento sindical. En varios anexos reproduce estadísticas y textos oficiales que tratan el tema de la gestión de la empresa, el sistema fiscal, el V Plan. (Ramón Bulnes).

Filosofía

Librito antológico de Gramsci que proporciona una buena introducción a la obra del gran filósofo marxista italiano. J.B.

En esta obra se recogen diversos trabajos de Althusser, publicados en los cuatro últimos años. El libro, enfrentado en algunos aspectos con la escuela marxista italiana, nos parece discutible y es ya discutido. La ruptura entre *el joven Marx* hegeliano y *el Marx de la madurez* no es tesis admitida por todos, lo que ha provocado naturales y beneficiosas controversias. El prefacio del libro es un verdadero toque de atención. A.V.

Historia de las ideas económicas que da una visión de conjunto fuera de lo que se ha hecho ya normal en este tema. Recomendamos los capítulos finales y el apartado dedicado a Marx. A.V.

Libro importante, y que merece ser discutido, sobre un tema apasionante. Antes de la aparición del libro, *Cuadernos de Ruedo ibérico* publicó en su nº 4 un trabajo del autor que es recogido en este libro. Volveremos sobre ciertos aspectos de esta obra, cuya lectura recomendamos. A.V.

El guiñol sindical en el tablado de la CIA

JOSÉ CARDONA

Cuadernos para el Diálogo abría su número 35-36 con la cuestión del próximo referéndum que se prepara entre bastidores en España como alternativa continuista al franquismo. Iñaki Goitia titulaba su artículo publicado en el número 6 de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, «La cuenta atrás ha comenzado». Por otra parte, no hay más que seguir el resumen de la prensa nacional que aparece en Madrid con el nombre de **Diario de Diarios** para observar el desgaste de unas instituciones arcaicas que, además de haber caído en desuso, como se repite, pugnan por encontrar las nuevas formas que les permitan sobrevivir. Como escribe Iñaki Goitia, el postfranquismo, o neofranquismo, no supondrá otra cosa que un nuevo planteamiento frente al poder.

La derecha ideológica, y la llamada oposición que teme ser barrida con ella, aspira a gobernar sin Franco, a sucederle en el poder y a presentarse ante los países capitalistas como la encarnación democrática de una forma de gobierno que, institucionalizando las estructuras socio-económicas existentes, apuntale el predominio norteamericano en Europa a la vez que se presenta con el cariz propio de un Estado de Derecho. La desaparición del dictador no supondrá, pues, el final de la opresión económica y política del país, mucho menos la emancipación de la clase trabajadora. Con el agravante de que hoy, lo que tradicionalmente se entendía por **derecha** e **izquierda**, son conceptos demasiado brumosos para tomarlos como puntos de referencia. En efecto, mientras el capitalismo ha sido capaz de adaptarse a las nuevas condiciones históricas de económica y política del país, mucho menos la emancipación de la clase dominante asume el dinamismo propio de una clase que sabe lo que quiere y adónde va, la vieja izquierda se arrastra a su zaga, y la nueva izquierda no acaba de definirse. Esto nos lleva a constatar que, a menudo, el neocapitalismo emplea la dialéctica que debiera ser el arma más acerada de sus oponentes, mientras las viejas fuerzas populares se presentan divididas, desdentadas y anacrónicas, y, por consiguiente, alejadas del resorte vital de las masas. Por lo que afecta a Francia, la situación ha sido descrita por el primer ministro de De Gaulle, Pompidou, representante arquetípico del neocapitalismo combativo, al definir así su oposición: Partido Comunista, izquierda reaccionaria (SFIO y radicales), izquierda utópica e izquierda del año 2000, y derecha proamericana (Lecanuet y Tixier-Vigancour).

No cabe duda, sin embargo, que hoy como ayer sigue siendo la infraestructura económica lo que define a unos y otros, y si la llamada

política de rentas, por ejemplo, es el arma que emplea el neocapitalismo en la etapa actual de la lucha de clases, y se denuncia como tal en Francia y en España, ¿por qué tiene que ser distinto en el Reino Unido sólo por el hecho de ser aplicada por el Partido Laborista, convertido en administrador de los intereses de la alta finanza? ¿Por qué tiene derecho a la apelación de socialista el Partido Socialdemócrata alemán que acepta como fundamentales los principios de la libre empresa y el liberalismo económico, y no lo tienen quienes aplican, a menudo con más eficacia, la misma política económica en otros países? ¿Qué diferencia existe en Noruega, después de más de 30 años de ejercicio continuo en el poder del Partido Socialdemócrata de turno, entre la llamada coalición burguesa hoy en el gobierno y los viejos bonzos de la socialdemocracia?

Sostener todavía hoy, como hace sobre todo un sector del exilio, que la sucesión al franquismo es un puerto feliz de arribada para la emancipación de la clase trabajadora española, es tenderle una trampa que no se merece. La caída de Franco hubiera supuesto una alternativa democrática al país, o, al menos, planteado una crisis política que, preparando las condiciones subjetivas necesarias, habría desembocado en revolución social. Para ello era imprescindible constituir una plataforma de lucha basada en una estrategia socialista bien definida a partir de un frente obrero. Era también necesario, si no suficiente, que la resistencia a la opresión cerrara sus filas e incluyera al Partido Comunista, evitando que quienes afirmaban combatir al franquismo cayeran al mismo tiempo en la trampa que éste les tendía al dividirlos, disminuyendo su impacto en la opinión pública nacional.

Planteado el problema en términos de **sucesión** y no de **caída**, las energías que tan mal se han consumido para producir ésta, y tan estériles han resultado, debieran enfocarse actualmente hacia la constitución de una nueva estrategia de lucha obrera frente al neofranquismo. El solo hecho de existir un problema sucesorio implica el reconocimiento de varias alternativas. La desaparición de la persona del dictador crea por sí sola las condiciones objetivas que su caída hubiera planteado brutalmente en términos revolucionarios. Hay que impedir por tanto que cuaje la concordancia que se dibuja entre el neofranquismo y algún sector de la llamada oposición democrática. Para unos y otros no existe peor enemigo que el desorden, prefiriendo unos y otros, como es tradicional en la burguesía, la injusticia al desorden. Frente a ellos se alzan quienes creen firmemente que no hay peor desorden que la injusticia. Y de lo que se trata actualmente es de marginarlos, recurriendo a todas las armas y a todos los procedimientos, de manera que pueda repetirse en la España postfranquista la situación que ya se dio a la caída del fascismo en Grecia, Italia, Francia, Alemania occidental y otros países.

No nos llamemos a engaño. Los mismos que se han desatado verbalmente

contra el franquismo durante la represión de las huelgas de Asturias aplaudieron en octubre de 1948 la represión mucho más sangrienta de la huelga de los mineros franceses, porque recayó en un « socialista », Jules Moch, la misión de reprimirla. Los que han denunciado la tragedia que representa, humana y económicamente, la emigración de mano de obra española al extranjero, como medio de aplicación de una política neocapitalista de desarrollo, han venido elogiando al mismo tiempo a sus correligionarios italianos precedieron al franquismo en la aplicación de la misma política neocapitalista de desarrollo económico, llevada incluso a situaciones más extremas, de tal manera que, aun en 1966, por cada trabajador español emigrado, se cuentan ocho o diez trabajadores italianos emigrados. Los que vienen clamando al cielo por la alianza militar que une a los USA con el gobierno del general Franco, aceptaron en Europa unas condiciones de vasallaje y de sumisión en que, a pesar de todo, no ha caído el gobierno español. Los que critican las bases yanquis en nuestro país, las han aceptado, y siguen aceptándolas, en el resto de Europa, y cuando De Gaulle intenta quitarse la soga del cuello, la soga que tejieron los políticos de la IV República que, al aceptar las servidumbres del Plan Marshall y del Pacto de la OTAN, renunciaron a la soberanía nacional y a la independencia de su país, se ponen a aullar con los lobos de Wall Street. Basta dar un vistazo a lo que ha ocurrido en Grecia para conocer lo que se nos reservaba en nuestro país, lo que el postfranquismo nos prepara como alternativa inmediata al régimen actual.

Hay, no obstante, una incógnita, a cuya solución se dedican hoy los más arduos esfuerzos. La incógnita es la clase trabajadora española. De ahí que en la fase actual de descomposición del monolitismo franquista, Solís ocupe una posición clave en la estrategia neocapitalista, en consonancia con el poder carismático que le da su pontificado sindical, sólo comparable a la de Fraga Iribarne en virtud de la explosión del turismo nacional. La solución de tipo peronista por que aboga Solís ha necesitado la elaboración previa de una nueva ley sindical y las transacciones con elementos procedentes de la antigua CNT y de la nueva ASO. Por el cauce de esta última, los USA han irrumpido en la escena sindical española con el equipo CIA de Meany-Lovestone.

La revista sindicalista francesa **Révolution Prolétarienne** denunció estos manejos en el artículo de R. Louzon « Le CIA conduit le bal », publicado en su número de julio-agosto de 1965. El propio servicio de prensa de ASO que se edita en Perpiñán les daba una inesperada publicidad al fotocopiar la carta de Lovestone que representaba un reconocimiento expreso del nuevo tinglado del exilio frente a los viejos cuadros de Toulouse.

Hasta 1960 aproximadamente, esa criatura sumisa de los USA que ha sido la CIO SL, hermana gemela del Plan Marshall y de la OTAN, y en

virtud de la cual la guerra fría prendió en el movimiento sindical europeo, escindiéndolo y desamparándolo frente al neocapitalismo naciente, había apoyado con recursos financieros y resoluciones inoperantes el aparato sindical de la antigua UGT que se reconstituyó en el exilio, formado por algunos de los supervivientes más reformistas de la central española de tendencia socialista. Más que de un medio de penetración en España, se trató de mantener el simbolismo de una solidaridad internacional que se había apuñalado por la espalda durante la guerra civil, afirmando sus derechos tardíamente, cuando éstos ya no representaban otra cosa que la ficción de una legitimidad inoperante. Pero en cuanto se acentúan los síntomas de desagregación del franquismo, y los símbolos y las ficciones deben dejar paso a una concepción realista de la política, los responsables de la Internacional Socialista y de los sindicatos occidentales lanzan la nueva plataforma llamada ASO y la revisten con el ropaje « sindicalista », « democrático » y « socialista » que se requiere, para frenar a tiempo el proceso revolucionario que se ve venir.

ASO se presenta en el interior como una alianza obrera que defiende los principios de las restantes organizaciones sindicales afiliadas a la CIOSL, es decir, los derechos de huelga, de libre asociación, de libertad de expresión y de unidad sindical con la exclusiva de los trabajadores de ideología, inspiración o tendencia comunistas. Pronto, y a partir de la intendencia que se instala en Perpiñán, alimentada con los fondos de la internacional de metalúrgicos de Ginebra y de los sindicatos yanquis, se lanza a una campaña propagandística y de **public-relations** al estilo norteamericano, que le permiten presentarse como la organizadora de cuantos movimientos de protesta y cuantos conflictos de trabajo se producen en España, aunque, como es bien sabido, sea ajeno a ellos. Lo importante es montar una campaña de intoxicación que, al mismo tiempo que permita la detención de algún que otro incauto que ignora las reglas del juego, abra el diálogo esperado con el régimen y se presente a Solís como el interlocutor válido que éste anda buscando. Se trata de una organización « clandestina » que, a manera del gángster francés Figón, convoca conferencias de prensa y distribuye comunicados a los periodistas acreditados en Madrid, enlazando regularmente con sus proveedores de fondos y recibiendo ostentosamente a los enviados especiales de éstos, los « socialistas » Erler y Matthöfer. Cuando se trata de entrevistarse con el « camarada » Solís y de tomar contactos con los representantes del neofranquismo, e incluso ser recibidos en audiencia por el propio Caudillo, los demócratas occidentales tienen muchos menos escrúpulos que cuando se trata de excomulgar a los comunistas. Por otra parte, y de acuerdo con los datos que conocemos, ASO ha sacado la suma de unos 20 millones de pesetas al secretario general de la Internacional de Metalúrgicos, el suizo Graedel (a razón de medio millón de francos suizos por cada uno de los años 1963, 1964 y 1965, debidamente contabilizados).

Los USA han pasado a aplicar en España, por el cauce « sindical » de Meany-Lovestone y de la CIO SL, su vieja estrategia intervencionista consistente en aliarse oficialmente con los regímenes más reaccionarios, de preferencia dictatoriales, al mismo tiempo que alimentan una oposición pacífica de tipo liberal que represente, llegado el momento, la solución de recambio deseada. Cuando ésta cuaja, la alternativa democrática a Trujillo da un Balaguer, y la alternativa a Pérez Jiménez produce un Rómulo Betancourt. En el sudeste asiático, la alternativa democrática a Diem ha dado, después de una insurrección popular, algunos fuegos de artificio en forma de suicidios budistas y la ocupación militar subsiguiente, un general Ky. En la Guayana británica, se recurrió ya al equipo latinoamericano de Meany-Lovestone, el del agente secreto McLellan, para derrocar al gobierno del Dr. Jagan, lo que, a los ojos del mundo occidental, suponía un progreso en comparación con las intervenciones en Persia y Guatemala que produjeron, respectivamente, la caída de Mossadecq y Jacobo Arbenz. A veces, los encargados de aplicar la política neocapitalista de los USA salen malparados, y se les recibe, a tiros en la Bahía de los Cochinos, con tomates en Argel y con mierda en Seúl.

Existe, no obstante, la visión edulcorada de los bonzos de Toulouse, en los que se da la correlación existente entre el barítono y la voz de su amo, cuando, a imagen y semejanza de sus empleadores los Mollet, Spaak, Saragat y otros Wilson, intentan identificar lo que ellos califican de totalitarismo, ya sea de izquierda o de derecha, englobando en el mismo saco a Fidel Castro y al general Franco, con lo que la conciencia del buen pueblo yanqui puede dormir en paz. Se llega con ello a la aberración contradictoria de admitir que el « demócrata » en Vietnam es el general Ky, como es el caso de Chang-Kai-Chek en Formosa, mientras que el anti-demócrata en España es el general de turno. Pero al pueblo español, que ha conquistado el derecho a la mayoría de edad, es difícil convencerle de que se combate a Franco en España cuando se apoya, aplaude y felicita a los bufones sangrientos de Saigón, Formosa y Seúl que le dan sopas con honda al nuestro, a pesar de permitir una organización sindical que no deja de ser la contrahechura de la de los USA.

Es cierto que los Meany-Lovestone, los Graedel y otros Muíño consideran que todas las armas son lícitas cuando se trata de combatir al comunismo. No ven que lo que ellos llaman comunismo no es otra cosa que la rebelión contra la injusticia, el derecho a la libertad y, a menudo, a la supervivencia. Con lo que existe el peligro de que la alternativa Solís sea viable y el neofranquismo español gane su más difícil batalla. En la misma medida en que el peligro que nos acecha no proviene ni de la Unión Soviética ni del Partido Comunista, sino del imperialismo norteamericano y del neocapitalismo internacional, la solución democrática y socialista a la alternativa neofranquista pasa por un acuerdo con el último. Intentar encerrar al PCE en un ghetto, como ha sucedido en

Italia y Francia todo a lo largo de la guerra fría, o declararlo fuera de la ley como es el caso de Grecia y de la República federal de Alemania, supone, cuanto menos, hacer el juego de la dictadura, hoy, y de sus herederos, mañana.

Sé por experiencia los riesgos inherentes a esta convicción. El haber formulado una opinión parecida en un órgano obrero clandestino me ha valido ser atacado por tres puntos convergentes : CIA, ASO y Toulouse. El haber expresado una opinión, de acuerdo con el artículo 19 de la Declaración universal de los Derechos del Hombre, me ha costado, después de unas denuncias repulsivas de tipo gestapo, perder mi empleo, al intentar alcanzarme por donde mis contradictores son más vulnerables: el estómago. Contingencias subalternas y del oficio, sin embargo, que doy a la publicidad solamente por lo que tienen de reveladoras. En efecto, el secretario de los metalúrgicos proamericanos, el bello Adolfo Graedel, ha empleado conmigo unos procedimientos que nada tienen que envidiar a los del fascismo. Este mismo señor pretende imponer en España una conducta sindical que él es el primero en no respetar y que justifica con creces la que viene dándose en nuestro país. Lo que ha sucedido en mi caso personal tiene el alcance general de revelar a la clase trabajadora española el valor que se da en Europa a las libertades sindicales y a los humanos por quienes aspiran al control de su patrimonio. He citado también a Muíño, porque también este individuo ha creído honroso denunciarme, con el agravante de que soy miembro de la organización en que él mismo ostenta un cargo importante y ninguno de sus órganos directores se ha dirigido a mí, o a las secciones locales a que pertenezco, para reprocharme lo más mínimo. He aquí lo que por mi cuenta cabe deducir de este nuevo tablado de Arlequín que está montando en España Solís con el acuerdo de la CIA y el agrado de la CIOSL.

Ediciones Ruedo Ibérico

Dos libros sobre Galicia

ANTONIO MIGUEZ

El pensamiento político de Castelao

Antología bilingüe

208 páginas

9,— F

SANTIAGO FERNANDEZ y MAXIMINO BROCOS

Galicia hoy

170 páginas, 24 planchas de fotografías y dibujos

15,— F

Dos publicaciones recientes

PIERRE JALÉE

El saqueo del tercer mundo

128 páginas

15,— F

JOAQUIN MAURIN

Revolución y contrarrevolución en España

304 páginas

21,— F

5 rue Aubriot Paris 4

En el sumario :

José Luis L. Aranguren

Ramón Bulnes

José Cardona

Carpani

Alfonso C. Comín

Comisiones Obreras de Madrid

Cuaderno Blanco

Antonio Ferres

Enrique García

Angel González

Juan Goytisolo

Iñaki Goytia

Rafael Lozano

Miguel Parra

José Ramón Recalde

Angel Villanueva

Prix : 7 F